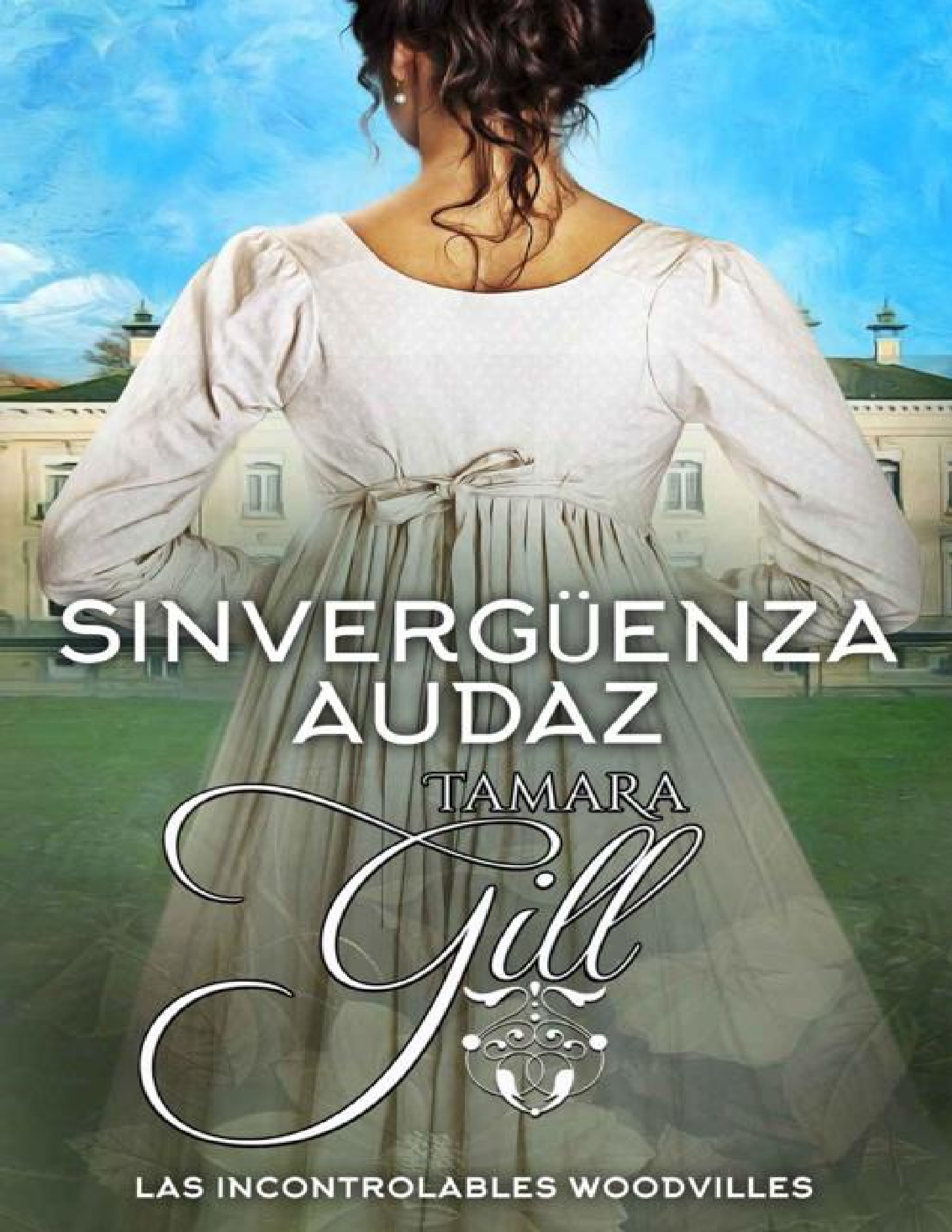


A woman with dark, curly hair tied back, seen from behind, wearing a long white dress with puffed sleeves and a full skirt. She is standing in a grassy area with a large, light-colored building in the background under a blue sky with clouds.

SIN VERGÜENZA AUDAZ

TAMARA

Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

**SINVERGÜENZA
AUDAZ**

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Sinvergüenza Audaz
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 8
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Cuando el pasado y el presente se interponen en el camino de la felicidad, se necesitará un acto descarado para salvar el día...

La señorita Reign Hall se ha resignado a ser una solterona. Su desastrosa temporada en Londres le dejó pocas oportunidades (o deseos) para otra cosa. Pero cuando le ofrecen un puesto de institutriz, sabe que es su mejor oportunidad para empezar de nuevo lejos de la vida en un pequeño pueblo rural. Lástima que su nuevo empleador resulte ser el hombre que una vez destruyó su fe en el amor y el romance...

Lo último que Bellamy Davion quiere es un escándalo. Ya ha tenido suficiente desde que su esposa lo abandonó. Ahora debe concentrarse en ser el mejor padre soltero que pueda ser. Por eso se dice a sí mismo que absolutamente debe mantener su mente (y sus manos) alejadas de la encantadora Reign. Si tan solo hubiera escuchado su propio consejo...

Encontrar el camino de vuelta el uno al otro no será fácil... ni libre de escándalo. Cuando todo esté dicho y hecho, ¿vale la pena un final feliz a costa de una potencial ruina?

PRÓLOGO

1807, Davion Hall, Derbyshire

BELLAMY SOSTENÍA a su hija en sus brazos, contemplaba sus mejillas de querubín y sus labios regordetes, y no pudo evitar sonreír. Qué belleza era.

—¿Qué nombre le pondremos? —le preguntó a Sally, su esposa desde hacía solo un año.

Sally suspiró, recostándose en los numerosos cojines a su espalda, y cerró los ojos.

—No me importa cómo la llames. Te dejo esa decisión a ti —dijo, con un tono de desinterés y fastidio.

Bellamy negó con la cabeza, preguntándose por qué ella era tan indiferente con él, y ahora con su hija, especialmente después de su determinación por conseguir su mano en matrimonio. Obtener el título de marquesa parecía primordial para ella solo la temporada pasada. Tanto así que él y otros resultaron heridos por sus acciones. No es que a ella pareciera importarle, lo cual resultó ser un rasgo suyo que había llegado a disgustarle.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, moviéndose hacia una silla y sentándose—. He intentado tantas veces hacer que nuestro matrimonio funcione, e incluso ahora, cuando has dado a luz a nuestra hija, eres fría e insensible.

—Nunca anhelé tener hijos. Tú lo sabías —escupió, curvando el labio cuando miró a la bebé. El poco afecto que Bellamy sentía por su esposa se desvaneció ante su evidente disgusto hacia la niña.

—Es un riesgo laboral cuando una esposa busca la cama de su marido. Sabías que era probable que ocurriera.

—Esperaba ser estéril.

—Otro punto que deberías haber revelado antes de engañarme para que me casara contigo. Hay muchos caballeros que no quieren hijos, pero yo necesito uno para continuar el linaje de mi familia. Te lo dije antes de casarnos, y estuviste de acuerdo. Qué voluble eres ahora que eres la Marquesa de Lupton-Gage.

—Poco me ha dado eso —gruñó ella—. Siempre estamos atrapados aquí en el Distrito de los Lagos. Nunca recibimos invitados, y es terriblemente aburrido. No veo a mis amigos ni organizo

bailes y fiestas. Prácticamente me tienes como rehén.

Bellamy miró fijamente a Sally y se preguntó si finalmente había perdido el juicio.

—Eres libre de ir a Londres cuando quieras. Nunca he dicho lo contrario.

—Bueno, tal vez lo haga. Necesito un poco de distracción, y ahora que la niña ha nacido, soy libre de hacer lo que me plazca.

—Dentro de lo razonable —le advirtió—. No quiero reconocer a un hijo que no sea mío. Recuerda eso, querida, cuando te entretengas en la ciudad.

Ella se encogió de hombros, con gesto burlón.

—Nunca lo sabrías. Por lo que sabes, la niña que sostienes podría no ser de tu sangre.

Un escalofrío recorrió su espalda, y entrecerró los ojos mirando a su esposa, preguntándose si le había sido infiel. Bajó la mirada hacia el pequeño bulto de inocencia en sus brazos. Tenía el hoyuelo en la barbilla característico de los Lupton-Gage, por el que todos eran reconocidos, sin mencionar que su color era idéntico al suyo cuando era niño, o al menos eso afirmaban los retratos familiares. No, la niña era suya. A pesar de cuánto deseara su esposa que no fuera así.

—No, ella es mía, y si no deseas estar aquí, no te impediré que te vayas. Pero aún no entiendo por qué luchaste tanto por convertirte en la próxima Marquesa de Lupton-Gage si el título te repugna tanto.

Ella suspiró y se giró de lado, dándole la espalda.

—Sabes por qué. Tenía que casarme con un hombre de riqueza y estatus, o mi familia se arruinaría. Tú cumplías ese requisito mejor que la mayoría y eras el más fácil de engañar.

Bellamy se puso de pie y salió de la habitación, llevándose a la niña consigo. No escucharía ni un minuto más de sus venenosas divagaciones. Recordaba aquella noche demasiado bien. Habiendo recibido lo que creía era una nota de la señorita Reign Hall, prácticamente había corrido a la sala de música en el baile de los Collins, solo para encontrar allí a Lady Sally Perry en su lugar.

Ella se había arrojado sobre él, intentado besarlo, y mientras luchaba por apartarla, su hermano había tropezado con ellos, todo según lo planeado.

Un comportamiento vergonzoso y el fin de lo que más había deseado.

Reign Hall...

—Prepare el equipaje de la marquesa. Se irá a Londres tan pronto como se recupere. Por favor, contrate una nodriza de inmediato y traslade la habitación de la niña a la que está frente a la mía. Deseo tenerla cerca en caso de que me necesite.

—Sí, mi lord —dijo su mayordomo, enviando a varias doncellas a cumplir sus órdenes.

Bellamy esperó en la habitación que convertiría en la de su hija, paseando a la pequeña hacia la ventana para que mirara su hogar.

—Todo estará bien, pequeña dama. Te daré suficiente amor para que no extrañes a tu madre. Te lo prometo —besó su suave frente, agradecido de tenerla al menos a ella.

Si tenía que soportar un matrimonio sin amor, al menos tenía una hija. Eso era mejor que

nada, y siempre la amaría y la atesoraría.

CAPÍTULO ÚNO

1812, Grafton

REIGN ABRAZÓ a su amiga más cercana, la marquesa de Chilsten, en su modesto salón, feliz de que estuviera en Grafton visitando a sus padres y dispuesta a pasar un tiempo con ella.

—¿Qué es eso que oigo sobre que te vas a vivir y trabajar en el Distrito de los Lagos? No puede ser cierto. Debes volver conmigo a Londres, y yo te patrocinaré para una segunda temporada —suplicó Julia, tomándole las manos y apretándoselas como si eso pudiera cambiar su futuro o su decisión.

Reign negó con la cabeza. Su amiga, felizmente casada desde el '07, resplandecía de riqueza y privilegio, mientras que sus circunstancias se volvían más difíciles con cada año que pasaba.

Sus padres habían fallecido durante los dos últimos inviernos, y ahora ella era responsable de su pequeña casa de campo y granja. Aunque tenía muchas habilidades, mantener una granja en funcionamiento no era una de ellas, y había vendido las tierras que poseía para no morir de hambre.

—Julia, sé que te preocupas por mí, y yo te aprecio mucho. Pero ya no puedo quedarme en Grafton. El trabajo que conseguí aquí no es suficiente. No hay suficientes familias que necesiten una institutriz, o no pueden permitirse pagar los honorarios. Debo irme. El puesto en el norte será bueno para mí. Tendré alojamiento y comida. Me alimentarán, y la niña de la que me ocuparé tiene, según dicen, una disposición alegre.

—Pero el Distrito de los Lagos está tan lejos. Nunca te veré —dijo Julia—. Por favor, reconsidéralo. Estoy segura de que podemos encontrarte un buen partido si vienes a Londres.

—No, amiga mía —dijo, captando por un momento los grandes pendientes de diamantes de Julia. Tan solo uno de esos diamantes la mantendría alimentada, vestida y alejada del alguacil durante un año o cinco—. Estoy decidida a abrirme camino en la vida por mi cuenta. Tengo un plan. Esta casa de campo pronto se venderá, y voy a ahorrar como nunca antes en mi vida antes de reservar un pasaje a las Américas. Dicen que hay oportunidades para hombres y mujeres si uno está dispuesto a trabajar duro. Y yo estoy dispuesta a hacerlo. No eludiré mi deber, y quizás pueda tener éxito allí cuando no puedo tenerlo aquí. Eso es lo que espero, en cualquier caso.

—¿América? —exclamó Julia—. Te matarán, te robarán o te maltratarán, y yo no estaré allí para ayudarte. No puedes ir, Reign. Te lo prohíbo —dijo Julia, con miedo acechando en sus ojos almendrados.

—No, no será así. No seas tan dramática. Ganaré suficiente dinero aquí en Inglaterra antes de reservar cualquier pasaje a través del Atlántico, lo suficiente para mantenerme bien durante muchos meses antes de encontrar empleo.

—No me gusta nada esta idea tuya. —Julia hizo una pausa, mordiéndose el labio—. ¿Y qué hay de ese lugar donde vas a ser institutriz? ¿Cómo es la familia? ¿Los conozco? —preguntó—. Quizás la pregunta más importante sea si me agradan.

Reign se rio. Cómo amaba a su amiga, y si pudiera desear que las cosas fueran diferentes, lo haría, pero no quería ser una carga para nadie. La vida le había dado algunas cartas difíciles, pero no tenía reparos en esforzarse para salir del pequeño pozo de lástima en el que vivía.

—Un matrimonio llamado Davion, creo. La oficina en Londres que me recomendó el puesto dijo que si estaba dispuesta a viajar al norte, estaría tutorando a una niña de casi cinco años que necesitaba orientación y aprendizaje.

—¿Por qué el nombre Davion me resulta familiar? —dijo Julia, frunciendo el ceño—. Seguiré pensando en el asunto y te lo haré saber si lo recuerdo. Creo que cuando se entra en un puesto como el tuyo, cuanto más se sepa de la familia, mejor.

Reign cogió la pequeña campana de la mesa y la hizo sonar. Su cocinera, que también hacía las veces de criada, conocía la señal para el té y las galletas.

—Tomaremos el té y seguiremos hablando del asunto. Pero ahora, cuéntame todo lo que has estado haciendo. Necesito saberlo todo.

Julia sonrió mientras empezaba a hablar de su familia, sus hijos y todo lo que había sucedido desde la última vez que se habían visto. Reign se deleitaba con su amiga y toda la felicidad que el matrimonio con el marqués de Chilsten le había otorgado.

Hubo un tiempo en que ella había deseado lo mismo, y durante su primera temporada pensó que podría haber ganado el corazón de un caballero. Pero no pudo ser, y ahora tenía que abrirse camino en el mundo por su cuenta. Por muy elevadas que fueran sus conexiones, eso no la hacía más rica, y no dependería de la caridad. Mientras tuviera aliento en los pulmones, se forjaría una vida por su propio esfuerzo.

Y ese viaje comenzaba en el Distrito de los Lagos.

Reign contempló la gran e imponente finca a la que la había llevado el conductor del carruaje desde Rowsley.

¿Esta era la casa del señor y la señora Davion? La casa debía tener cien habitaciones, si no más, por no mencionar los terrenos, extensos y cuidados hasta el último centímetro. No era lo que había esperado.

Llamó a la puerta, con su pequeña maleta en la mano, y esperó a que respondiera un lacayo. Una casa de esta magnitud tenía sirvientes, posiblemente cientos de ellos.

Y ahora ella sería una de ellos también. Esperaba que la aceptaran y fueran amables. Aunque el puesto de institutriz o dama de compañía se consideraba una posición más elevada en la casa, ella no deseaba eso para sí misma.

Tan al norte de Inglaterra, no conocía a nadie, y ya echaba de menos a Julia. Lo que más deseaba era una amiga o una palabra amable, y solo podía esperar tener pronto un amigo o dos.

—¿Sí? —preguntó una voz monótona cuando la puerta se abrió de par en par, revelando a un anciano con papada a ambos lados de las mejillas.

—Buenos días, señor. Soy la señorita Reign Hall. Vengo por el puesto de institutriz para la hija del señor y la señora Davion.

El anciano sirviente alzó las cejas antes de que su boca se cerrara en una línea de desagrado. —La puerta lateral conduce a la cocina. Todo el personal entra por allí. Me reuniré con usted en la cocina en breve y la presentaré a todo el personal.

Con esas palabras, la puerta se cerró de golpe en su cara, y Reign tragó el nudo que se le formó en la garganta. Nunca había sido tratada con tanta rudeza, ni había visto a ninguno de sus amigos hablar a su personal como este hombre le había hablado a ella.

¿Era así como otros sirvientes se trataban entre sí bajo las escaleras?

Según las instrucciones, se alejó de los escalones de la puerta principal y se dirigió hacia el costado de la casa, eligiendo el lado izquierdo, ya que parecía el lado más sensato para que estuviera situada una cocina, aunque no sabía el razonamiento detrás de sus pensamientos.

Afortunadamente, sus suposiciones fueron correctas, y pronto encontró la puerta de la cocina abierta de par en par y varios miembros del personal entrando y saliendo de un jardín un poco más abajo en el camino.

—Buenas tardes —dijo Reign a dos doncellas en los jardines, afortunadamente ambas le devolvieron el saludo. Un mejor comienzo que el que había tenido en la puerta principal. Llamó a la puerta abierta de la cocina para encontrar al hombre enojado que la había recibido momentos antes junto a una mujer de busto prominente con un profundo ceño fruncido, un vestido largo y negro, y un delantal blanco impecable a su lado. ¿La ama de llaves, quizás?

—Señorita Hall, bienvenida a Davion Hall. Soy la señora Watkins, y este es el mayordomo, el señor Watkins, mi esposo, a quien conoció hace un momento.

Reign suspiró aliviada al ver que la señora Watkins no parecía tan quisquillosa como su marido. —Es un placer conocerlos a ambos —dijo—. Estoy deseando conocer a la niña de la que voy a cuidar.

—Sí, Lady Alice es una niña encantadora, pero necesita tutoría. Pase, y le mostraré la cocina y luego su habitación arriba. Como cuidará de Lady Alice, hay una habitación junto a la guardería que puede usar durante su estancia.

—Gracias —dijo Reign antes de que la presentaran a múltiples personas: la cocinera, varios lacayos y doncellas, las camareras y uno de los mozos de cuadra, que estaba sentado a la mesa almorzando.

—Estas son las escaleras de servicio, suben hasta los áticos, y puede usarlas en lugar de la escalera principal a menos que esté acompañando a Lady Alice.

—Por supuesto —dijo Reign, siguiendo al ama de llaves, cuya visita por la casa fue rápida pero eficiente—. Esta puerta conduce al vestíbulo principal de la casa —dijo mientras subían a la planta baja.

El ama de llaves abrió la puerta para Reign, y ella entró en el vestíbulo, mirando hacia arriba a la gran escalera de mármol. Varias puertas conducían a múltiples habitaciones a las que pronto se acostumbraría, supuso, cuanto más tiempo estuviera empleada allí.

—Este nivel alberga el comedor, la biblioteca, los salones delantero y trasero, la sala de música y el invernadero. Puede usar cualquiera de las habitaciones, excepto el comedor y la biblioteca.

Reign asintió, absorbiendo todo lo que podía con la apresurada visita.

Ahora que estaba aquí, se dio cuenta de que sabía muy poco sobre la familia y lo que deseaban de ella. Esperaba causar una buena impresión y poder quedarse, avanzar con su plan y ganar un buen y sólido salario.

América y sus posibilidades la llamaban, y no quería que nada echara por tierra sus sueños, ni siquiera si eso significaba que tenía que trabajar como sirvienta durante uno o dos años para lograrlos.

CAPÍTULO DOS

BELLAMY MIRÓ FIJAMENTE el pergamino en su mano y rápidamente escribió una respuesta a su administrador para enviar fondos a otro de los lugares de viaje de su esposa, de los que había partido sin pagar su deuda.

Desde su muerte hace dos años, cartas como la que recibió eran frecuentes, y él las pagaba, no queriendo que hubiera murmullos amenazantes de que la familia Lupton-Gage no cumplía con lo que debía.

Incluso si esa deuda no fuera suya sino de su difunta esposa, se encargaría del asunto y seguiría adelante. Su esposa era reconocida por causar conflictos dondequiera que iba, y dejar cuentas sin pagar parecía ser uno de sus pasatiempos al llegar al continente. No permitiría que nada ensombreciera el futuro de su hija en la sociedad, ni siquiera un pagaré.

La voz fuerte y autoritaria de su ama de llaves, la señora Watkins, resonó en el vestíbulo junto con la de una joven. Miró la fecha y se dio cuenta de que la nueva institutriz de su hija debía llegar hoy, y esa debía ser con quien hablaba su sirvienta. Se reclinó en su silla, debatiendo si se sentía con ánimos de saludar a la joven del sur de Inglaterra o no.

Supuso que debería hacerlo, ya que ella había viajado una gran distancia y él no era un imbécil la mayor parte del tiempo. No es que no tuviera sus momentos...

Sus voces se apagaron, y supo que se habían dirigido escaleras arriba hacia el primer piso. Su hija estaría en su habitación, esperando que él la recogiera para su paseo diario a caballo. Ya habría terminado su almuerzo a estas alturas.

Bellamy se puso de pie, se dirigió a la puerta y comenzó a subir las escaleras. Vio al ama de llaves y a la joven a quien escoltaba dirigiéndose hacia la galería de cuadros, y él se encaminó a su habitación, necesitando cambiarse a su atuendo de equitación.

Su ayuda de cámara salió de su armario, acostumbrado a las ocupaciones y horarios que mantenía, con su equipo de montar ya en la mano.

—Pensé que los pantalones marrones y la chaqueta de tweed serían lo mejor para hoy, mi lord —dijo Chambers.

—Muy bien. —Bellamy se quitó la chaqueta y tomó el tweed de su sirvienta—. ¿Sabes si Alice está vestida para nuestro paseo? —preguntó.

—Creo que vi a una doncella entrar con su almuerzo y quedarse para ayudarla a cambiarse como de costumbre. Estará ansiosa por el día de hoy, mi lord. ¿No le está enseñando a saltar un pequeño tronco en el campo norte? —le preguntó Chambers.

Bellamy frunció el ceño y se volvió hacia su ayuda de cámara. —¿Cómo sabes tales detalles? —preguntó—. No le he contado a nadie mis planes.

—Ah —dijo Chambers, tocándose la nariz—. Lady Alice ha estado contándole a todos desde su paseo de ayer que usted le prometió esto. Por favor, no se retracte de su palabra ahora, mi lord. Ella estará muy disgustada, y todos tendremos que escucharlo.

Bellamy se rio, sabiendo que esa era la verdad. Alice, su querida niña con toda su belleza e ingenio, era una arpía. —Prometo que no la decepcionaré y, por lo tanto, no los someteré a todos a su desagrado. Estará contenta y feliz después de su paseo, siempre y cuando mantenga el equilibrio.

—Ah sí, bueno, esperemos que lo haga —dijo Chambers, doblando los pantalones que había retirado—. Que tenga un agradable paseo, mi lord.

Bellamy se dirigió al pasillo con un asentimiento y chocó directamente con el cuerpo cálido y esbelto de una mujer. Extendió la mano sin pensar, agarrando las caderas de la mujer para evitar que cayera al suelo.

Con la fuerza de su unión, el rostro de ella se estrelló contra su pecho, robándole el aliento.

—Disculpe —murmuró ella contra su camisa, desenredándose de él y alejándose un paso—. No lo vi allí, mi lord.

—¡Oh, mi señoría! Le pido disculpas —se lamentaba la señora Watkins una y otra vez—. No esperábamos que usted... que usted...

Bellamy hizo a un lado las palabras del ama de llaves con un gesto. —No tiene importancia. Yo tampoco la vi y debería haber tenido más cuidado. —Sonrió a la joven, mirándola bien por fin, y sintió que la sangre se le iba del rostro.

No podía ser...

El estómago se le contrajo y sintió que se le abría la boca. La cerró de golpe, obligando a su corazón a dejar de latir tan rápido. Que el rostro de la joven también hubiera palidecido y fuera posiblemente el reflejo del suyo lo hizo sentir un poco menos conspicuo, pero no mucho.

La conocía.

—¿Reign? —graznó, aclarándose la garganta para no sonar como un completo imbécil—. Quiero decir, ¿señorita Hall? ¿Es usted? —preguntó de nuevo, incapaz de apartar los ojos de la mujer que una vez había esperado llamar su esposa.

Era tan hermosa como la recordaba. Largos mechones castaños, los ojos azul más oscuro que jamás había visto. Ojos que una vez lo habían mirado con tanta esperanza, el afecto que él había buscado, pero ahora...

Ahora lo miraban con horror.

Su atención se desvió hacia su vestido, un poco polvoriento por el viaje y envejecido.

¿Dónde había estado durante los últimos cinco años? Le avergonzaba no haber preguntado a la Marquesa de Chilsten durante las pocas veces que estuvo en la ciudad.

Pero no podía permitir que los chismes mancharan su nombre. Su esposa lo había hecho lo suficiente, y no quería que su hija fuera perjudicada más de lo que ya estaba por su asociación con una mujer que nunca había querido un marido ni ser madre.

—¿Lord Lupton-Gage? —Miró a su ama de llaves como si fuera a confirmar tales títulos—. Me dijeron que esta casa era para el señor y la señora Davion. —Sacudió la cabeza, claramente confundida—. Me disculpo. No entiendo cómo ha ocurrido tal error.

Bellamy quería tomarle la mano, consolarla, pero se contuvo. —Davion es mi apellido familiar, Bellamy Davion, Marqués de Lupton-Gage. Cuando pregunté por una institutriz para mi hija, la oficina de contratación en Londres debe haber malinterpretado mi misiva cuando le respondieron —dijo, preguntándose cómo podría haber ocurrido tal error. Estaba seguro de haber dirigido su correspondencia correctamente.

—Oh —dijo ella, con los ojos cansados—. Disculpe, señora Watkins. Su señoría y yo nos conocemos de Londres. Nos conocimos hace muchos años durante mi temporada en la ciudad.

—¿De verdad? —dijo el ama de llaves, abriendo mucho los ojos—. No sabía que las institutrices tenían temporadas en Londres. Creía que había dicho que era de un pequeño pueblo llamado Grafton.

—Así es, es cierto —dijo la señorita Hall, frunciendo el ceño. Bellamy pudo ver que estaba preocupada por este giro de los acontecimientos y lo que significaría para ella en el servicio—. Antes de que mis padres fallecieran, habían ahorrado lo suficiente para darme una temporada, pero desafortunadamente, no recibí ninguna propuesta de matrimonio.

Sus ojos se encontraron brevemente con los suyos, y la vergüenza invadió a Bellamy. Aunque no le había pedido matrimonio a la señorita Hall, sabía por su tiempo en Londres que ella sentía algo por él. Ese único beso robado que, hasta el día de hoy, atormentaba sus sueños. Le había gustado mucho y sabía sin asomo de duda que esa emoción se habría convertido en amor si se le hubiera dado la oportunidad.

—Lamento su pérdida —dijo, escuchando a su ama de llaves decir lo mismo—. En cuanto a la conexión del pasado entre la señorita Hall y yo, por favor, no informe al personal de tales cosas, señora Watkins. Si la señorita Hall ha de ser tratada con igualdad, no quiero que nadie piense que hay un trato diferencial simplemente porque nos conocemos. ¿Me he explicado? —preguntó, sabiendo que su ama de llaves tenía una habilidad increíble para el chismorreó.

—Por supuesto, mi señor. No diré ni una palabra —afirmó la señora Watkins con vehemencia.

—Le pido disculpas, mi señor. Si hubiera sabido que iba a trabajar en su finca, nunca habría aceptado la oferta —dijo la señorita Hall, retorciéndose las manos.

—Todo estará bien —dijo él, desestimando sus preocupaciones con un gesto—. No nos conocíamos bien en Londres —mintió, ignorando la mirada fugaz de la señorita Hall—. Pero me

alegro de que sea usted la institutriz de mi hija. Siendo buena amiga de la marquesa de Chilsten, sé que le dará a Lady Alice una enseñanza completa y adecuada.

Ella asintió con entusiasmo. —Lo haré, mi señor. No le defraudaré.

Él hizo un gesto hacia la puerta de su hija. —Permítame presentarle a Lady Alice. De todos modos, estoy a punto de llevarla a montar.

Reign respiró hondo para calmarse y esperó no parecer tan sobresaltada y conmovida como se sentía. Su corazón latía con fuerza en sus oídos, y el calor besaba cada parte de su piel. Apretó las manos para intentar que dejaran de temblar.

¿El señor Davion era Lord Lupton-Gage? ¿Bellamy?

¿Cómo podía ocurrir semejante error, y cómo era posible que de todas las casas en las que podía trabajar en Inglaterra, fuera precisamente la del hombre por el que una vez había albergado sentimientos?

Cerró los ojos brevemente, siguiendo a su señorita y al ama de llaves a la habitación de la niña.

¿Una vez albergó sentimientos? ¿A quién quería engañar? Después de cinco años separados, sabiendo que estaba casado, y aun así su corazón latía demasiado rápido cada vez que pensaba en él. Y ahora estar bajo el mismo techo...

¿Cómo podría mantenerse distante cuando el hombre que había amado y perdido estaba cerca de ella a cada momento de cada día? Justo como había soñado durante demasiado tiempo.

Al entrar en la habitación, aprovechó la oportunidad para estudiarlo. Su pelo estaba un poco más largo, y había más barba incipiente en su mentón cincelado, pero sus ojos azul oscuro eran los mismos. Todavía tenían esa mirada que solo ella reconocía; una oportunidad perdida y arrepentimiento por lo que les había sido arrebatado.

No podía quedarse aquí. Quedarse significaría tentación. Era una mujer ya pasada, una solterona, y ahora una institutriz sin perspectivas, sin familia ni fondos de los que hablar. No necesitaba estar cerca de la tentación cuando esa tentación estaba casada. Ya no era suyo para admirar y anhelar. Para llevarlo a jardines oscuros y besarlo bajo la luz de la luna.

Lo había perdido hace años. No podía recuperarlo ahora, por mucho que lo deseara.

Entraron en una habitación que daba al frente de la finca, con un gran banco de ventanas, dos de ellas abiertas para permitir que la cálida brisa entrara. Reign sonrió a la niñera, que estaba sentada en una mecedora, leyendo un libro, mientras una niña vestida con ropa de montar se balanceaba con entusiasmo en un caballito de madera, escuchando.

Al verlo, la niña chilló y corrió hacia su señorita, quien la levantó y la hizo girar.

Lord Lupton-Gage besó la mejilla de su hija y le sonrió. Reign nunca había visto una sonrisa tan hermosa en su vida. En todas las semanas que lo había conocido en Londres, nunca lo había visto tan feliz. Era tan claro como el cielo de este día soleado que el marqués amaba profundamente a su hija.

—Lady Alice, permíteme presentarte a tu nueva institutriz, la señorita Reign Hall. Es una

dama a quien conocí hace muchos años en Londres, que será tu amiga y guía y te enseñará. Espero que seas muy amable y escuches todo lo que la señorita Hall tenga que decirte —dijo, encontrándose con la mirada de Reign por un momento, su atención descendiendo a sus labios.

Ella tragó saliva para calmar los nervios que revoloteaban en su estómago ante su mirada. Había visto ese hambre antes y lo reconocía bien. Esa mirada le había dado el valor para besarlo una noche bochornosa en la ciudad, y vaya beso había sido.

—Hola, señorita Hall. Gracias por venir a enseñarme —dijo la dulce voz de la niña. Miró a su padre con una pequeña sonrisa en los labios como si buscara su aprobación.

Que, por supuesto, recibió. Su señoría era amable con su niña, al parecer. —Muy bien, Alice —dijo.

Reign hizo una reverencia. —Es un placer conocerte también, Lady Alice. Espero con ansias conocerte y tener nuestras lecciones. Estoy segura de que tendremos muchos momentos divertidos juntas.

—No todo será diversión, espero —intervino el ama de llaves—. Lady Alice debe ser inteligente e instruida. No podemos tener solo juegos y diversiones —dijo la mujer mayor, con un tono que no admitía discusión.

—Por supuesto, señora Watkins. —Reign no se atrevió a decir nada más. Tendría que asegurarse de tener tales actividades cuando no estuvieran frente al ama de llaves.

CAPÍTULO TRES

BELLAMY SE EXCUSÓ Y, junto con Alice, se dirigió a los establos. Su corazón latía demasiado rápido para su gusto, y necesitaba salir al exterior para alejarse de la tentación que representaba Reign Hall.

Aunque ahora fuera viudo, un hombre aún joven y viril, no buscaba una esposa. Había sufrido bajo el yugo de la difunta marquesa de Lupton-Gage y no deseaba renovar ese papel.

Pero Reign no se parecía en nada a Sally.

Mientras su esposa había sido fría y calculadora, Reign había sido cálida y directa, sin mencionar cariñosa, divertida y dulce.

Demonios, la había adorado.

Aún la adoraba.

Se pasó una mano por el pelo y maldijo para sus adentros. ¿Qué demonios hacía ella como institutriz?

¿Cómo diablos había ocurrido semejante desatino?

—Espero que no llueva hoy, papá —dijo Alice.

Se volvió y sonrió a su hija, a quien aún llevaba en brazos. Decidiendo que podía caminar, la dejó en el suelo, y ella corrió a su lado. —Estoy seguro de que lloverá en algún momento, pero aprovecharemos hasta que lo haga —dijo.

Llegaron a los establos y encontraron a Misty, el pequeño poni de Alice, ya ensillado. El animal se agitaba, más que listo para su paseo de la tarde.

Como de costumbre, Alice rechazó la ayuda para montar, prefiriendo usar el escalón. Bellamy la dejó hacer, dispuesto a darle la libertad de decidir lo que era mejor para ella. Sin eso, no podría aprender.

Llevó al poni al campo norte y desenganchó la cuerda de guía, permitiéndole caminar por la pequeña área cercada. Durante varios minutos, el animal anduvo al paso y al trote antes de que Alice lo llevara hacia un tronco caído para que el caballo lo estudiara y olisqueara.

—Es muy lista para tener cinco años —dijo una voz femenina a su lado, sobresaltándolo.

Se volvió y encontró a la señorita Hall mirando a su hija, con una leve sonrisa jugando en sus labios besables.

Respiró hondo y forzó su atención de vuelta a su hija. Su cuerpo se rebelaba, ardía porque ella estaba de nuevo a su lado, cerca de él como siempre debería haber estado.

¿Cómo no la había buscado después de la muerte de su esposa? ¿Cómo había olvidado las sensaciones que ella despertaba en él cada vez que estaba cerca? Cada vez que pensaba en ella.

—Monta desde los tres años. Por supuesto, su niñera no lo aprobaba, ni el resto de la casa, si he de ser sincero. Todos temían que se cayera de la silla y se lastimara, pero no fue así. No permito mucho, pero sí le dejo intentar saltar el pequeño tronco, y como puede ver, apenas llega a la altura del tobillo.

La señorita Hall se rio, y él saboreó el sonido. Hacía tanto tiempo que no la oía reír.

Aún recordaba su primer baile, y cómo se había enamorado instantáneamente de ella. Reprimió una sonrisa. En realidad, eso no era del todo cierto. El día que la había visto acurrucada entre los arbustos de Hyde Park, y su carruaje había salpicado su vestido, bueno, fue entonces cuando supo que ella era la indicada. Su molestia y enojo con él por arruinar su vestido durante los días siguientes habían sido reveladores.

Tenía agallas y no le importaba que él fuera un marqués muy por encima de su rango. Eso le gustaba de ella.

—Ten cuidado, Alice. Agarra bien las riendas, junto con la crin, y no olvides apretar las rodillas cuando pases por encima —le gritó a su hija.

—Sí, papá —respondió ella, alejando su poni del tronco para tener una carrera adecuada.

—No creo que pudiera permitir que mi hijo hiciera lo que usted está haciendo. Apenas la conozco y estoy nerviosa —admitió la señorita Hall, con un ceño preocupado entre sus cejas perfectas.

Él suspiró interiormente, bebiéndola con la mirada, deseando cosas que nunca podrían ser. —Todo saldrá bien, señorita Hall —dijo, esperando que lo que declaraba fuera cierto. Su hija giró al poni y lo empujó a un galope lento antes de saltar el tronco fácilmente y sin ningún problema.

—¡Lo hice, papá! —gritó.

—Oh, gracias a Dios —dijo la señorita Hall, con la mano en el pecho.

Bellamy se rio, aplaudiendo. —Bien hecho. Eres una natural, mi niña.

Observaron durante varios minutos más cómo el poni saltaba una y otra vez el pequeño tronco. El pequeño caballo nunca se molestó por la acción monótona.

—Lo siento por todo esto, milord —dijo finalmente la señorita Hall, con voz baja—. Si hubiera sabido que esta era su casa y su santuario, nunca habría venido aquí. Ni en un millón de años.

Bellamy negó con la cabeza, no queriendo que ella se sintiera incómoda. —Yo también lo siento, pero no hay nada que hacer al respecto. Usted está aquí ahora, como institutriz, y haremos lo mejor de la situación. Estoy seguro de que hará un buen trabajo educando a mi hija. —La miró, preguntándose qué había sido de ella. Para su vergüenza, incluso durante su matrimonio, había soñado con ella. Se había despertado acalorado e insatisfecho, con un anhelo que lo

atravesaba como un cuchillo.

—Dejó Londres tan repentinamente que nunca tuve la oportunidad de explicar... —Se detuvo —. ¿Qué ha estado haciendo estos últimos cinco años?

Ella miró hacia el patio de equitación, y él vio que seguía el progreso de su hija. —Volví a Grafton, mis padres fallecieron y descubrí que mi padre no había sido tan frugal como debería con las finanzas. No había suficiente dinero para que tuviera una segunda temporada, aunque Julia se ofreció a patrocinarme, pero no podía permitir eso. Demasiado orgullo, ¿sabe? —dijo, riéndose de sus propias palabras.

Él no se rio. Encontraba que lo que ella decía tenía poco de divertido. Si acaso, sonaba como una historia de pena y angustia, sin mencionar el miedo. —¿Y así se convirtió en institutriz? —preguntó.

—Sí, para dos familias locales en Grafton, pero no estaban en mucha mejor situación que yo, y mi conciencia no me permitía aceptar un salario cuando sabía que escatimaban y ahorran para pagarme cada semana. Pero tampoco podía trabajar gratis. Escribí a una agencia de empleo en Londres, y me informaron de este puesto en el Distrito de los Lagos, y aquí estoy —dijo, encogiéndose de hombros.

—Y aquí está —repitió él, preguntándose cómo evitaría mirarla como lo hacía antes en Londres. Para su vergüenza, había estado un poco obsesionado con ella entonces. Hasta que lo engañaron para que se casara con Lady Sally Perry y su afecto por la mujer a su lado se vio obligado a terminar de la noche a la mañana.

—Lamento su pérdida y sus dificultades. Aunque espero que su ingreso de 30 libras anuales sea adecuado —le preguntó.

—Es más que generoso, gracias —dijo ella, con las mejillas tornándose de un suave tono rosado.

—Me alegro de que esté aquí y pueda ayudarla de esta pequeña manera. Fuimos amigos una vez. Espero que podamos serlo de nuevo —dijo, sin haber querido decir nada más en su vida. Sus situaciones tan cambiadas ahora significaban que la amistad era lo único que se les ofrecía a ambos, pero él lo aceptaría. Esperaba que ella también lo hiciera.

Ella encontró su mirada, y él se maravilló del color de sus ojos. Como un océano profundo y tormentoso, lleno de secretos y tesoros ocultos. —Usted es mi empleador, milord. El tiempo para que nos encontremos como iguales ha terminado. Espero que no le importe que piense que es mejor mantenerlo así.

Él asintió, comprendiendo perfectamente lo que ella decía. Su tiempo había llegado y pasado, y esto ciertamente no era una segunda oportunidad. —No diga más, señorita Hall. Estoy completamente de acuerdo, y no hay daño hecho.

Reign suspiró aliviada justo cuando Alice comenzaba a acercar su poni hacia ellos. —¿Cuándo le gustaría que empezara las lecciones, milord? Puedo comenzar hoy mismo si lo desea —le preguntó.

—No, mañana está bien. Pronto oscurecerá, y usted aún tiene que desempacar de su viaje, y estoy seguro de que estará cansada. Es un largo camino desde Grafton hasta Derbyshire.

—Supongo que tiene razón, y creo que dormiré profundamente esta noche —dijo. Ya le dolían las piernas y le picaban los ojos. La idea de una cama, de acostarse en un colchón suave y no en un carruaje traqueteante sobre caminos irregulares, la tentaba, y aún no había oscurecido.

—Mi hija cena conmigo todas las noches, así que siéntase libre de comer en su habitación si lo desea, o abajo con los sirvientes.

Reign asintió, sabiendo que tendría que acostumbrarse a estar abajo en lugar de ser una invitada de arriba como lo fue una vez. Qué caprichosa era la vida que una podía sentir que las estrellas eran suyas para capturar y ahora preguntarse cómo pagaría al carnicero por la carne.

—Iré abajo. No conozco a nadie, y como sabe, desde hace varios años, Julia vive en Londres. He echado de menos la compañía de otros para chismorrear y hablar.

—Es divertido que mencione tales cosas. Aquí arriba en el Distrito de los Lagos, tenemos muchos vecinos, pero rara vez nos reunimos. Ha llegado justo a tiempo, porque dentro de quince días, voy a organizar una fiesta en la casa por primera vez en varios años, y habrá una afluencia de personas y personal. Tendrá más que suficientes personas con quienes hablar.

Reign sonrió, preguntándose si él había olvidado tan pronto que ella no hablaría con ninguno de ellos dada su posición en la vida ahora. —¿Y Lady Lupton-Gage asistirá? Aún no la he visto —preguntó, preguntándose dónde podría estar la marquesa.

El rostro de su señoría se endureció, sus ojos se estrecharon pensativamente. —Lady Lupton-Gage se marchó después de nuestro primer año de matrimonio, y recibí la noticia mientras estaba en el extranjero de que falleció en un accidente de carruaje.

Por un momento, Reign se quedó muda. ¿Lady Lupton-Gage había muerto? ¿Por qué Julia no le había contado tal noticia? Pero entonces, ¿acaso ella lo sabía? Por lo que podía entender, su señoría no había viajado fuera de Derbyshire durante algunos años. Quizás nadie lo sabía.

—Lo siento mucho, milord. No me enteré de la tragedia —dijo, poniendo un poco de espacio entre ellos, no queriendo que un sirviente los viera juntos y sospechara que ella estaba tratando de ganarse el afecto de su señoría, sabiendo que era viudo.

Qué mortificante sería tal rumor, y ella necesitaba desesperadamente encajar aquí, ganarse el sustento y sobrevivir. No podía permitir que la desgracia la tocara.

—Gracias —dijo él, dirigiéndose hacia su hija, que se unió a ellos con una amplia sonrisa en su hermoso rostro—. Lo has hecho muy bien, mi querida. Eres una gran amazona —dijo.

La pequeña Lady Alice soltó una risita, y Reign sonrió. —Gracias, papá. Creo que me he ganado mis pasteles de crema en la cena de esta noche, ¿no crees? —afirmó.

—Creo que bien podrías haberlo hecho —estuvo de acuerdo, sonriendo a Reign. El fondo de su estómago se contrajo al verlo de nuevo, al aire libre, feliz y sonriente. Era tan apuesto, tan encantador, y una vez había sido suyo.

¿Por qué no podía serlo de nuevo?

No, juró interiormente. Viudo o no, él no era para ella. Pero, oh Dios, si lo fuera, qué dulce sería su vida.

CAPÍTULO CUATRO

AL DÍA SIGUIENTE, Bellamy estaba sentado en su biblioteca escuchando el sonido del pianoforte y la suave melodía de Beethoven que se extendía por la casa.

La señorita Hall tocaba, instruyendo a su hija, quien de vez en cuando intentaba replicar el delicado toque de la señorita Hall en las teclas de marfil, pero sin éxito.

De alguna manera, Bellamy sabía que la música no era el fuerte de su hija.

Recogió las misivas que habían llegado hoy, varias aceptaciones para su fiesta en casa y una en particular que sabía que agradaría a la señorita Hall.

No que fuera a decírselo. Como institutriz de su hija, ella no esperaría ser informada, pero la llegada del Marqués y la Marquesa de Chilsten le complacería y pondría una bienvenida sonrisa en su bonito rostro.

Una carta sellada desde España llamó su atención, y la abrió. El último paradero conocido de su esposa había sido España antes de su fallecimiento, y aunque le habían informado de su muerte, no le gustaba no haber podido enterrarla aquí en Inglaterra y permitir que su hija se despidiera de su madre, para visitar la tumba cuando quisiera.

Había algo fundamentalmente incorrecto en tal cosa.

La misiva explicaba una vez más otra deuda que requería su atención. Una posada donde ella había pedido una cantidad insana de vino, si el inventario de su factura era una indicación.

La risa de su hija y la de la señorita Hall le llegaron, y la curiosidad pudo más que él. Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta de la sala de música que estaba un poco más allá de su biblioteca.

Se apoyó en el umbral y observó a su hija intentar leer la música y tocar al mismo tiempo, mientras la señorita Hall la guiaba, sin nunca regañarla o corregirla cuando cometía un error. Lo cual, desafortunadamente, era frecuente.

—Solo tengo cinco años, señorita Hall. Estoy segura de que con sus enseñanzas, para cuando tenga cinco años y medio, seré una experta.

Bellamy contuvo una risa y notó que la señorita Hall también luchaba por no reírse. Su pobre hija extrañaba a su mamá, aunque nunca la había conocido. Y sabía que anhelaba la compañía de mujeres o de una mujer que la amara y cuidara.

Era lo único que no podía perdonarle a Sally. Incluso con ella yaciendo en la fría y dura tierra como estaba.

—Lord Lupton-Gage, no le había visto ahí —dijo la señorita Hall, poniéndose de pie—. Venga y escuche a Lady Alice. Lo está haciendo muy bien.

Él sonrió y se unió a ellas en el pianoforte. Su hija se sentó erguida y corrigió la posición de sus dedos antes de empezar a tocar. —¿Ves, papá? Ya estoy mejorando. La señorita Hall es una institutriz maravillosa.

La señorita Hall sonrió pero no respondió, y Bellamy tampoco. Era extraño estar cerca de ella de nuevo. Incómodo y a la vez no. Quería hablar con ella, tener largas conversaciones sobre todo tipo de cosas, y sin embargo no podía. Ahora era una institutriz, de una esfera social diferente a la suya, y no había forma de cambiar ese hecho.

Y no habían estado a solas en años. Tantas cosas habían cambiado en las vidas de ambos.

Pero aquel beso de hace tanto tiempo...

Su atención se desvió de su hija, y se encontró con los ojos de la señorita Hall por encima de la cabeza de la niña. Ella había tomado el control aquella noche, lo había agarrado por las solapas de su chaqueta y le había robado el beso que deseaba.

Lo que ambos habían deseado.

En el momento en que sus labios se encontraron, una tormenta de fuego de deseo reprimido lo había atravesado, y no hubo vuelta atrás. Había negado sus sentimientos y lo que ella había llegado a significar para él, pero después de ese beso, no había forma de negar lo que sentía.

Que Lady Sally Perry también se hubiera dado cuenta y hubiera puesto fin a su cortejo poco después le dolía hasta el día de hoy. La señorita Hall había regresado a Grafton, y ese fue el fin del asunto.

—Has tocado bellamente, Alice —dijo cuando su hija terminó su canción—. Dime, ¿qué más tienes planeado para el día?

Su hija casi saltó en el taburete del piano, con los ojos iluminados de emoción. —Vamos a hacer un picnic, papá. Abajo cerca del río y la señorita Hall me va a ayudar a atrapar ranas. Ranas de verdad que saltarán y todo.

Por un momento, Bellamy no tuvo palabras para tal cosa. Miró a la señorita Hall y la encontró observándolo con curiosidad. —¿Ranas de verdad, señorita Hall? ¿No son más apropiadas para los niños?

—En absoluto, milord. Lady Alice necesita aprender de todo, no solo pintura y bordado —dijo ella—. Nada que yo no hubiera hecho a su edad —añadió, sonriendo a su hija, quien le devolvió la sonrisa radiante.

—Señorita Hall —le reprendió su hija—. Pensé que habíamos acordado que sería Alice a partir de hoy.

—Por supuesto, lo siento, Alice —dijo, sonriendo a su hija.

Una calidez se asentó en su corazón ante las palabras de la señorita Hall. Una niña pequeña

que anhelaba la atención de una madre y nunca había recibido tal regalo. Un día de picnic y búsqueda de ranas sería un sueño hecho realidad para una niña de cinco años.

Por mucho que él hubiera intentado ser ambos padres para Alice, no había nada como el amor de una madre, y deseaba que ella hubiera podido tener todo lo que merecía.

—¿Quieres unirme a nosotras, papá? —preguntó Alice, alcanzando sus manos y sacudiéndolas un poco—. Tú también puedes ayudar. Si atrapamos una, ¿podré recibir una recompensa?

—Una recompensa saludable, milord. Una manzana de su huerto calentada por el sol, nada malo para ella —se apresuró a intervenir la señorita Hall.

Sonrió. No tenía compromisos esa tarde que se lo impidieran. —Me encantaría bajar al río contigo, Alice. Iré a cambiarme y te veré allí si quieres.

—Sí, gracias, papá —dijo ella, saltando del taburete y corriendo hacia la puerta—. Haré que nana me cambie de ropa enseguida, señorita Hall —añadió antes de que su institutriz pudiera decir una palabra.

Él se encogió de hombros, mirando a la señorita Hall. —¿Había terminado su lección? Me temo que mi hija parece pensar que sí.

La señorita Hall se rio mientras guardaba las partituras y cerraba el piano, un sonido que le hizo desear escucharlo más a menudo. —Llevábamos tocando bastante tiempo, y Lady Alice solo tiene cinco años. Su capacidad de atención aún no es muy grande, así que creo que es mejor no presionarla demasiado. —Hizo una pausa, mirando hacia la puerta antes de encontrarse con sus ojos—. ¿Está seguro de que quiere acompañarnos? Puede que haya barro esta tarde, milord —le advirtió.

Él desestimó sus preocupaciones con un gesto, acompañándola hasta la puerta. —No se preocupe por esas cosas. Creo que olvida que yo también fui niño una vez y soy más que capaz de atrapar una rana o dos.

—Muy bien, milord. Me alegro de que solo tenga que enseñar a uno de ustedes —dijo ella antes de dejarlo solo en la habitación.

La vio marcharse, sacudiéndose la melancolía que le asaltaba cada vez que se separaban. Regresó a su biblioteca. Su tiempo había llegado y pasado, si es que alguna vez lo tuvieron, y ahora era momento de seguir adelante.

Tenía que pensar en Alice. Casarse con su institutriz y provocar otro escándalo en su vida no era algo que pudiera hacer.

Por mucho que lo deseara.

Reign se quitó las botas y las medias y las dejó en la orilla cubierta de hierba, junto a un árbol donde esperaba que ninguna ranita verde saltarina buscara refugio de su exploración.

Habían buscado entre la hierba y algunas rocas, pero aún no habían encontrado ninguna rana. Sin embargo, podían oír sus pequeños croacs, lo que volvía loca a Alice, que corría de un lado a otro intentando encontrar el origen del sonido.

El sonido de una ramita al romperse la hizo levantar la vista. Se le secó la boca al ver a Lord

Lupton-Gage sentado en la hierba, quitándose los calcetines y los zapatos, dejando al descubierto la parte inferior de sus piernas y sus pies.

Nunca había visto los pies de un hombre antes y había algo extrañamente masculino en ellos, muy diferente a los suyos.

—No encontrarás ninguna rana ahí —declaró su señoría, bajando la colina para unirse a ellas—. Pero estas rocas siempre me han parecido particularmente prometedoras. —Las condujo sobre varias rocas grandes hasta un grupo de piedras semisumergidas en el barro y un poco de agua corriente.

—Ven, Alice —dijo, ayudándola a mover una roca—. Estoy seguro de que habrá ranas debajo.

Reign se unió a ellos, inclinándose para mirar bajo la roca mientras su señoría la hacía rodar hacia un lado. El chillido de alegría que soltó Alice dejó sorda a Reign durante varios momentos antes de que una pequeña rana, moviéndose en el barro y el agua, apareciera a la vista.

—¡Ahí hay una! —exclamó Alice, alargando la mano para coger la ranita.

Reign se mordió el labio, mirando a la pequeña rana que era completamente adorable. —Qué dulces son, y tan diminutas. Deberíamos investigar qué tipo de rana es esta y estudiarla, Alice —sugirió.

—Yo diría que es una Rana temporaria —dijo su señoría, examinando al pequeño anfibio—. Una rana común en Inglaterra. De hecho, tengo un libro. En mi biblioteca, señorita Hall. Puede tomarlo prestado cuando quiera —ofreció.

—Gracias, será de gran ayuda.

—¿Buscamos en otro sitio? —sugirió a ambas—. Quizás podamos encontrar más. ¿Te gustaría eso, Alice?

Lady Alice asintió con entusiasmo, dejando la rana donde la habían encontrado, pero antes de que su señoría pudiera bajar la roca a su posición original, saltó y aterrizó en el corpiño de Reign.

Ella gritó, retrocedió y cayó de golpe en el barro. Olvidando la ruina de uno de sus mejores vestidos, rebuscó en su corpiño, tratando de sacar a la pequeña criatura.

Alice se rio y dijo que seguiría buscando, sin verse afectada por el apuro de Reign. Esta soltó otro chillido cuando la ranita se movió, deslizándose contra su piel como una masa húmeda y viscosa de quién sabe qué.

—Déjeme mirar, señorita Hall —dijo su señoría, arrodillándose a su lado.

Reign jadeó y apartó su mano. —¡No puede! ¿Y si alguien nos ve, milord? —dijo, con la mano ya dentro de buena parte de su vestido.

—No hay nadie que pueda vernos —dijo él, acercándose para asegurar la privacidad.

Reign lo miró a los ojos y vio que hablaba en serio. Suspiró y miró por encima del hombro. Al no ver a nadie alrededor, dejó caer las manos a los lados y le permitió hacer lo que sugería. Él tiró del corpiño con los dedos y miró dentro de su vestido. El calor besó sus mejillas y el deseo la atravesó.

Quería sus manos sobre ella. Quería mucho más que sus manos, de hecho.

—Puedo verla —dijo él, con voz grave y profunda. Se aclaró la garganta y la miró a los ojos. Estaban tan cerca que sus alientos se mezclaban, y se dio cuenta de que ambos respiraban con dificultad.

Una calidez se asentó en su vientre, y se mordió el labio, luchando contra el impulso de tomar lo que quería una vez más y besarlo.

La rana saltó, aterrizó en el hombro de su señoría y luego saltó de nuevo a algún lugar del desastre embarrado en el que Reign estaba sentada.

—Ha salido —afirmó él sin moverse. Su mirada se posó en los labios de ella, y Reign sintió que se inclinaba hacia él antes de que el chillido de Lady Alice al encontrar otra rana los hiciera volver en sí.

—Ven —dijo él, levantándose rápidamente—. Por aquí. —Se dirigió a otra parte del río donde, para deleite de Alice, encontraron lo que parecían cientos de ranas de todas las formas y tamaños. Reign se puso de pie e intentó quitarse todo el barro posible del vestido, pero fue en vano. Estaba arruinado.

Se lavó las manos en el río y dejó que su señoría buscara ranas con su hija mientras ella preparaba la cesta del picnic para el almuerzo. Después de aproximadamente una hora, se unieron a ella en el césped. Reign abrió la cesta, repleta de carnes frías, pan, miel y galletas, junto con frutas y vino para los adultos y limonada para Lady Alice.

Sirvió limonada a Alice antes de que la niña se alejara justo frente a ellos, buscando más ranas mientras comía queso y una galleta.

—Es encantadora, mi lord. Debe estar muy orgulloso de ella —Reign no pudo evitar pensar que si hubiera tenido un hijo, habría querido uno similar a Alice. Una niña tan dulce, cariñosa, honesta y feliz.

Reign le pasó una copa de champán y se quedó inmóvil cuando él se inclinó sobre la cesta de picnic, acariciándole el mentón varias veces con el pulgar. Su corazón dio un salto ante su contacto, y ella contuvo un gemido. ¿Cómo sobreviviría estando cerca de él, deseándolo, pero negándose a sí misma cuando él le hacía tales cosas?

—Disculpe, señorita Hall. Tenía un poco de suciedad en la mejilla. No es de extrañar después de lo ocurrido —dijo él, con risa en los ojos.

Ella se rió, sabiendo cuán cierta era esa afirmación. Aun así, la sensación de él, su mano en su mentón, le provocó un anhelo que no podía reprimir.

No importaba cuánto lo supiera, tendría que negarse a sí misma cada día que estuviera aquí.

CAPÍTULO CINCO

ENTRADA LA NOCHE, Reign salió de su habitación cuando la casa se quedó en silencio y la señora Watkins seguramente estaría dormida. La ama de llaves le había dicho que la biblioteca estaba prohibida, pero hoy Lord Lupton-Gage le había dicho que podía usar la sala, así que estaba decidida a hacerlo.

De camino por el pasillo, comprobó cómo estaba Lady Alice, quien se había bañado y cenado después de su salida de la tarde y se había quedado dormida rápidamente mientras escuchaba a su niñera leer.

Al regresar a la finca, había oído a su señoría mencionar que saldría por la noche, así que Reign aprovechó la oportunidad para bajar a la biblioteca y buscar el libro sobre anfibios que él había mencionado antes. No podría molestarlo si no estaba aquí.

Las velas ardían en los candelabros, dándole luz suficiente para encontrar lo que buscaba. Recorrió las estanterías, viendo todo tipo de literatura, desde novelas góticas hasta mantenimiento del hogar y recetas, pasando por arquitectura, horticultura y medicina.

Cerca de esta última, encontró varios libros sobre anfibios y ranas en particular.

Hojeó las páginas, buscando ranas similares a las que habían encontrado esa tarde que pudiera mostrarle a Alice al día siguiente.

—¿Señorita Hall? —resonó una voz de barítono profunda desde la puerta.

Se sobresaltó por la interrupción, dejando caer el libro antes de recogerlo apresuradamente.

—Su señoría, me disculpo por estar aquí. Estaba buscando el libro sobre ranas que mencionó. Espero que no le importe —dijo, sosteniendo el libro frente a ella como si pudiera protegerla de las emociones que siempre la bombardeaban cuando él estaba cerca.

No funcionó. Nada funcionaba cuando se trataba de Bellamy...

Él desestimó sus preocupaciones con un gesto, dejando varias cartas sobre su escritorio antes de quitarse el abrigo y arrojarlo sobre una silla cercana.

—En absoluto. Por favor, busque y use los libros que crea que ayudarán en sus lecciones con mi hija —se desplomó en la silla detrás de su escritorio, frotándose la cara con una mano.

Reign notó las oscuras sombras bajo sus ojos, y parecía haber envejecido varios años desde su almuerzo de picnic esa tarde.

—Creo que he encontrado el libro que necesito. Le dejaré con sus asuntos —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espere, quédese. No necesita irse tan pronto. Venga, siéntese conmigo un momento. Me vendría bien la compañía —dijo él, sus ojos implorándole de una manera que ella no podía rechazar. Nunca había podido rechazar, si era honesta consigo misma.

—Muy bien, si lo desea —Reign se sentó frente a él al otro lado del escritorio, incapaz de no absorberlo con la mirada. Después de años sin verlo, estar tan cerca del hombre que una vez pensó que sería su esposo era un deleite que nunca creyó volver a experimentar—. Parece cansado, milord —soltó antes de poder contener las palabras. Se cubrió la boca con la mano, sin saber qué la había poseído para ser tan familiar con él. Ya no tenía derecho a serlo. Era una sirvienta en su casa y debía conocer su lugar.

Él se burló pero asintió en acuerdo. Ella pensó que la regañaría, pero quizás él también estaba encontrando difícil recordar que su posición en la sociedad había cambiado.

—Tienes razón. Estoy terriblemente agotado y pronto me iré a la cama.

Reign luchó por no imaginar cómo se vería él en la cama. Tenía veintisiete años, ya no era la joven ingenua que no pensaba como la mujer que ahora era. Ahora anhelaba saber qué escondían los hombres debajo de sus abrigos de superfina, camisas perfectamente planchadas y corbatines almidonados.

Un hombre en particular por encima de todos los demás. Anhelaba saber cómo se veía Lord Lupton-Gage debajo de toda su elegancia. Incluso ahora, con sus pantalones de ante y su chaqueta verde botella salpicados de barro y quién sabe qué más, se veía regio y tan condenadamente atractivo que le dolía el corazón.

—Bueno, espero que tenga un sueño agradable y reparador —dijo, preguntándose cuándo había empezado a responder con comentarios tan insustanciales como el que acababa de hacer.

Él la observaba, y ella luchó por no jugar con el libro en su mano.

—Te observé hoy con mi hija y no podía comprender cómo algunas mujeres son maternas, han nacido como si ese fuera todo el deber que desean en la vida, y luego están las otras —hizo una pausa, su boca torciéndose en una línea de desagrado—. Mujeres que se casan por estatus y títulos y dan a luz a un hijo meramente porque creen que es lo que se requiere de ellas y luego no desean la carga de tal alegría.

Reign tragó saliva, insegura de si debía tener una opinión sobre lo que su señoría estaba diciendo, pues ciertamente estaba hablando de su difunta esposa. Y aunque pudiera estar enojada con su señoría por arrebatarse a Lord Lupton-Gage todos esos años atrás, no significaba que fuera su lugar desatender su memoria o hablar mal de los muertos.

—Ella nunca quiso a Alice, y mi hija esta tarde estaba tan feliz y alegre de que alguien se interesara por las mismas cosas que ella. Incluso si fingiste tu interés, te agradezco por ser amable con ella. Anhela la compañía de una figura materna, algo que no puedo darle, a pesar de toda mi riqueza.

Sus palabras la humillaron y alarmaron.

—Mi afecto por Lady Alice no es fingido, milord. Creo que es encantadora, y estoy feliz de ser su institutriz. Como mujer que también ha perdido a su madre, puedo entender el vacío que puede sentir en su vida, pero espero poder llenarlo aunque sea un poco —dijo, sin haber querido decir nada más en su vida.

Bellamy no sabía por qué le estaba contando a la señorita Hall todos los detalles de su vida que lo atormentaban, pero durante años había cargado con el peso de su esposa, sus escandalosas aventuras por el continente que siempre llegaban a sus oídos. Cartas de conocidos que se deleitaban en el conocimiento que estaban otorgando sobre las noticias de su infiel esposa y sus travesuras.

—Gracias por tu servicio a mi hija y tu amabilidad. No lo olvidaré —hizo una pausa, mirándola a los ojos—. ¿Cuáles son tus planes una vez que completes tus deberes de institutriz aquí? ¿Volverás a Grafton? —pregunto, sin saber por qué la idea de que se fuera le retorció el estómago. No quería que se fuera. Ahora que tenía a la señorita Hall —Reign— de vuelta a su vista, la idea de que lo dejara era impensable.

Es la institutriz de tu hija, Bellamy. Ha caído demasiado bajo para que puedas casarte con ella ahora...

Con el tiempo necesitaría casarse de nuevo y engendrar un heredero, pero ver a Reign de nuevo le hacía darse cuenta de todo lo que había perdido al no casarse con ella cuando tuvo la oportunidad.

Sus ojos centellearon y sus dedos se apretaron alrededor del libro en su regazo. —Tengo la intención de ahorrar y comprar un pasaje a América, milord. He dado instrucciones al magistrado local en Grafton para que venda mi propiedad, y eso solo me llevará al otro lado del Atlántico, pero necesitare dinero para sobrevivir durante las primeras semanas hasta que me establezca.

Un escalofrío recorrió su espalda y se removió en su silla. ¿América? —¿América? —soltó, sacudiendo la cabeza, inseguro de haberla oído correctamente—. Pero seguramente el dinero de la venta de su casa será más que suficiente para llevarla allí y mantenerla alimentada y alojada mientras tanto. —Bellamy frunció el ceño, preguntándose por qué diría tal cosa, especialmente cuando la idea de que ella dejara Inglaterra y nunca regresara le helaba la sangre.

¿En qué estás pensando, hombre? Es la institutriz de tu hija. Sí, alguna vez pudo haber sido adecuada, pero ya no. Casarse con una mujer que fue sirvienta solo traería más escándalo a la casa de Lupton-Gage.

Y su esposa había llenado esa cuota lo suficiente cuando estaba viva.

—Desafortunadamente no —dijo ella, sus mejillas tornándose de un bonito tono rosado—. Mis padres no eran aficionados a la economía, milord, y hay deudas en Grafton que necesitarán ser pagadas, junto con varias en Londres que resultaron de mi temporada. Si tengo suerte, quizás me queden cincuenta libras una vez que todo esté resuelto.

Por un largo momento, Bellamy miró fijamente a la señorita Hall, incapaz de comprender

que una persona solo tuviera cincuenta libras a su nombre y nada más en el mundo. Sin familia, sin hermanos, sin hogar.

No tenía nada, y la vergüenza lo invadió al darse cuenta de que él había sido parte del proceso que la había colocado en la posición en la que ahora vivía.

¿Pero América? ¿Qué haría si fuera asaltada o robada por un ladrón o un salteador de caminos? ¿Y si resultara herida o, peor aún, muerta?

Sin nada más y nadie a quien recurrir en una tierra extranjera, haría lo que todas las mujeres hacían para sobrevivir.

Lo que fuera necesario.

—Lo siento mucho —dijo él—. Permítame hacerme cargo de sus deudas, para que pueda viajar a América antes de lo planeado. —Era lo mínimo que podía hacer, aunque no quería que ella se fuera.

Ella le lanzó una mirada curiosa, y él pudo ver la pregunta detrás de sus inquisitivos ojos azules. —Pero, si he de partir antes, milord, eso lo dejará sin institutriz, y eso no sería justo para Lady Alice.

Se inclinó hacia adelante sobre su escritorio, absorbiéndola con la mirada. Era tan hermosa, con el cabello suelto para la noche, cayendo sobre sus delgados hombros. Un chal reposaba sobre sus brazos; era una visión, una que deseaba que pudiera ser suya. —¿Puedo hablar francamente, señorita Hall? —le preguntó.

Ella asintió y se mordió el labio, enviando un escalofrío de calor que recorrió su columna. La reacción le recordó que lo que estaba a punto de decir, aunque difícil, era lo mejor. Para ambos.

—Señorita Hall, aunque creo que es maravilloso que esté enseñando a mi hija, hay una historia entre nosotros. Una que, creo, usted siente como yo, incluso ahora, y temo que podría convertirse en una situación que no es aceptable en nuestras diferentes estructuras sociales.

Los ojos de la señorita Hall se abrieron de par en par, pero no negó sus palabras. Se quedó inmóvil. La única señal reveladora de que había entendido su significado era su respiración agitada que hacía que su pecho subiera y bajara contra su vestido. Él bajó la mirada hacia su escritorio, luchando por evitar ir hacia ella. Por envolverla en sus brazos y besar sus dulces y deliciosos labios una vez más. Por decirle que al diablo con lo que pensara la sociedad y hacerla suya de todos modos.

—Mi esposa falleció hace dos años en algún lugar de España, y tengo el derecho de volver a casarme, pero hay reglas que deben ser respetadas. Por el bien de mi hija más que por el mío propio. —Encontró su mirada y se odió a sí mismo por lo que estaba a punto de decir—. Si hubiera regresado a Londres, y usted hubiera estado allí disfrutando de otra temporada, no hay duda de que la habría cortejado, y estoy seguro de que la habría conquistado. Pero eso no es lo que ha ocurrido. Usted ha aceptado un puesto de empleo en mi casa como institutriz.

—Nuestras esferas sociales son aún más evidentes de lo que eran hace varios años, y no puedo permitir que más escándalos asalten el nombre de Lupton-Gage. Mi hija merece tener una

temporada cuando llegue el momento y no tener ninguna sombra siguiendo sus pasos. Espero que entienda lo que intento decir. Por qué creo que es mejor que cuando esté financieramente capacitada, aproveche la oportunidad de comenzar una nueva vida en otro lugar.

Ella se puso de pie, y su silla se deslizó hacia atrás por la fuerza. Se aferraba a su libro como si fuera un escudo, y quizás lo era de alguna manera. Bellamy se levantó, deseando que las cosas pudieran ser diferentes, pero no lo eran. Les habían dado una mala mano, y ahora tenían que jugarla.

—No vine aquí para provocarlo con mi presencia o darme esperanzas de que me miraría con favor y pediría mi mano. Si cree que ese es el caso, me iré mañana a primera hora. Ni siquiera sabía que esta era su propiedad —argumentó ella.

—No, no creo eso —dijo él, levantando la mano para calmar el pánico que podía oír elevándose en su tono—. Se lo estoy diciendo en voz alta ahora, porque la respeto demasiado como para no hacerlo, que la encuentro tan atractiva como el día que nos conocimos, y tenerla bajo mi techo es una tentación que no podré negarme para siempre. Que esté ahorrando, que yo pueda ayudarla a lograr sus planes más rápido y liberarse de mí, es lo mejor para usted. Ya no puedo ofrecerle matrimonio, señorita Hall. Las circunstancias de su vida lo hacen imposible, pero tampoco quiero seducirla o arruinar la reputación que le queda simplemente para saciar mi lujuria. Lamento ser tan directo, pero no hay otra forma de decir lo que debo.

Ella lo miró boquiabierta, y sus ojos ardían de furia. —Olvida usted, milord, que hay otro elemento en su incapacidad de mantener las manos quietas, y ese soy yo. No deseo ser arruinada más de lo que usted desea arruinarme, y nunca lo permitiré. Pero aceptaré, como tan amablemente ha ofrecido, su regalo para pagar mis deudas en Grafton y Londres para poder irme. Cuanto antes mejor, como usted dice. Creo que es lo mejor —dijo, girándose y saliendo a grandes zancadas de la habitación.

Bellamy se pasó una mano por el cabello y maldijo internamente. Bueno, ciertamente lo había echado todo a perder. Ahora ella lo odiaba, y él nunca quiso eso. Maldito idiota que era.

CAPÍTULO

SEIS

AL DÍA SIGUIENTE, Reign se entregó de lleno a la enseñanza de Lady Alice y elaboró un plan sobre lo que enseñaría en las próximas semanas. Lo cual, si sus cálculos eran correctos, era todo el tiempo que necesitaba para tener suficiente dinero para viajar a América.

Si Lord Lupton-Gage cumplía su promesa y pagaba sus deudas, ella se liberaría de este lugar y de todo el anhelo que surgía cada vez que estaba cerca del marqués.

Por mucho que las palabras de su señoría la hubieran alterado e irritado por igual la noche anterior, él tenía razón. Había una tensión bajo la superficie, un ardor, un anhelo desatendido que se encendía entre ellos cada vez que estaban juntos.

Y por mucho que quisiera negarlo, si se le diera la oportunidad, se arrojaría a sus brazos. Ruina o no, tendría una o varias noches pecaminosas en sus brazos si pudiera. La sola idea de que él la tocara, la atrajera hacia sí, la provocara con su boca perversa y sus palabras inescrupulosas la hacía anhelar hacer precisamente eso.

Sus labios se curvaron ante ese pensamiento.

—Señorita Hall, ¿por qué está sonriendo? ¿Mi latín está mal? ¿Se está riendo de mí? —preguntó Lady Alice, con los ojos abiertos de alarma.

—Oh, no, para nada —dijo Reign, abrazando rápidamente a la pequeña para evitar las lágrimas que vio a punto de brotar de sus dulces mejillas—. Simplemente no puedo creer lo bien que lo estás haciendo a una edad tan temprana. También dominarás el latín en poco tiempo.

Lady Alice sonrió también, feliz de nuevo antes de continuar.

Reign intentó concentrarse, pero no podía evitar preguntarse cuándo se vendería su pequeña cabaña en Grafton y obtendría los fondos. El regalo de su señoría era más significativo de lo que él sabía, y cambiaría su vida para mejor, esperaba.

—Oh, señorita Hall, ¿puede oler eso? —dijo Lady Alice, olfateando el aire como un sabueso.

Reign no podía descifrar nada fuera de lo común. —No, ¿qué es lo que hueles? —preguntó.

—Creo que la cocinera está haciendo pasteles de miel. ¿Puedo bajar a las cocinas? Siempre sé cuándo los está cocinando porque el olor sube por las escaleras de servicio. Por favor, señorita Hall. Por favor —dijo la niña, saltando en el sitio.

Reign cerró el libro de latín y asintió. —Por supuesto que puedes. Estaré en la sala de música

cuando hayas terminado tu té de la tarde, y comenzaremos tu lección de música para terminar las lecciones de hoy.

—Oh, gracias —chilló la niña y se fue.

Reign recogió el aula y caminó hacia la ventana, mirando la gran finca. No podía apartar de su mente lo que su señoría le había dicho la noche anterior.

¿Creía que ella estaba tan por debajo de él ahora, como institutriz, que no era adecuada para un matrimonio tan elevado? El conocimiento le dolía, pero también lo avergonzaba a él.

¿Cuán altivo y poderoso debía ser uno para creer tales cosas? En verdad, ella no estaba más abajo en la escala social que cuando tuvo su temporada. Ciertamente, era igual de pobre, ya que sus padres habían dejado un rastro de deudas cuando abandonaron la ciudad. Era hija de un caballero y seguía siéndolo, aunque ahora tuviera que ganarse la vida. Con su señoría pagando las deudas de su familia, estaba mejor ahora que nunca.

Sacudió la cabeza, odiando la idea de que al cortejarla, al casarse con ella, causaría problemas y escándalos que mancharían el nombre de Lupton-Gage, como él sugería. Él podría elegir luchar para que la aceptaran, descartar a aquellos que mencionarían su caída de la gracia financiera, si es que alguna vez la tuvo, y casarse con ella de todos modos.

Pero parece que se equivocaba en esa estimación, pues él no lo haría, no después de todos los problemas y escándalos que la difunta Marquesa de Lupton-Gage había causado a la familia, cualquier cosa que se pareciera a la vergüenza sería descartada.

Ella sería descartada...

—Ah, aquí está, señorita Hall. Deseo discutir con usted los arreglos para las habitaciones con los invitados que llegarán para la fiesta en la casa. Me temo que tendremos que moverla —dijo la señora Watkins desde la puerta, cruzando las manos frente a ella. Reign ignoró el regocijo que pudo ver ardiendo en los ojos de la vieja criada, algo que había notado en el momento en que su señoría había mencionado su conexión en Londres.

—Por supuesto, señora Watkins. Empacaré mis cosas ahora para que las criadas puedan entrar a limpiar y preparar.

—Gracias, eso será muy bienvenido.

Reign ignoró la presencia de la mujer mayor cuando entró en su habitación y se dispuso a recoger los pocos artículos que poseía. Algunos libros, cartas de amigos y su ropa, que no sumaban mucho.

Para ahorrar dinero y mantener comida en su estómago, había vendido los vestidos hechos para ella en Londres y solo había conservado un vestido de tarde. Qué triste era que el único vestido que conservaba, que una vez fue lo más alto de la moda y la belleza, ahora no pareciera mejor que el vestido de una sirvienta.

Hecho jirones y desgarrado, como su vida.

Levantó su pequeña maleta y siguió a la señora Watkins fuera de la habitación y hacia las escaleras de servicio. Subieron otro piso hacia un largo pasaje antes de que apareciera un

segundo pasaje. —Aquí es donde duermen los sirvientes, los que trabajan arriba en cualquier caso. Cada habitación tiene una cerradura. Aquí está su llave —dijo, entregándole una larga llave de metal colgada de un trozo de cordel—. Habitación dos, señorita Hall. Hágame saber si necesita mantas extra. Las habitaciones son terriblemente frías por la noche en esta época del año.

Reign permaneció en el pasillo y observó cómo la señora Watkins se alejaba con paso firme, la barbilla en alto y una mirada triunfante en su rostro envejecido. Girando sobre sus talones, recorrió el largo corredor, fijándose en los números de las puertas hasta que encontró el dos.

Entró en el pequeño espacio. Una chimenea apagada se encontraba contra una pared, y una cama individual con un tosco armazón de metal en la otra. Un pequeño baúl de madera y una mesita de noche completaban el mobiliario. No había silla frente a la chimenea, pero supuso que siempre podría sentarse en el suelo.

Reign dejó caer su maleta y se dirigió a la ventana. Estaba muy arriba, y la vista era la misma que desde la sala de estudio en el piso de abajo, solo que dos pisos más alta. No había cortinas, aunque supuso que no importaba. Nadie iba a subir al tejado para espiarla.

Bueno, al menos no tendría que estar en esta habitación por mucho tiempo, no con sus planes nuevamente en marcha. Se dio la vuelta y fue hacia su bolsa, desempacando sus cosas y preparando su habitación para la noche. Afortunadamente, había una yesca y un pedernal junto a una vela, además de una pequeña pila de leña. Al parecer, no la habían dejado completamente sin comodidades.

Y estando tan arriba en la casa, cuando su señoría organizara su fiesta, no habría razón para que se topara con los invitados y tuviera que explicar cómo una vez formó parte de su mundo y por qué ya no lo era.

Lo cual, después de lo que Lord Lupton-Gage declaró anoche, sería lo mejor, especialmente si los asistentes la conocían y sabían de su temporada en la ciudad.

Con o sin sucumbir a sus encantos, un escándalo podría estallar de todos modos, simplemente por estar ella en la casa con un caballero que una vez la cortejó. Preferiría que eso no sucediera, y no quería irse antes de poder hacerlo. Tampoco deseaba ser la razón por la que Lady Alice se viera manchada por el escándalo cuando alcanzara la mayoría de edad. Dejaría eso en manos de la difunta Lady Lupton-Gage, quien parecía tenerlo bajo control.

CAPÍTULO SIETE

LOS DÍAS previos a la fiesta en la casa convirtieron la finca en un hervidero de actividad. Los sirvientes se afanaban en pulir todo lo que requiriese un paño de lustre. Se bajaron y desempolvieron las arañas. Se prepararon los fuegos en todos los dormitorios de invitados junto con sábanas limpias, y se retiraron las fundas que cubrían los muebles en las habitaciones en desuso.

Reign se había enterado durante una de las cenas de los sirvientes que el marqués no había celebrado una fiesta en la casa desde antes de su matrimonio, y el rumor entre el servicio era que su señoría solo lo hacía para conseguir una nueva esposa. Una nueva madre para su hija huérfana.

El hecho de que la señora Watkins la hubiera observado con tanta curiosidad durante la conversación dejó a Reign incómoda. ¿Creería el ama de llaves que ella aspiraba al puesto de esposa y madre? ¿Que su historia compartida en Londres significaba que había habido algo entre ellos?

Tal vez ese fuera el caso, pero el ama de llaves no conocía su historia, y Reign estaba decidida a mantenerlo así.

No es que ninguno de los sirvientes debiera preocuparse de que ella fuera la próxima marquesa de Lupton-Gage. Después de las palabras de su señoría hace dos semanas, él no la buscaría para ocupar ese puesto. Como institutriz, ahora estaba demasiado por debajo de su rango social para ser considerada apropiada para tan elevado título.

Un dolor se instaló en su pecho al pensar que se encontraba en esta situación en la vida sin tener culpa alguna.

—Permanecerá en su habitación en todo momento excepto durante sus lecciones y comidas, señorita Hall —dijo la señora Watkins mientras Reign estaba de pie junto a la estufa en la cocina, disfrutando de una taza de té con la cocinera.

—Por supuesto —respondió Reign, deseando poder ganarse la confianza y amistad del ama de llaves, pero la vieja empleada parecía decidida a disgustarle cada día más.

—Su señoría estará ocupado con sus invitados y asegurándose de que estén entretenidos y sus necesidades sean atendidas. Cualquier discusión que necesite tener con su señoría tendrá que

realizarse después de la fiesta en la casa. Solo es una semana. Estoy segura de que nada de lo que necesite saber es tan importante como para tener que molestar a su señoría —declaró la señora Watkins sin rodeos antes de levantar la nariz y salir de la cocina, con las muchas llaves que colgaban de su cintura tintineando con cada paso.

—Vaya, nunca había visto algo así. ¿Qué le has hecho a la señora Watkins para caerle tan mal, muchacha? Es muy dura contigo, si me permites decirlo —dijo la cocinera mientras continuaba con sus tareas para la cena de esta noche.

Reign frunció el ceño mirando hacia donde se había ido la señora Watkins, sabiendo muy bien lo que le había hecho a la mujer, aunque no fuera su culpa. —Creo que piensa que voy a intentar ganarme el corazón del marqués —soltó a la cocinera, incapaz de ocultar sus pensamientos un momento más.

La cocinera silbó, estudiándola bajo una nueva luz. —¿Y es así, muchacha? Ciertamente eres lo suficientemente bonita como para llamar la atención de cualquier hombre. Incluso el joven Marcus de los establos ha mencionado lo guapa e inteligente que eres.

Reign sonrió, pero no necesitaba ese tipo de cumplidos. Era una de las razones por las que el ama de llaves se negaba a ser amistosa. —Estoy ahorrando todo el dinero que puedo para poder irme de Inglaterra. No ha sido amable conmigo estos últimos años y necesito un nuevo comienzo. Nada me retiene aquí en Inglaterra, y ningún marqués desea casarse conmigo. No sé por qué la señora Watkins tiene que ser tan poco amable. ¿Cómo voy a quedarme en mi habitación durante el día cuando tengo mi tiempo libre? Me gustaría pasear por fuera, pero ¿no se me permite? Estaré confinada en la casa durante una semana, y eso en sí mismo es insoportable.

—Por supuesto que puede pasear, señorita Hall. No haga caso de lo que diga el ama de llaves. Ella no es su jefa, no realmente —dijo la cocinera, tomando una cuchara para remover un gran cuenco de sopa—. Su señoría lo es, ya que usted es la institutriz de su hija.

Reign suspiró, llevando su taza al fregadero y enjuagándola. No quería causar problemas ni preocupaciones al ama de llaves. —Supongo que solo es una semana. Sobreviviré estando en mi habitación por un tiempo. Le pediré a su señoría más libros para mantenerme ocupada.

La cocinera se encogió de hombros pero la miró, con decepción brillando en sus ojos cansados. —Como desee, señorita Hall, pero sé con certeza que yo no me encerraría solo para complacer a la señora Watkins. Debería avergonzarse de siquiera sugerirle tal cosa.

—Soy nueva aquí. No quiero causar problemas. —Dejó su taza en el escurridor—. La veré mañana en el desayuno —dijo, empezando a subir las escaleras.

La casa estaba inquietantemente silenciosa después de un día de puro ruido mientras subía las escaleras. Sin pensar, salió en el piso que una vez albergó su habitación. Dudó en el centro del pasillo antes de girar sobre sus talones y dirigirse de nuevo hacia la escalera.

—¿Señorita Hall? —dijo una familiar y profunda voz de barítono desde la dirección de las escaleras.

Reign se estremeció, no deseando encontrarse con su señoría a solas y prácticamente en la oscuridad. Compuso sus facciones y se giró. En el momento en que lo hizo, deseó no haberlo hecho.

Lord Lupton-Gage no estaba correctamente vestido. Su corbata colgaba alrededor de su cuello, su camisa estaba fuera de los pantalones y no llevaba zapatos.

Posiblemente la razón por la que no lo había oído antes de que hablara.

—Mi lord —dijo ella, juntando las manos frente a sí y rogando por fuerza. A pesar de todas las reglas y el control de la señora Watkins, había un grano de verdad en sus preocupaciones.

Reign y el marqués tenían una historia, y lo último que necesitaba era repetir esa narrativa. Pero viéndolo ahora, vestido como estaba, despeinado y tan guapo como siempre, bueno, evitar seducir al hombre sería un triunfo en el que debía tener éxito.

Al verla en el pasillo, Bellamy se tomó un momento para embeberse de la visión de Reign. ¿Siempre sería así?, se preguntó. Este anhelo de estar con ella, de besar sus dulces labios, aunque fuera por una deliciosa vez más.

Se acercó a la señorita Hall y frunció el ceño. —¿Has olvidado algo abajo? ¿Por qué te dirigías de vuelta hacia las escaleras de servicio? —preguntó, mirando más allá de ella para ver si alguien más acechaba en las sombras de su casa. Tal vez un sirviente queriendo cortejar a la señorita Hall.

Apartó ese pensamiento de su mente. Incluso si eso fuera cierto, ninguno de esos detalles era asunto suyo. No a menos que se casaran o que la institutriz de su hija quedara embarazada.

Rechinó los dientes, una sensación incómoda recorriéndole la espalda ante ese pensamiento ofensivo.

—Olvidé dónde estaba mi habitación, milord. Me disculpo y le deseo buenas noches —dijo ella, girando sobre sus talones para huir de su presencia.

Sin pensarlo, extendió la mano y agarró la de ella, deteniéndola. —Señorita Hall, usted duerme en este piso junto a la habitación de mi hija. ¿De qué está hablando? —preguntó.

Ella se mordió el labio, un ceño frunciendo su frente normalmente perfecta. —Bueno, en cuanto a eso —vaciló, mirando alrededor como si alguien pudiera estar escuchando su conversación—. Me he mudado, milord. Pensé que era lo mejor considerando la fiesta en la casa. ¿Puedo hablar francamente? —le preguntó.

Él asintió, necesitando escuchar lo que ella tenía que decir. —Por supuesto.

—Bueno —hizo una pausa—, los sirvientes normalmente están o debajo de las escaleras o encima de las habitaciones de la familia. No era correcto que yo estuviera en este nivel, y desde entonces me he mudado arriba. Pero puedo asegurarle que no descuidaré mis deberes. Lady Alice seguirá recibiendo el cuidado y las lecciones que hemos tenido hasta ahora, milord.

Bellamy negó con la cabeza. La idea de que ella se hubiera mudado debido a la incomodidad no le sentaba bien. —Espero que no tenga nada que ver con nuestra conversación de la otra noche, señorita Hall. No quise hacerla sentir mal recibida. Solo pensé que necesitábamos discutir

el asunto antes de que pasaran demasiadas semanas con usted trabajando aquí —dijo.

—No, nada de eso —le aseguró ella, desechando sus preocupaciones con un gesto—. Es lo mejor, lo cual estoy segura de que usted está de acuerdo.

Bellamy no estaba tan seguro de ese hecho. Apreciaba que ella estuviera cerca de la habitación de su hija en caso de una emergencia. Sin mencionar que le gustaba que estuviera cerca de él.

Apartó ese pensamiento. Ella no era para él. Él mismo se lo había dicho. No podía seguir torturándose de un lado a otro sobre por qué no le importaba que fuera una institutriz. Debía pensar en su hija en este aspecto.

Se pasó una mano por la mandíbula, debatiendo el asunto y preguntándose si la señora Watkins tenía algo que ver con el traslado de Reign. El ama de llaves no parecía demasiado cálida con ella, y si su evidente antipatía continuaba, se vería obligado a decir algo.

—Muy bien —concedió. Si ella realmente pensaba que era aceptable, entonces él no la detendría. Probablemente era lo mejor en cualquier caso, ya que tenía una terrible dificultad para concentrarse en cualquier cosa cuando la señorita Hall estaba cerca. Dormir incluido.

—La casa se ve maravillosa para los invitados, milord. ¿Entiendo que comienzan a llegar mañana? —Ella sacó su brazo de su agarre, que para su horror, él todavía mantenía.

Dios mío, ¿cuánto vino había consumido esta noche en la cena para no haberse dado cuenta de que la tenía cerca después de varios minutos?

Te gusta sostenerla. Quieres abrazarla de nuevo.

Y ese era el problema. No es que ninguno de los dos fuera a actuar en consecuencia, no después de su conversación hace quince días.

Su hija merecía una vida estable y sin complicaciones y no necesitaba que su nombre fuera manchado por el escándalo. Tal como estaban las cosas, ella estaría asociada para siempre con su madre, la mujer que los dejó a ambos para viajar por el mundo con su amante. Una mujer que dejó innumerables deudas por toda Europa para que él las remediara cuando llegaban las cuentas y las cartas de demanda.

No podía satisfacer la creciente lujuria, el afecto que una vez albergó por la señorita Hall, ahora la institutriz de su hija.

Ella lo miró fijamente, sus ojos grandes piscinas azules que le recordaban un profundo lago en Escocia que una vez admiró.

—La casa está preparada para los invitados, me han dicho. Algunos de los cuales están asociados con usted —dijo, queriendo complacerla incluso cuando no debería.

—Una vez estuvieron asociados conmigo, milord. Mis circunstancias en la vida me imponen límites sobre con quién puedo hablar —dijo ella, recordándole cómo debió haber sonado cuando estableció la línea tácita entre sus esferas sociales.

Altivo y poderoso. Despectivo y advirtiéndole que se alejara. Cómo debía detestarlo ahora.

Necesitaba dejar de suspirar por la mujer frente a él, pero maldita sea, no podía. Incluso

ahora, cuando sabía que era mejor, cuando había declarado verbalmente las reglas a las que ambos debían adherirse, quería alcanzarla. Recordarle lo bien que encajaban juntos.

Tal como lo habían hecho aquella noche olvidada hace mucho tiempo en Londres.

CAPÍTULO OCHO

REIGN SE SENTÍA ATRAPADA. Atrapada entre el deseo y la negación. No debería desear al hombre que estaba frente a ella en un pasillo oscuro y silencioso de su casa ancestral, y sin embargo no podía obligar a sus pies a moverse.

Se negaban a escuchar lo que su mente le gritaba.

Vete. Huye. Regresa a tu habitación antes de sucumbir a sus encantos por segunda vez.

Necesitaba este empleo para asegurar su supervivencia y que sus planes se hicieran realidad. Lanzarse a sus brazos, tomar lo que deseaba era una locura. Peor aún, lo deseaba. Desesperadamente. Anhelaba cada parte de él. Besarlos y deleitarse con la sensación de su hambre. El simple pensamiento la dejaba sin aliento y apretó los puños a los costados, obligándose a detenerse. A pensar.

—Por favor, no me mire así, mi lord. No es justo —suplicó. Y no era apropiado.

Le habían arrebatado tanto de su vida, sus esperanzas y sueños.

Se había mudado al Distrito de los Lagos decidida a dar el primer paso de muchos hacia su nueva vida, solo para llegar a un destino que la arrojaba de vuelta al predicamento en el que se encontraba años atrás.

—¿Cómo te estoy mirando? —preguntó él, con voz seductora que la hizo cuestionar su moral. Dio un paso más cerca, alzándose sobre ella. No tenía duda de que él sabía lo que estaba haciendo. Cómo estaba haciendo casi imposible que ella lo rechazara. Que los rechazara a ambos.

Su estómago se contrajo, y levantó la barbilla, decidida a no caer.

No resbales, Reign. Todo depende de que mantengas la cabeza y el corazón...

—Como si deseara besarme —suspiró, con el aliento en sus pulmones apretado, dificultando el habla. De hecho, estar tan cerca del marqués siempre había tenido este efecto en ella.

Maldito fuera, un hombre desgraciadamente atractivo.

—¿Y si lo hiciera, me devolverías el beso? —Tomó una de sus manos y la deslizó entre las suyas. Su palma era suave, sus dedos largos y fuertes mientras se envolvían alrededor de los de ella, manteniéndola cerca.

—Me advertiste que me alejara hace apenas una quincena, y puedo oler el aroma del whisky

en tu aliento. Por favor, no digas una cosa cuando tienes el juicio y te deslices a este personaje cuando no lo tienes. Está por debajo de ti —dijo, necesitando reprenderlo, si eso significaba que dejara de hablarle de esa manera.

Que dejara de atormentarla con una vida que no era suya para vivirla.

Ya no.

Sus palabras parecieron sacarlo del trance en el que vivía, y dio un paso atrás, soltando su mano. —Tienes razón, por supuesto. Mis disculpas, Reign —declaró, usando su nombre de pila cuando no debería—. Sabía que sería difícil vivir aquí bajo este techo contigo y no encontrarte en diferentes momentos del día y la noche y volver a la conversación fácil que teníamos cuando estábamos en Londres. Olvido que eres una institutriz cuando te veo por ahí.

Y por debajo de su consideración, entendió ella, observándolo. Él se pasó una mano por su cabello ya desordenado. —Te deseo buenas noches —declaró, pasando junto a ella hacia su habitación.

Reign lo observó, se aseguró de que llegara a su habitación sin incidentes, y luego regresó a las escaleras de servicio. Al llegar a su piso, entró en el pasillo y se detuvo en seco al ver a la señora Watkins, con las manos entrelazadas frente a ella y un ceño fruncido en su rostro ya disgustado.

—Señorita Hall, va contra las reglas de la casa estar fuera a estas horas de la noche. Y luego estaba usted abajo con su señoría cuando le dije explícitamente que se mantuviera alejada de él. No se casará con usted ni la cortejará, sin importar su historia. Ahora es una institutriz, si necesito recordárselo —dijo, con los labios fruncidos en una línea apretada e insatisfecha—. Ya no es la bella del baile.

—Me disculpo, señora Watkins. No fue hecho a propósito. No volverá a suceder —prometió, esperando que así fuera. Porque si se encontraba con Lord Lupton-Gage de nuevo, no estaba tan segura de poder negarse a sí misma una probada de él. Una probada del pasado, ahora perdido para ella para siempre, ya fuera que su señoría estuviera ebrio o sobrio.

—Asegúrese de que no suceda —declaró, pasando junto a ella y golpeándola en el hombro.

Reign se sujetó el brazo y se quedó de pie en el pasillo momentáneamente, preguntándose si el ama de llaves acababa de agredirla. Nunca antes había sido empujada por otra persona de esa manera. Tampoco le gustaba pensar que la ira de la señora Watkins podría tornarse física si seguía encontrándola en lugares y conversaciones con las que no estaba de acuerdo.

Tendría que ser extremadamente cuidadosa para evitar a todos los invitados que el marqués había invitado a la fiesta y a su señoría mismo. Necesitaba que este puesto durara tanto como lo necesitara. No había otra opción para ella más que tratar de sacar lo mejor de esta mala situación.

Bellamy se despertó tarde a la mañana siguiente, con la cabeza palpitando y un dolor agudo que no cedía en la parte posterior de su cráneo, golpeando contra su cabeza como una campana. Alcanzó detrás y no sintió ningún bulto sobresaliente como si se hubiera golpeado la cabeza.

Miró hacia su mesita de noche y divisó dos botellas de whisky. ¿Qué había logrado la noche

anterior, y por qué estaba bebiendo?

Gimió y se desplomó de nuevo sobre sus almohadas, mirando al techo, sabiendo muy bien cuál era su problema.

La señorita Reign Hall. Situada en el ático arriba, a unos pocos pasos y puertas de él. Ella ya estaría despierta ahora, por supuesto, vestida y posiblemente ya habiendo dado a su hija sus lecciones del día.

Ella no se quedaría en cama toda la mañana después de una noche de bebida.

Apartó las sábanas, y su ayuda de cámara apareció en un momento después de que sus pies tocaran la alfombra Aubusson.

—¿Un baño, mi lord? —sugirió Chambers.

Asintió. —Sí, creo que es lo mejor. Los invitados llegan al final de la tarde, y necesito recuperar mi equilibrio para entonces y eliminar este dolor de cabeza.

—Traeré una tisana, mi lord —dijo su ayuda de cámara antes de salir de la habitación para ordenar el agua y la tisana.

Bellamy se remojó todo lo que pudo antes de que el agua se volviera demasiado fría para su comodidad, y luego se vistió y se preparó para el día. Cuando bajó las escaleras, se sentía mucho mejor, aunque no podía recordar ni una maldita cosa de lo que había sucedido la noche anterior.

Un vago recuerdo de la señorita Hall flotaba en su mente, pero no podía recordar de qué habían hablado. Si es que habían hablado en absoluto...

Una risa llamó su atención, y caminó hacia la ventana, mirando sobre el patio delantero para ver a la señorita Hall y Alice comenzando a bajar por el largo camino bordeado de arces. Ambas llevaban sombreros, y Alice sostenía la mano de la señorita Hall, balanceando sus brazos alegremente mientras charlaban sobre lo que fuera que estuvieran discutiendo.

Suspiró, apreciando la imagen que formaban y deseando que su vida, o al menos la vida de la señorita Hall, no hubiera tomado el rumbo que había tomado.

Una de las razones por las que había invitado a sus buenos amigos, Lord y Lady Chilsten, a la fiesta en casa esta semana. Si alguien podía cambiar los pensamientos de la señorita Hall sobre ser institutriz antes de que fuera demasiado tarde, era la Marquesa de Chilsten.

Un carruaje apareció en el camino, y suspiró, sabiendo que solo sería cuestión de tiempo antes de que la casa estuviera llena de invitados y no pudiera dedicar cada día a pensar en la señorita Hall, quien desafortunadamente ocupaba gran parte de su mente.

Sonó un golpe en la puerta, y su mayordomo anunció al primero de los invitados.

Durante las siguientes horas, llegó carruaje tras carruaje, y él recibió a todos y cada uno de los invitados en el vestíbulo, dándoles la bienvenida a su hogar. La mayoría eran del Distrito de los Lagos; pocos eran de Londres, aparte del Marqués y la Marquesa de Chilsten.

No había pensado que asistirían, pero cuando mencionó quién había llegado a su puerta para trabajar, la marquesa le había respondido por escrito, anunciando que estarían presentes.

No vio a la señorita Hall durante el resto del día, ni siquiera cuando subió a desearle buenas

noches a su hija.

Salió de la habitación de Alice y no pudo evitar preguntarse por qué estaba allí el ama de llaves en lugar de la niñera. Después de todo, era el trabajo de la niñera y la señorita Hall cuidar de su hija. La idea de que el ama de llaves desconfiara de la señorita Hall ahora era aún más prominente en su mente.

—Ah, aquí estás —gritó una voz familiar y muy anhelada desde el vestíbulo.

Bellamy miró hacia abajo de las escaleras y se rio al ver a su amigo y su hermosa esposa, el Marqués y la Marquesa de Chilsten.

Bajó para recibirlos, abrazando al marqués y besando a la marquesa en la mejilla. —Lo lograron. Espero que su viaje no haya sido demasiado arduo.

La marquesa resopló, quitándose los guantes y el sombrero. —Bueno, por supuesto que fue arduo. Vives casi en Escocia, Lord Lupton-Gage —bromeó, sonriendo.

Él se rio, dando una palmada en la espalda al marqués. —Vengan, tomaremos unas copas en mi estudio. El resto de los invitados están descansando en sus habitaciones hasta la cena.

—Eso suena muy necesario —dijo Chilsten, tomando la mano de su esposa y llevándola con él.

Se dirigieron a la biblioteca, sus invitados sentándose frente al fuego en el sofá, ambos suspirando de alivio. Sin duda más que complacidos de no estar ya en un carruaje traqueteante.

Bellamy llamó para que trajeran té y se unió a ellos. —Gracias por venir. Sé que es un viaje terriblemente largo para una fiesta en casa, pero necesito su ayuda.

La marquesa se inclinó hacia adelante, mirándolo a los ojos. —¿Cuánto tiempo lleva Reign trabajando aquí? Me imagino que es sumamente extraño, considerando que antes de tu matrimonio con Lady Sally, se rumoreaba en la ciudad sobre tu considerable interés en la señorita Hall. Que ahora sea la institutriz de tu hija debe ser un poco desconcertante —afirmó la marquesa.

Eso era quedarse corto. No solo estaba desconcertado por su presencia aquí, sino que también estaba lidiando con sus principios morales. —Está decidida a dejar Inglaterra, como ya sabrán, pero no me gusta la idea. No es una mujer de mundo. Temo por su seguridad en el barco y en el extranjero. ¿Me equivoco en esta preocupación? —preguntó Bellamy.

El marqués miró a su esposa antes de volverse hacia él. —Depende de si estás preocupado porque aún sientes algo por la señorita Hall o si es simplemente porque, como dices, es una mujer.

La marquesa resopló. —Creo que es porque siempre quisiste casarte con ella y se te negó ese derecho cuando estalló el escándalo entre tú y Lady Sally en Londres. Dime —lo miró fijamente con una mirada implacable—, ¿por qué no puedes simplemente pedirle a Reign que se case contigo? ¿Qué te lo impide?

Suspiró, sacudiendo la cabeza y deseando que su vida pudiera ser diferente. —Sabes que la difunta Marquesa de Lupton-Gage llevó una vida escandalosa. No le importaba la hija que

tuvimos, ni lo que sus acciones en el extranjero con su amante causaron en Inglaterra. Cuanto más escándalo, mejor, por lo que me han dicho. Pero no puedo permitir que tal mancha continúe contra mi nombre. Mi hija merece algo mejor. Si luego voy y me caso con su institutriz, ¿cómo se vería eso? Me hace parecer un terrateniente nefasto que se acuesta con sus sirvientas, y no puedo hacerle eso a Alice. Mi preocupación es, incluso si ella regresa a Londres con ustedes, ¿cuánta gente sabe que ha estado empleada aquí? Creo que el escándalo sería demasiado grande, y debo ceder y dejarla ir.

La marquesa sacudió la cabeza, observándolo, y a él no le gustaba particularmente cómo lo estudiaba. —Podemos arreglar esto, milord. Ten paciencia. Estoy aquí ahora, y no le fallaré a mi amiga. La convenceré de que venga a Londres conmigo —declaró.

Bellamy asintió, pero algo en lo profundo de su ser sabía que probablemente ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO NUEVE

REIGN permaneció en su habitación como se le había indicado y observó los juegos al aire libre que se desarrollaban a la mañana siguiente. No reconocía a ninguno de los invitados, lo cual supuso que era algo bueno, y había bajado temprano esa mañana para completar las lecciones de Lady Alice antes de que los invitados se levantaran.

La señora Watkins parecía complacida por su ausencia de la parte principal de la casa e incluso le había dedicado una palabra amable durante el almuerzo.

Sonó un golpe en su puerta, y ella se dirigió a abrirla, encontrándose con su amiga más cercana mirándola fijamente.

—¿Julia? —jadeó mientras se movían y se abrazaban mutuamente—. ¿Qué haces aquí? Estás muy lejos de casa tan al norte —dijo.

Julia se rio, apartándose, con una cálida y nostálgica sonrisa en su rostro.

—Estoy aquí para la fiesta en la casa, y Lord Lupton-Gage me informó que eres institutriz aquí. ¿Cómo ocurrió eso? Nunca pensé que cuando sugeriste que trabajarías para ganarte la vida, encontrarías empleo en la casa del mismo caballero que una vez codiciaste.

Reign miró hacia el pasillo, aliviada de ver que no había nadie alrededor y tiró de Julia hacia su habitación.

—Entra y siéntate. El ama de llaves de aquí me detesta, y si me ve conversando con un invitado de la casa, me regañará sin piedad.

Alarmada, Julia la siguió a la habitación. La conmoción en el rostro de su amiga cuando miró alrededor de su dormitorio, la sencillez de la cama y los muebles, el pequeño fuego junto al que había que sentarse para mantenerse caliente, la avergonzó.

—No es mucho —dijo Reign, sintiendo como si necesitara defender su lamentable espacio—. Pero es todo lo que necesito por el momento. Conoces mis planes, y no falta mucho para que pueda irme y dejar que su señoría se libre de mí.

—Él me escribió —reveló Julia—. Nos invitó a la fiesta en la casa con la esperanza de que yo asistiera y te convenciera de volver conmigo a Londres. Sabes que soy lo suficientemente rica para mantenerte hasta que te cases. No hay razón por la que debas quedarte aquí. —Julia le apretó la mano—. Eres mi amiga más antigua. Déjame hacer esto por ti, Reign.

Reign suspiró, sentándose junto a su amiga más antigua y leal en su cama. El único lugar para sentarse, desafortunadamente.

—Gracias por la oferta, pero sigue siendo no. No solo porque es demasiado generoso, sino porque hay una niña que necesita estabilidad. Ahora soy institutriz, y necesito asegurarme de enseñarle y cuidarla durante el tiempo que tenga hasta que se pueda encontrar una nueva institutriz que me reemplace. No la abandonaré. No después de que su madre haya hecho exactamente eso.

—Te preocupas por la niña —afirmó Julia. No era una pregunta—. ¿Y qué hay de su padre? ¿Cómo es que no sabías si era la finca de su señoría cuando escribiste respecto al puesto?

Reign reveló lo que sabía sobre el puesto antes de viajar a Derbyshire y su sorpresa cuando fue presentada a Lord Lupton-Gage en el pasillo de abajo.

—Bueno, no digas que no intenté hacerte cambiar de opinión, y es admirable que desees quedarte aquí para enseñar antes de irte. Pero América, Reign? ¿No tienes miedo? ¿No puedes quedarte en Inglaterra?

Se encogió de hombros, sabiendo que no había otra opción para ella. A menos que milagrosamente heredara miles de libras. Este era su destino en la vida. No sería una carga para nadie, y ciertamente no para su amiga, que tenía una familia que cuidar y un marido que mantener.

—Estaré bien y escribiré como prometí. Pero su señoría ha dejado claro que estoy por debajo de su atención, y esto es lo mejor.

—¿Te ha dicho tal cosa? —exigió Julia.

—Sí —dijo, deseando que no lo hubiera hecho. Sus palabras habían herido los últimos vestigios de orgullo que conservaba de su antigua vida como su igual—. Soy una institutriz, un paso por encima de una sirvienta. Puedo entender su punto de vista por mucho que me duela. Solo puedo esperar que los demás asistentes a la fiesta en la casa no sepan quién soy.

Julia entrecerró los ojos pensativa, mirando hacia su pequeña ventana.

—No creo que haya nadie aquí de Londres, pero eso no significa que no tengan parientes o que, de hecho, no estuvieran en la ciudad cuando hicimos nuestro debut. Debes prepararte para ser notada y pensar en lo que dirás cuando eso ocurra. —Julia hizo una pausa, tomando su mano y apretándola—. Pero por favor, piensa en mi oferta. Como mi amiga más antigua, por favor, haz eso al menos. Te lo suplico.

Reign sonrió, asintiendo.

—Muy bien, lo pensaré y te daré mi respuesta antes de que te vayas.

Bellamy espoleó su caballo y cabalgó con fuerza hacia el grupo de árboles que rodeaban su finca, necesitando salir, tener algo de tranquilidad mientras su casa prácticamente se tambaleaba con los muchos invitados que había invitado.

Un error del que no podía esperar a librarse. Cinco días más y estaría libre de la interminable charla, las constantes miradas coquetas de ciertas damas solteras, y la cada vez más ausente

institutriz que había evitado su presencia desde que sus invitados habían llegado.

Saltó un pequeño seto, aterrizando en un charco de barro. El agua sucia salpicó sobre sus botas de Hessian y sus pantalones color canela, pero no le importó. Su mente estaba enfocada en otra parte.

Donde no debería estar...

Detuvo bruscamente su caballo cuando llegó a una parte del río a cierta distancia de su casa, un lugar donde había nadado a menudo de niño.

No tardó mucho en quitarse la ropa hasta quedarse en pantalones, quitándose las botas y las medias, antes de zambullirse en el agua refrescantemente fría.

Salió a la superficie para tomar aire, pasándose una mano por el pelo, y sintió que el aliento se le cortaba en los pulmones.

—¿Señorita Hall? ¿Qué demonios está haciendo aquí? —Bellamy fue a cubrirse la entrepierna y luego se dio cuenta de que no era él quien debía preocuparse por el decoro.

La señorita Hall era la mujer. ¿No debería ser ella la preocupada?

Hizo una mueca ante el pensamiento. Bueno, ella debería estar preocupada de que él pudiera mirarla lascivamente en cada oportunidad que tuviera. Maldito sinvergüenza en el que se estaba convirtiendo.

—Mi señor, podría preguntarle lo mismo. Hoy, según el horario de la señora Watkins, es mi día libre, y pensé en escapar de la casa y del calor y venir a nadar. Uno de los mozos de cuadra me habló de este lugar, y sentí curiosidad —se defendió.

Bellamy tragó saliva, notando que ella no intentaba cubrirse el frente, su camisola casi transparente en el agua. No es que pudiera verla tan perfectamente como deseaba, pero si se acercaba más...

Maldita sea. ¿En qué estaba pensando? No podía hacer eso.

¿O sí?

No. Apretó la mandíbula, rogando por la santidad.

—¿Qué mozo de cuadra fue ese? —exigió saber, odiando los celos mordaces que lo invadían ante la idea de que Reign fuera cortejada por un mozo o uno de sus cocheros. No es que ella no pudiera hacer lo que quisiera, no le debía nada a nadie, pero aun así, la idea le dejaba un sabor amargo en la boca, y no le gustaba imaginar tales cosas.

—¿Qué importa qué mozo de cuadra me habló de este lugar? —Se burló de su pregunta, mirándolo con asombro—. Qué pregunta más absurda para hacerme, mi lord —dijo, dando un paso cauteloso hacia la orilla del río y deteniéndose cuando su acción dejó más de su parte superior expuesta a su vista.

—No me gusta que mis sirvientes anden retozando entre ellos. Lleva a hijos no planeados y bodas apresuradas, y deja a mi casa buscando más sirvientes para reemplazarlos —En el instante en que dijo las palabras, deseó poder retractarse.

Ella no era una sirvienta, sin importar cuánto pretendiera serlo. Las circunstancias de su vida

podrían haberla puesto en esta posición, pero no era quien ella era. Merecía ser azotado por hacer que su rostro se arrugara con el dolor que le había infligido.

—Me aseguraré de no acostarme con el mozo entonces, mi lord. Si eso complacerá al estimado Lord Lupton-Gage —le espetó, sus ojos ya no temerosos de su camisón mojado o de que él la viera así, sino ardiendo con una ira que él había provocado.

Se movió hacia la orilla, sin importarle que cuando pisó la hierba, su camisola fuera tan transparente como él temía, dejando su trasero fácil de admirar.

Recogió su vestido y se lo puso apresuradamente sobre la camisola, sin importarle lo mojada que seguía. —Tiene mucho descaro —le gruñó, poniéndose las botas antes de volverse a mirarlo—. Estoy aquí, haciendo lo mejor que puedo bajo las circunstancias de mi vida y nuestra historia, y sin embargo usted me provoca, me ridiculiza como si fuera una mujer ligera que se dejará seducir fácilmente por el primer hombre que me hable que no sea usted. No tema que caeré bajo el hechizo de ningún hombre en esta propiedad. He decidido que su sexo es detestable, y usted también, solo para que quede claro.

Bellamy la observó pero no respondió. Se merecía el comentario. Demonios, se merecía mucho más que esa reprimenda. Sabía lo que estaba haciendo, siendo un perro celoso porque alguien más podría tener algo que él había querido y perdido.

Y ahora ella estaba perdida para siempre debido a la injusticia de su vida. —Por favor, regrese a Londres con Lady Chilsten. Estará a salvo de los peligros de América, y yo dormiré mejor sabiendo...

—¿Que no estoy bajo el mismo techo que usted? —Se rió, recogiendo una pequeña cesta que él no había notado antes. ¿Había hecho un picnic aquí?

—Debería casarse de nuevo, mi lord. Quizás si lo hace, mi presencia aquí no le molestaría tanto —dijo antes de dejarlo solo.

Bellamy golpeó el agua, lo que solo logró salpicarle la cara. Puso los ojos en blanco, mirando al cielo y rogando por algún pensamiento sensato. Pero sabía que no llegaría. No con la señorita Hall bajo su techo. Nunca podía pensar con claridad cuando ella estaba cerca; incluso después de todos estos años, ese dilema no había cambiado.

CAPÍTULO DIEZ

REIGN SABÍA que se estaba comportando como una persona horrible, pero no podía evitarlo. Lord Lupton-Gage merecía todo lo que recibía después de su conversación del día anterior en el río.

Estaba celoso. Eso era tan claro como el agua en la que nadaron, pero hablarle con condescendencia, decirle con quién debía hablar y advertirle contra ser una mujerzuela, bueno, no lo toleraría.

No había llegado a su finca a propósito, y tampoco permitiría que él creyera que su reprimenda, advirtiéndole que se alejara del joven Marcus —como si ella fuera a caer a los pies del joven mozo de cuadra porque el marqués ya no estaba interesado— era un insulto.

En realidad, había jurado renunciar a todos los hombres y nunca se casaría. Si encontraba un puesto en América que la mantuviera a salvo y le pagara bien, no había razón para buscar un protector, especialmente si ese protector fuera un perro celoso como su señoría.

Paseó por los jardines traseros y miró hacia los establos, saludando a Marcus, que sostenía el casco de un caballo mientras limpiaba la suciedad. Él le sonrió y le devolvió el saludo antes de que ella continuara caminando hacia un bonito jardín con setos que no había inspeccionado antes.

Cuando llegó a la parte aislada del parque, descubrió que el seto era mucho más alto de lo que pensaba al principio, muy por encima de un piso, y denso. Supuso que era muy antiguo por su aspecto.

Atravesó una pequeña puerta cortada en el seto y encontró un jardín hundido de forma rectangular. Escalones de piedra conducían a un estanque central de la misma forma, y la belleza del oasis la dejó sin palabras.

Mañana traería a Lady Alice aquí para sus lecciones en lugar de la sala de estudio. Parecía que nadie de los asistentes a la fiesta de la casa había encontrado el jardín oculto, y esperaba que siguiera siendo así.

—Buenas tardes, señorita Hall —dijo una voz que no esperaba oír aquí desde atrás. Se giró y encontró a Marcus de pie dentro de la puerta, retorciendo su sombrero entre las manos.

—Buenas tardes, Marcus. Espero que tu día esté yendo bien —dijo ella, sin estar segura de por qué el mozo había venido a hablar con ella y sin que le gustara lo nervioso que estaba por ese

hecho.

—Quería venir a hablar con usted, para explicarle que ayudarla a encontrar el río el otro día no significó nada. Tengo una novia, ¿sabe? La amo y me casaré con ella, así que no quería que pensara que le haría algo malo.

Reign levantó la mano, deteniendo sus palabras. La mortificación la inundó, y la ira, no hacia Marcus sino hacia cierto marqués entrometido, llenó su sangre.

—Nunca pensé nada por el estilo, y te agradecería que me dijeras quién puso estas dudas y pensamientos en tu cabeza —exigió, sabiendo exactamente quién había advertido al mozo y avergonzado a todos los involucrados mientras tanto.

Marcus se encogió, mirando por encima de su hombro. —Preferiría no decirlo, señorita, pero espero que podamos ser amigos, señorita Hall.

Reign suspiró y rezó por paciencia. Asesinaría a Lord Lupton-Gage cuando lo viera a continuación. —Siempre fuimos amigos, Marcus, y nada más. Por favor, no te obsesiones con la idea de que me gustabas. No fue así. Solo deseaba un amigo, nada más que eso.

El alivio emanó del joven, y su determinación de erradicar a su señoría creció.

—Bueno, me alivia oír eso, señorita Hall. Le deseo una agradable tarde —dijo antes de dejarla sola en el jardín.

Cerró los ojos un momento, pensando en qué usaría para golpear a su señoría en su grueso cráneo. Sin pensarlo más, salió como una tromba de los jardines y se dirigió directamente a la casa. Afortunadamente, la mayoría de los invitados estaban en el césped lateral jugando varios juegos, y la casa permanecía inquietantemente silenciosa.

Reign se encontró con Chambers, el ayuda de cámara de su señoría, saliendo de la biblioteca. —Chambers, ¿está su señoría dentro? —preguntó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Lo está, señorita Hall, pero no está disponible en este momento —dijo él.

Reign lo ignoró y continuó entrando en la habitación, encontrando a Lord Lupton-Gage detrás de su escritorio. La visión de él la tomó por sorpresa, y se armó de valor para seguir enojada y no babear por el apuesto monstruo.

Sostenía una pluma y garabateaba rápidamente en un pergamino. La camisa que llevaba estaba arremangada parcialmente, revelando brazos fuertes y musculosos que una vez la habían abrazado con amor.

Anhelaba aún ser abrazada por ellos, si fuera sincera.

Fastidioso sinvergüenza.

Cerró la puerta con llave antes de dirigirse al escritorio. Él se reclinó en su silla, observándola, y ella entrecerró los ojos. ¿Sabía el demonio por qué estaba enojada y la esperaba?

Se apoyó en el escritorio e intentó cernirse sobre él, pero sabía que con los varios pies de caoba que los separaban, era poco probable que funcionara.

—Así que ahora estás advirtiéndolo a los sirvientes que no me cortejen. Cómo te atreves cuando Marcus me gustaba también —mintió, clavándolo a su silla con una mirada de acero. O

al menos su mejor intento de una.

—Así que sí te gustaba el mozo. Lo sabía —afirmó, reclinándose en su silla y fulminándola con la mirada—. Como dije, tales relaciones bajo mi techo están prohibidas.

Reign más tarde se preguntaría qué se apoderó de ella, pero habiendo tenido suficiente de su indiferencia y aparentes celos, quería ponerlo a prueba, demostrar cuánto se estaba mintiendo a sí mismo.

Rodeó el escritorio como una tormenta, se inclinó y lo besó.

Con fuerza.

Él se quedó inmóvil antes de alcanzarla. Sus manos se deslizaron por su rostro, enredándose en su cabello mientras su boca convertía el beso en mucho más que el castigo que ella había pretendido.

Él se puso de pie, y ella sintió que su trasero presionaba contra el escritorio antes de que él la levantara sobre este. Papeles y plumas cayeron al suelo mientras él devoraba su boca en un beso que la dejó aturdida.

En algún punto del camino para castigarlo, ella había despertado en él un fuego que ardía fuera de control. Sus lenguas se enredaron y las horquillas cayeron de su cabello. Sus manos acunaron su rostro con tanto cuidado, y sin embargo, no había modestia ni sensibilidad en este beso.

Era salvaje, perverso y absolutamente cautivador.

Y terminó tan rápido como había comenzado.

Él se apartó bruscamente, llevándose la mano a los labios como si ella lo hubiera agredido de alguna manera, y supuso que, en cierto modo, así había sido.

—Deberías irte —ordenó, señalando la puerta—. Antes de que alguien nos vea.

Sus palabras avivaron su ira, y ella agarró las solapas de su chaqueta, atrayéndolo hacia sí, quedando nariz con nariz con el marqués. —Si no me deseas, si ya no soy lo suficientemente buena para tu sangre aristocrática, entonces no tienes derecho a elegir con quién hablo y a quién elijo tener en mi vida. Puede que ahora sea una institutriz, pero eso no significa que puedas tratarme con tan poco respeto —negó con la cabeza, contenta de que él no refutara sus afirmaciones—. Si tan solo hubieras preguntado, habrías sabido que Marcus tiene una enamorada, y nunca le hice perder la cabeza antes de que lo alejaras de mí, haciendo el ridículo, incluyéndote a ti mismo.

Reign se deslizó del escritorio y se dirigió a la puerta, necesitando irse antes de hacer algo más estúpido, como besar esa expresión de sorpresa y tentación del atractivo rostro de su señoría.

Bellamy necesitaba una distracción y una esposa, una madre cariñosa y amorosa para su hija. O al menos eso se decía a sí mismo cuando se sentó con Lady Miller después de la cena en el salón, decidido a escucharla relatar su Temporada con precisos y largos detalles mientras Lady Chilsten tocaba el piano.

Miró al otro lado de la habitación y entrecerró los ojos ante la sonrisa divertida de Lord

Chilsten, quien había notado su atención hacia la viuda del Conde de Miller.

Maldijo internamente. ¿Qué iba a hacer? Más bien, ¿qué estaba haciendo?

Ese maldito beso casi lo había hecho caer de rodillas al punto de estar a punto de pedirle que fuera su esposa. Inmediatamente. Es decir, en las próximas horas.

Maldita sea, estaba condenado. No necesitaba otra esposa que no trajera más que escándalo a su puerta. No es que ella provocaría el mismo tipo de escándalo que su esposa había provocado, pero aun así, casarse con la sirvienta de uno no era lo que se debía hacer.

Su buen amigo, que actualmente le sonreía con suficiencia, debería saber mejor que nadie ese hecho, ya que él mismo se había casado con su criada y había pagado un alto precio por ello.

Afortunadamente, después de un tiempo, la alta sociedad y su ahora esposa lo habían perdonado, pero no estaba tan seguro de que la alta sociedad fuera tan amable con él. La difunta Lady Lupton-Gage había regresado a Londres después del nacimiento de su hijo y rápidamente había tenido múltiples aventuras con numerosos hombres casados. Las damas de la alta sociedad tenían largas memorias, y dudaba que lo perdonaran por no haber sido capaz de mantener a su esposa bajo control y fuera de las camas de sus maridos.

En cuanto a la señorita Hall, era pobre y no tenía hermanas que se hubieran casado con hombres titulados de influencia en la ciudad para dar la bienvenida a su cuñado de vuelta al redil, como Lord Chilsten había tenido.

La señorita Hall era una institutriz, una sirvienta que había caído en tiempos difíciles. La sociedad pensaría que se había casado con él por posición y seguridad. Serían la comidilla de la ciudad, al igual que lo fue cuando se casó con Sally.

Negó con la cabeza, frunciendo el ceño. No. No podía hacerle eso a Alice. Ella merecía una Temporada renovada, impoluta y sin complicaciones en la ciudad después de una infancia complicada.

—Lord Lupton-Gage, ¿he dicho algo con lo que no está de acuerdo? Está negando con la cabeza —dijo Lady Miller, con preocupación ensombreciendo sus grandes ojos marrones.

—No, nada de eso. Simplemente estaba estirando el cuello, y creo que puede que me haya lesionado un músculo —dijo, preguntándose si su excusa sonaba tan mala como era.

—Corríjame si me equivoco —dijo, batiendo sus pestañas—. Pero, ¿no vi a la señorita Reign Hall hoy más temprano en los jardines? ¿No debutó ella con la Marquesa de Chilsten hace algunos años?

Y aquí estaba, el comienzo de los rumores y el escándalo.

Bellamy buscó las palabras antes de que la verdad, o al menos una versión muy cautelosa de ella, fuera dicha. —Ah, sí, la vio —se aventuró—. Está acompañando a Lady Chilsten pero no deseaba asistir a la fiesta de la casa —mintió, preguntándose cuándo creyó que esta versión de la verdad era mejor que decirle a su señoría que Reign era la institutriz de su hija.

—Qué escandaloso de su parte no asistir —insinuó—. ¿Somos tan desagradables que no vendría a saludarnos a todos? —Lady Miller frunció los labios, observándolo atentamente—. ¿Es

una simplona? —preguntó su señoría—. ¿Ya no sabe cómo comportarse en sociedad? Sé que ha estado ausente durante varios años, y supongo que puede haber perdido la habilidad de conversar con los demás.

Bellamy se atragantó, bebiendo su whisky ante la declaración de Lady Miller. Se aclaró la garganta, negando con la cabeza. —No es una simplona, que yo sepa.

Pero después de su beso esa tarde, temía que él mismo pudiera serlo. Ella lo había dejado aturdido, y malditas fueran las formas pícaras en que había querido continuar el beso. Había querido sentir cada pequeña parte de su cuerpo, pasar sus manos por sus largos cabellos castaños y besarla hasta que no pudiera imaginar besar a nadie más nunca más.

No es que ya no pensara así, para su desgracia.

CAPÍTULO ONCE

AFORTUNADAMENTE, al día siguiente, Reign pudo evitar a Lord Lupton-Gage. Pasó el día enseñando a Lady Alice en el jardín apartado antes de observar su lección de equitación antes de la cena.

El día pasó rápidamente, y solo de vez en cuando vislumbraba a los invitados de la casa, quienes parecían haber salido de la finca hoy para una excursión o pícnic, si las grandes cestas de comida indicaban sus intenciones.

Se sentó junto a Lady Alice, leyéndole un cuento antes de dormir que la niña pedía a menudo. Sus párpados se cerraban y finalmente se cerraron, pero Reign continuó durante otros cinco minutos antes de apagar la vela junto a su cama y subirle las mantas.

Se dio la vuelta para irse y se sobresaltó al ver a Lord Lupton-Gage apoyado en el marco de la puerta, observándola.

—Parece que he llegado tarde. Tendré que disculparme con Alice mañana por no haber vuelto a tiempo para desearle buenas noches. Esperaba estar de vuelta para leerle el cuento yo mismo —dijo.

Reign colocó el libro de vuelta en el estante y se dirigió hacia la puerta, su escape que el marqués estaba bloqueando actualmente.

Cuanto más se acercaba a él, más podía oler el aroma a brandy en su aliento. ¿Estaba ebrio? ¿Era por eso que estaba tan relajado a pesar de que cualquiera de sus invitados podría encontrarlos en cualquier momento?

—Estaba muy cansada y se durmió rápidamente. No creo que estuviera molesta por no verte esta noche —dijo ella, pasando junto a él.

Él le agarró la mano y la detuvo. Reign levantó la mirada y se encontró con sus ojos, y su estómago se contrajo de esa manera perversa e inquieta que siempre lo hacía cuando estaba cerca del marqués.

Él era su debilidad. Había tenido tantas esperanzas durante su temporada de que la cortejara y se casara con ella, y en su lugar, se casó con otra persona completamente diferente. Una mujer rica, bien dotada de la nobleza que lo engañó para obtener un título.

Reign nunca había tenido una oportunidad. No era lo suficientemente astuta para reinar en

Londres.

Su mirada ardía con una necesidad que ella reconocía, pero debía negar. —Por favor, apártese, milord. Esto no nos ayuda a ninguno de los dos —suplicó. Debería empujarlo. Exigir que la dejara ir, pero sus pies no se movían.

Su mente y su corazón en desacuerdo sobre el asunto.

—No puedo sacar ese beso de mi cabeza —susurró él, con una expresión de dolor en su rostro. Sus dedos se deslizaron por su brazo para entrelazarse con los de ella—. No parece que pueda dejarte ir.

Por un momento, Reign se inclinó hacia el borde del escándalo. Saltar a lo desconocido y a los brazos de su señoría y dejar que le mostrara hasta dónde podía llevar un beso a una dama por el camino de la ruina.

Pero no lo hizo.

—Buenas noches, milord —dijo con más convicción de la que sentía antes de empujarlo y dirigirse hacia las escaleras de servicio. Su espalda ardía, y sabía que él la observaba hasta que estuvo fuera de su vista.

El impulso de correr de vuelta hacia él estaba más allá de su resistencia, pero persistió. Él no quería casarse con su sirvienta. Ella era un escándalo ambulante que él no quería traer a su familia, y ella nunca se casaría con un hombre que la resentiría si fueran ostracizados por la alta sociedad simplemente porque se enamoró de una institutriz.

¿Cuán pronto se convertiría ese amor en desprecio y resentimiento?

No, ella nunca podría sobrevivir a que el marqués la mirara con cualquiera de esas emociones.

Bellamy cerró los ojos y luchó contra el deseo que ardía en su interior. La necesidad de ir tras ella y saciar ambas pasiones. Miró en la dirección en que ella había caminado y debatió ir tras ella. No estaría lejos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo una voz familiar desde la oscuridad del pasillo.

Se giró y encontró a Chilsten observándolo, con una ceja sospechosa levantada en su dirección.

Bellamy maldijo y se dirigió hacia su amigo. —No tengo idea de lo que estoy haciendo. Me siento perdido cuando la señorita Hall está en mi presencia, y desafortunadamente, está en mi compañía más a menudo de lo que no.

—Ven, sentémonos en el salón y hablemos. Hay muchos oídos por aquí esta noche —dijo Chilsten, alejándose de las suites de invitados.

Bellamy lo siguió, odiando que su inacción, su incapacidad para hacer lo que se había prometido a sí mismo, hubiera sido vista por otro.

Entraron en el salón, y afortunadamente el fuego estaba encendido y les dio luz suficiente para servir dos vasos de whisky. Chilsten le entregó uno, con una expresión preocupada en su rostro.

—¿Qué está pasando entre tú y la señorita Hall? Sé que acabo de ver algo, y como tu amigo, no temo decirte que estoy preocupado —dijo.

Bellamy se pasó una mano por el pelo, agitado él mismo por la idea de sucumbir y acostarse con la institutriz de su hija. Se estremeció, odiando pensar en la señorita Hall de esa manera. Una vez, la veía como una igual, incluso con su falta de fondos que tantas otras debutantes tenían en exceso. No le importaban tales cosas, pues tenía suficiente dinero para ambos. Pero ahora... ahora ella trabajaba para él, y todo era diferente, de alguna manera incorrecto.

—Es la institutriz de mi hija, y sin embargo, cuando estoy cerca de ella, no puedo evitar desearla. Quiero lo que perdí hace todos esos años cuando me casé con Sally.

Chilsten lo estudió mientras bebía su trago. —Lady Lupton-Gage ha fallecido, amigo mío. ¿Qué importa si te casas con una mujer que no está tan alta en la sociedad como tantas otras inútiles? —le preguntó—. No deberías preocuparte tanto por lo que piense la gente. O un día despertarás, viejo y cansado en tu cama, y te darás cuenta de que desperdiciaste tu vida en personas que nunca importaron.

Bellamy asintió, las palabras de su amigo tenían más sentido que cualquier cosa que hubiera pensado desde el momento en que la señorita Hall había llegado a su finca. No debería importarle lo que otros pensaran, lo sabía, pero Sally había sido tan salvaje. Se había hecho tanto daño a su nombre. Al nombre de su hija.

—¿Cómo puedo exponer a mi hija a tal escándalo después de todo lo que su madre le ha hecho? —argumentó.

Chilsten se encogió de hombros. —Tiene cinco años. No creo que recuerde lo que suceda ahora, siempre y cuando sea amada y cuidada.

Bellamy apuró su brandy, deleitándose con el ardor que la bebida dejó en su garganta. —Para mi vergüenza, desearía que la madre de mi hija fuera Reign. Desearía que ella fuera mi marquesa. ¿Cómo puedo seguir siendo un caballero cuando todo lo que quiero hacer, cada momento de cada día, es estar con ella? Quiero seducirla, tenerla en mi cama, en mi vida.

—Entonces que la sociedad se vaya al diablo. Toma lo que quieres, Gage. Cásate con ella y haz que ambos sean muy felices —le instó su amigo.

Bellamy se frotó la mandíbula con la mano. ¿Podría ignorar todas las reglas y hacer lo que quería por primera vez en su vida? Obtener lo que había deseado durante tanto tiempo, y al diablo con lo que pensara la alta sociedad de su elección. Nunca se arrepentiría de casarse con Reign. ¿Cómo podría hacerlo cuando ella era absolutamente perfecta? El beso que había compartido con ella, un beso que lo había sacudido y le había mostrado todo lo que había perdido al cometer un error todos esos años atrás en Londres.

—Si hago lo que me aconsejas y hago lo que quiero, habrá un escándalo —afirmó.

Chilsten asintió. —Sé muy bien lo que es causar un escándalo. Y como tu amigo que cometió un error similar al casarse con la mujer equivocada antes de casarme con Julia, déjame decirte que cualquier cosa que elijas será difícil, una decisión que no debe tomarse a la ligera. Pero

tienes mi apoyo y el de Julia, sea lo que sea que decidas hacer. —Chilsten hizo una pausa, bebiendo su brandy—. La sociedad sabe que fuiste engañado para entrar en ese salón con Lady Sally, y aunque aceptaron la boda, hay conocimiento y comprensión de por qué te casarías con la señorita Hall ahora que puedes.

Bellamy asintió, la esperanza por primera vez cobrando vida en su mente. No había pensado tener que enfrentarse a tal elección. No esperaba volver a ver a la señorita Hall, ciertamente no bajo su techo.

Si se hubiera cruzado con ella en Londres de paso, sabía que podría negar la atracción que ella siempre había ejercido sobre él, pero aquí, en su casa, encontrándose con ella en medio de la noche cuando le leía un cuento a su hija antes de dormir, bueno, eso era otro asunto completamente diferente.

—Gracias, Chilsten. Tu apoyo es bienvenido, pero sé que debería mantenerme alejado, detener cualquier susurro de escándalo y dejarla ir a América como estaba planeado, pero no estoy seguro de poder hacerlo. Pensaré más en el asunto.

Chilsten se levantó y rellenó sus copas casi vacías. —Julia mencionó que Lady Miller dijo que la señorita Hall vino a la finca con nosotros. Ella siguió el juego, por supuesto, pero ¿de qué se trata? —le preguntó Chilsten—. Julia quería saber.

Bellamy maldijo, habiendo olvidado contarles a sus amigos sobre su mentira. —Su señoría vio a la señorita Hall, y no pude decirle que ahora es una institutriz. Mentí y dije que ella vino con ustedes pero que no estaba en condiciones para el entretenimiento de la fiesta. Gracias por no negar mis palabras —dijo, haciendo una nota mental para contarle a Reign sobre sus falsedades antes de que pasara mucho tiempo.

Chilsten echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Bueno, brindemos porque la señorita Hall vuelva a formar parte de los escalones superiores de la sociedad, tal como debería ser.

Bellamy levantó su copa por eso, esperando que tal vez tal cambio de estatus aún fuera posible. —Brindaré por eso. —Y rezó por tener la fortaleza para negar la furia de lujuria que lo atravesaba cada vez que estaba en presencia de la señorita Hall, al menos cuando estuvieran en público.

CAPÍTULO DOCE

AL DÍA SIGUIENTE, Reign se encontraba de pie frente a la ventana de su dormitorio, observando cómo un carruaje tras otro abandonaba la finca. Afortunadamente, sus buenos amigos, Lord y Lady Chilsten, habían accedido a quedarse varios días más, y ella esperaba con ansias pasar más tiempo con su amiga. Sin duda, un tiempo lejos de las miradas indiscretas de los invitados que habían estado presentes sería un alivio bienvenido. Sin mencionar que ya no necesitarían fingir que ella no era una institutriz sino una invitada, ya que Lord Lupton-Gage no pudo decirle la verdad a Lady Miller.

¿Acaso se avergonzaba tanto de su situación en la vida que ni siquiera podía mencionar su ocupación?

La situación con su señoría no era ideal, y tampoco deseaba que continuara como estaba. No podían seguir provocándose cada vez que se cruzaban.

No solo porque era injusto para ambos, sino porque ella debería saber mejor. No había futuro con su señoría. Él había dejado perfectamente claro que no se casaría con una institutriz. Ni ella se casaría con alguien que pensara que no era lo suficientemente buena para él.

Pero eso no significaba que no anhelara su tacto, la sensación de sus manos sobre su cuerpo, su boca tomando la suya en un beso que la dejaba sin aliento y con el corazón acelerado.

Salió de la habitación y se dirigió al aula, solo para recibir una pequeña nota escrita de la señora Watkins informándole que Lady Alice estaba con Lord y Lady Chilsten hoy en un paseo en carruaje por Derbyshire y que sus lecciones tendrían que esperar hasta mañana.

Reign volvió a doblar la nota y la guardó en su bolsillo, decidiendo echar un vistazo a la gran galería que había visto durante su primera semana allí. No tardó mucho en llegar a la galería, y suspiró ante la vista del largo y amplio espacio donde los retratos familiares habían colgado durante cientos de años. Las grandes urnas llenas de flores de invernadero cerca de las ventanas hacían que la habitación oliera divinamente.

Paseó, deteniéndose de vez en cuando para leer los nombres al pie de cada pintura. Algunos de los ancestros Lupton-Gage la miraban con los ojos del actual marqués o con una torcedura de sus labios antes de llegar al retrato del mismo hombre. Él estaba de pie solo junto a la chimenea en su biblioteca, con dos perros lobos a sus pies, su hija a su lado, sosteniendo su mano y

mirándolo con amor.

Era una pintura encantadora que retrataba su amor por Lady Alice. Al menos había ganado una dulce hija de su asociación con Lady Lupton-Gage, si nada más antes de que ella falleciera.

Se oyeron pasos en los pisos de madera, y ella miró hacia el final del ala y encontró a su señoría caminando hacia ella. Estaba leyendo una misiva y no la había visto hasta que levantó la vista y se detuvo en seco.

Ella se preparó para estar cerca de él nuevamente y no querer lanzarse a su cabeza como una descarada. —Mi lord —dijo, ajustando su voz para negar las emociones que palpitaban a través de ella ante su cercanía—. Buenas tardes. Espero que esté teniendo un día agradable —dijo, estremeciéndose interiormente ante su pregunta. ¿Qué tipo de conversación estaban a punto de comenzar? Insípida y sin sentimiento, si tuviera que adivinar. Una vez, habían hablado durante horas, se habían sentado en bailes y fiestas, cenas, y habían discutido todo tipo de cosas hasta que él se casó con Lady Sally.

Sus pasos se ralentizaron pero continuaron hacia ella, su rostro cuidadosamente controlado, por lo que ella no sabía qué pasaba por su mente. —Buenas tardes, señorita Hall —respondió secamente, sin perder el paso mientras pasaba junto a ella.

Ella miró por encima de su hombro y lo vio salir de la galería, esperando que se girara y la mirara, que le mostrara de alguna pequeña manera que le importaba, pero no lo hizo.

La decepción la apuñaló, y fue a sentarse en un rincón de la ventana, mirando los hermosos jardines y la fuente de agua que el ala oeste dominaba.

La situación era desesperada, y tal vez debería irse antes de lo planeado. Tenía algunos fondos ahorrados, y sería suficiente para un pasaje al otro lado del Atlántico y dos semanas en América para alojamiento y comida. Solo que no tanto como había esperado para garantizar su seguridad.

—Maldita sea, Reign —ladró la voz de su señoría desde el final de la galería.

Reign se puso de pie, insegura de por qué había vuelto y no estaba del todo segura de que le gustara la expresión salvaje y conflictiva en sus facciones. Él se dirigió con determinación hacia ella, le tomó el rostro con las manos y la besó.

Tomó sus labios en un beso abrasador que la dejó tambaleándose.

Reign agarró las solapas de su abrigo para mantenerse firme, esperando que sus rodillas no se doblaran ante el embriagador abrazo en el que la sostenía.

Su lengua se enredó con la de ella, sus manos guiándola para profundizar el beso y darle lo que ambos querían.

El uno al otro.

—Bellamy —gimió cuando él se apartó para besarle el cuello. Sus labios rozaron debajo de su oreja, y ella se estremeció, jadeando—. No te detengas —suplicó, preguntándose dónde había desaparecido su autopreservación. Esto no debía suceder. Se suponía que debían mantenerse alejados el uno del otro.

—Dios, te deseo —respiró contra su piel, besando su camino hacia abajo hasta su hombro—. No puedo mantenerme alejado. Que Dios me ayude —dijo, con la voz tensa, torturada.

Y entonces se había ido. Se arrancó de su agarre, dejándola tambaleándose mientras se movía en la dirección de la que había venido, con la espalda recta y el paso decidido.

Reign se mordió el labio, sus palabras replicando lo que ella misma sentía. Ella también lo deseaba, pero había tanto entre ellos, deteniéndolos a ambos.

¿Cómo podrían unirse sin que todo lo que temían se hiciera realidad? Tal vez deberían saltar a ese abismo y averiguarlo.

Bellamy cubrió su boca con la mano y se apoyó contra la pared tan pronto como estuvo fuera de la vista de Reign. Había estado tan decidido y lo estaba haciendo tan bien cuando pasó junto a ella, ignorando su belleza y su dulce gesto de bienvenida.

Y entonces se había desmoronado como un muro mal construido sin cimientos o, en su caso, sin la columna vertebral para hacer lo que debía.

No tenía ninguna posibilidad de mantenerse alejado de ella, de evitar el escándalo que se produciría a menos que ella dejara su empleo.

Pero sus besos, su anhelo por lo mismo que él, podía sentirlo en cada caricia, en cada abrazo que compartían.

Y era como un elixir del que no podía desengancharse.

Iba a ir al infierno, de eso no tenía duda, y Reign merecía mucho más que cómo la trataba. No podía seducir a la institutriz de su hija. Si no podía mantener las manos quietas, tendría que enfrentarse al escándalo de casarse con una sirvienta y luchar para tenerla a su lado, aceptada como una igual en la sociedad.

La idea de que ella fuera suya, de tenerla en su cama, enviaba una oleada de calor a lo largo de su columna. Serían salvajes y libertinos. Una tentación que no podía negarse a sí mismo. No si era honesto.

No habría forma de detenerse una vez que empezaran.

Se apartó de la pared y regresó a su biblioteca, arrastrando varios pergaminos sobre su escritorio, decidido a terminar el trabajo del día e ignorar el hambre que rugía en su interior minutos antes.

Tomó la carta y la arrugó, arrojándola al fuego, y observó cómo las llamas convertían el pergamino en cenizas. Cada vez que su pluma tocaba el pergamino, todo lo que veía era a Reign y lo que podrían tener si tuviera la fuerza para luchar por lo que quería.

El sonido de la risa de su hija lo sacó de sus frustrantes pensamientos antes de que la puerta de su biblioteca se abriera de golpe y su niña entrara corriendo a la habitación, con el sombrero colgando de su mano, sus mejillas rosadas y sonrientes le decían que había disfrutado de su día.

—Papá, recogimos setas —declaró, corriendo hacia él y trepando a su regazo—. ¿Dónde está la señorita Hall? Se quedará asombrada con lo que encontré. Debo contárselo —sonrió mientras Lord y Lady Chilsten seguían a su hija a la habitación, cansados pero también radiantes.

—Deduzco que el paseo por Derbyshire fue un éxito entonces —dijo él.

—Mucho, sin duda —la marquesa se sentó en la silla frente a su escritorio y suspiró—. Y muy caluroso. Me temo que buscaré mi cama temprano esta noche.

Chilsten pasó una mano por la mejilla de su esposa antes de volverse hacia Bellamy—. ¿Cómo estuvo tu día, Gage? Sin incidentes, espero —preguntó, y Bellamy no necesitó preguntar qué quería decir con tales palabras.

Negó con la cabeza, fingiendo indiferencia, muy parecido a lo que había intentado hacer con Reign arriba antes de fracasar miserablemente—. Nada fuera de lo común, lamentablemente —mintió, esperando que su tono transmitiera verdad—. Tengo mucho que poner al día después de la fiesta en la casa —dijo.

—Por supuesto —dijo Chilsten, observándolo atentamente. Algo en la mirada de su amigo le dijo a Bellamy que Chilsten no creía sus palabras y estaba considerando presionar más el tema.

—La señorita Hall está arriba en la galería —dijo antes de pensarlo mejor.

Chilsten alzó una ceja conocedora, encontrando su mirada. Bellamy desvió la vista hacia su hija—. Puedes ir a buscarla y contarle sobre las setas. Estoy seguro de que estará muy emocionada por ti.

—Parecías saber exactamente dónde estaba la señorita Hall. ¿Estás seguro de que tu día fue sin incidentes? —preguntó Chilsten después de que su hija se hubiera ido.

Bellamy ignoró las palabras de su amigo y en su lugar se levantó y tocó la campana para llamar a un sirviente—. ¿Té? —les preguntó, decidido a no ser interrogado sobre asuntos que no sabía cómo responder.

CAPÍTULO TRECE

REIGN SE REMOVIÓ inquieta en su cama incómoda y abultada todo lo que pudo soportar hasta que tuvo suficiente. Apartó las mantas y buscó su bata al pie de la cama antes de salir de su habitación.

Iría a buscar un libro para leer y luego intentaría dormir por segunda vez. Esta noche una tormenta había llegado del oeste, pero después de los días calurosos que había tenido el Distrito de los Lagos, el aire estaba húmedo y bochornoso. Haciendo que dormir en la parte superior de la casa fuera incómodo y casi imposible.

Cómo echaba de menos su cabaña y las pequeñas comodidades que tenía allí, y lo que no daría por volver a esa vida sencilla.

Apartando los pensamientos melancólicos, se deslizó por la escalera principal, no queriendo que ninguno de los sirvientes la pillara a estas horas.

Solo ardían unas pocas lámparas en el vestíbulo, pero lo suficiente para ver, sin mencionar que los relámpagos y el trueno resultante iluminaban la casa como si un millón de velas estuvieran encendidas a la vez.

Se detuvo al pie de las escaleras y, al no oír a nadie y no ver luz bajo la puerta de la biblioteca de Lord Lupton-Gage, la empujó y entró.

La habitación estaba oscura, así que volvió al vestíbulo y encendió su vela usando una lámpara antes de regresar adentro.

El aroma del cuero y del marqués llenó sus sentidos y la hizo anhelar cosas que no debería.

Pero después del beso de esta tarde, ¿cómo no iba a querer besarlo de nuevo, tener sus brazos envolviendo su cuerpo, acercándola, haciéndola sentir emociones tan deliciosas?

Él era adictivo, y temía que cuanto más tiempo pasara con él y su dulce hija, menos atractiva se volvería América.

Sin mencionar que hoy había recibido su primer sueldo de la señora Watkins, y los escasos fondos que obtuvo harían que el tiempo para ahorrar para su viaje se triplicara.

Durante varios minutos estudió los cientos de libros. Tantos para elegir en una multitud de temas. La elección era casi tan confusa como el señor de la mansión, que también solía confundir su mente.

—¿Señorita Hall? —dijo una voz masculina y profunda desde la puerta.

Se sobresaltó al oír sus palabras, sabiendo ya a quién encontraría al darse la vuelta. La visión de su señoría no decepcionó. El marqués llevaba pantalones, pero no zapatos, y su camisa estaba arrugada y no metida en los pantalones. Parecía como si lo hubiera sacado del sueño, y la visión de él tumbado sobre su cama la acaloró aún más.

—Lord Lupton-Gage, no podía dormir. Pensé en leer un libro —explicó ella.

Él entró en la habitación, dirigiéndose a la ventana antes de abrirla de golpe. —Las habitaciones han retenido el calor hoy, desafortunadamente. Si vas a estar aquí, con una ventana abierta, será mucho más cómodo.

Ella se unió a él en la ventana, la brisa ayudando en cierta medida a refrescarla. —Mmm —dijo—. Qué agradable se siente.

Él se sentó en el alféizar, mirando hacia los jardines. —Debo disculparme por lo de esta tarde, señorita Hall. No debería haberla besado.

A Reign no le gustó que pensara que besarla era algo malo. Un error. Bueno, por supuesto que lo era, pero poco más se podía hacer al respecto cuando ambos se deseaban mutuamente.

Y estaba tan cansada de negarse a sí misma y a sus sentimientos. No podía seguir estando cerca de él y permanecer fría y distante. Nunca había sido ese personaje, y con su historia compartida, era imposible continuar así.

—Bellamy —dijo, levantando su rostro para que la mirara. Sus ojos se abrieron, pero no trató de liberarse de su agarre. Si acaso, se inclinó hacia su toque, y eso le dio la fuerza de convicción.

—Sí —murmuró él, con voz grave que hizo que su estómago se contrajera deliciosamente.

Ella negó con la cabeza, preguntándose cómo diría lo que tan desesperadamente quería. —No puedo continuar como estamos. Permanecer distante y alejada de ti es imposible. Tú y yo tenemos una historia que nos fue robada. Entiendo que necesitas poner a tu hija en primer lugar, pero he llegado a una decisión —dijo, reuniendo fuerzas para mantenerse fiel a sus sentimientos.

—¿Y cuál es tu decisión? —le preguntó, con la preocupación y la inquietud claras en sus ojos azules.

—Soy una mujer de veintisiete años, una institutriz a punto de zarpar hacia América. Estar aquí contigo será la última vez que te vea. Sé que nunca nos cruzaremos después de que termine mi tiempo aquí, y no quiero que unos pocos besos robados sean todo lo que haya entre nosotros —admitió, rezando para que no pensara menos de ella por ser tan franca.

Él la hizo sentarse en el alféizar con él. —¿Qué quieres, Reign? —preguntó, sosteniendo sus manos, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Te quiero a ti —admitió, expresando lo que durante tanto tiempo se había negado a sí misma, y a él también, supuso—. Durante el tiempo que esté aquí quiero estar contigo. —Bajó la mirada a sus dedos entrelazados—. Sé que estoy corriendo un riesgo, y esperaba que conocieras algunas formas de reducir ese riesgo ya que eres más experimentado que yo, pero quiero estar contigo. Durante el tiempo que podamos, en secreto, un dulce pecado que solo tú y yo

conozcamos. Mi amiga Lady Chilsten me aconsejaría en contra de hacer algo así, pero yo...

Sus labios tomaron los de ella, deteniendo sus palabras, y ella lo atrajo hacia sí, lo acercó y dejó que el deseo la arrastrara. Él era todo lo que siempre había querido. El hombre con quien una vez había esperado casarse.

Aunque la vida no había sido justa y lo había perdido por una mujer escandalosa, solo podía suponer por su beso que él sentía lo mismo que ella.

—Sí —suspiró contra sus labios—. Durante el tiempo que tengamos, yo también te quiero a ti. Pero ¿estás segura, realmente segura, Reign? Esto es un riesgo, y es mucho pedirte.

Ella se encogió de hombros, habiendo renunciado hace mucho a la esperanza de un final tan dulce, una culminación que concluiría con ella como su esposa. La vida no siempre era justa, pero eso no significaba que uno no pudiera sacar lo mejor de una mala situación.

—Estoy segura. Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Niégaselo. Detén esta locura.

Las palabras resonaban en su mente, pero no podía prestarles atención. Durante tantos años, había vivido sin la única mujer que lo había hecho arder, y ahora, aquí estaba ella, ofreciéndose a él mientras permaneciera en Derbyshire, y no podía rechazarla.

Que el diablo se lo llevara, no podía decir que no.

La besó de nuevo, tomando sus labios. Ella le devolvió el beso, ansiosa por su contacto, dispuesta a sentirlo de maneras que nunca antes había experimentado.

Su cuerpo ardía, su miembro se puso en alerta, y supo que no había vuelta atrás. Ya no. Ahora, tenía un atisbo de lo que las próximas semanas o meses podrían significar para ambos: días de besos robados y noches de caricias perversas, un sinfín de dicha y consuelo en los brazos del otro.

Maldita sea. La deseaba tanto que le dolía físicamente. Y ahora, todo lo que había anhelado estaba a su alcance.

—Reign —gimió, mientras la lengua de ella lo distraía por completo. Ella se apretó contra él, sus pechos libres de restricciones, su camisón y bata apenas suficientes para mantenerla recatada.

No es que él tuviera la intención de mantenerla recatada por mucho tiempo. La tendría, le haría el amor, le daría lo que ambos querían y rezaría para que cuando llegara el día del juicio, Dios lo perdonara.

—Dime lo que quieres. Te daré cualquier cosa que me pidas. Solo tienes que decirlo —dijo él.

Ella se apartó, sus ojos brillando con lágrimas contenidas, sus labios hinchados por sus besos. Nunca había lucido más hermosa y desaliñada que en ese momento.

—Quiero que me hagas el amor. Quiero ir contigo a tu habitación —se mordió el labio, sus ojos llenos de inquietud.

Él se puso de pie y la levantó antes de guiarla fuera de la biblioteca. Afortunadamente, la casa permanecía en silencio, los sirvientes hacía tiempo que se habían acostado mientras él la

conducía por la escalera hacia sus aposentos.

Se detuvo en su puerta, girando el pomo y abriéndola de par en par. Sin decir palabra, la tomó en sus brazos, besándola rápidamente. —Deberíamos haber tenido esto, tú y yo. Pero esta noche, y los días venideros, eres mía, y yo soy tuyo. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió, y sin más preámbulos, él cruzó el umbral de su dormitorio, cerrando la puerta de una patada —y la puerta al mundo sentencioso e injusto que los rodeaba—, envolviéndolos juntos en un lugar destinado solo para ellos.

CAPÍTULO CATORCE

REIGN SE ESTREMECIÓ cuando Bellamy la deslizó por su cuerpo duro y delicioso que ella había admirado durante tanto tiempo que ya no podía recordar cuándo lo había notado por primera vez.

Londres, por supuesto, durante su presentación en sociedad. Pero ahora, se le permitía tocarlo y estar con él como siempre había soñado. Posiblemente iría al infierno por sus acciones.

Incluso con su aversión al escándalo y su honestidad sobre tratar de mantener a su hija libre de él deberían mantenerla alejada, pero no podía. Haría todo lo posible para mantener su aventura en secreto, pero ya no se mantendría alejada.

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras él retrocedía, quitándose la camisa por encima de la cabeza. Su estómago era todo planos duros y cincelados, y sin pensarlo, extendió la mano y recorrió su forma.

Sus ojos ardían de deseo, y ella se estremeció, mordiéndose el labio. Su estómago subía y bajaba con cada respiración, y casi podía saborear su deseo en el aire.

—Siempre me he preguntado cómo te verías debajo de tus trajes de superfino. Qué bien te ves —admitió, sonriendo.

Su risa fue grave y baja. —Entonces somos dos, mi querida, porque yo siempre me he preguntado cómo te ves tú también, debajo de tus bonitos vestidos —dijo, alcanzando las pequeñas cintas de su corsé que protegían su modestia. Las desató, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios antes de empujar su bata de sus hombros.

Se acumuló a sus pies, y ella salió de ella, queriendo estar libre de cualquier restricción.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y leyó la pregunta en los suyos. —¿Te gustaría hacer los honores? —bromeó, levantando una ceja interrogante.

Él asintió, su trago casi audible. —Demonios, sí, me gustaría —respondió, alcanzando su camisola y deslizándola de su cuerpo con más cuidado del que ella esperaba.

Ella se paró frente a él, desnuda, pero ningún miedo recorría sus venas. Oh no. No cuando Bellamy la miraba con tanta adoración y hambre que no podía sentir nada más que seguridad en su presencia.

Reign se pegó a él, sus duros músculos, su virilidad sobresaliente presionando contra su estómago. Se ondulaba contra él, queriendo sentir más de él, queriendo que su cuerpo sintiera

este placer incluso sin ser tan íntima como pronto lo serían.

—Se siente tan condenadamente bien —dijo él, levantándola en sus brazos por segunda vez y caminando hacia la cama.

Cayeron sobre las suaves y opulentas sábanas, y Reign se abrió para él, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura. Él jugueteó con su sexo, ondulándose contra su monte y enviando un delicioso estremecimiento por su cuerpo.

La expectación era pesada en el aire mientras él yacía sobre ella. El vello de su pecho le hacía cosquillas, y ella lo besó profunda y largamente. Lo había deseado durante tanto tiempo, había estado tan segura de haberlo perdido para siempre, pero ahora era su oportunidad.

Él le devolvió el beso, y sus lenguas se enredaron, jugaron y se provocaron.

—Esto puede doler un poco —le advirtió.

Ella asintió, lista para convertirse en mujer, para estar con él por completo. No tuvo que esperar mucho. Él embistió dentro de ella, se unió a ella completamente, y ella jadeó.

Él la besó, murmurando dulces palabras de consuelo mientras el dolor se desvanecía.

—Lo siento —dijo él—. ¿Estás bien, mi querida?

Ella asintió, moviéndose un poco para ajustarse a su tamaño. La sensación era extraña y diferente, pero no terrible. Si acaso, sentía un cálido despertar dentro de su alma, uno del que quería más.

—Estoy bien —dijo, abrazándolo con fuerza—. No te detengas.

No lo hizo. Embistió dentro de ella con cuidado al principio antes de que su ritmo aumentara. Con cada embestida, Reign podía sentir su cuerpo clamando, buscando algo fuera de su alcance.

—Te sientes tan condenadamente bien, mi querida. Cómo he soñado con este momento, que Dios salve mi alma —dijo, besándola profunda y largamente.

—Yo también —reveló antes de que él tomara sus labios nuevamente, y ella se perdió. Perdida en los brazos del único hombre que siempre había adorado.

A quien siempre había amado.

Bellamy.

Bellamy luchó por controlar sus emociones. La culpa y el deseo lo atormentaban por igual. No debería estar aquí, durmiendo con Reign, pero tampoco podía negarle nada.

O a sí mismo, cuando se trataba de eso.

Cásate con ella y que el demonio se lleve a la alta sociedad y lo que piensen. No la uses de esta manera, y no le ofrezcas tu mano.

Ella lo acercó aún más, y por un momento, olvidó las palabras de advertencia en su mente. Ella estaba tan caliente y apretada, la única mujer que había anhelado y deseado desde el primer momento en que la había visto en Londres.

Y ahora estaba aquí. En sus brazos y entregándose a él voluntariamente. No había elixir más embriagador en la vida.

Cómo deseaba poder volver atrás, cambiar el pasado de ambos.

La tomó, la reclamó como siempre debería haber sido su derecho, y ella lo recibió, se abrió para él como una flor lista para ser recogida.

—Bellamy —jadeó ella cuando los primeros temblores sacudieron su cuerpo.

Él luchó por no derramarse mientras ella se deshacía en sus brazos, disfrutando de su placer mientras rebotaba a través de ella. —Disfrútame —le dijo antes de que su cuerpo, tirando contra su miembro, arrastrara su liberación hacia adelante.

Gritó su nombre y se retiró, derramando su semilla sobre las sábanas. No podía arriesgarse a que ella quedara embarazada. Ya había arruinado su vida hace muchos años. Tendría cuidado de no hacerlo de nuevo.

Excepto que podrías arruinarla solo por ser íntimo con Reign, incluso si no se concibe un hijo...

Ignoró sus pensamientos y se desplomó a su lado, atrayéndola hacia el hueco de su brazo. Ella vino de buena gana, deslizándose una pierna sobre la suya, su mano se posó en su pecho, jugando con su cuerpo.

Su toque envió fuego a correr por sus venas, y se preguntó si siempre sería así entre ellos. Una salvajería que era indómita, deshabitada e impropia.

—Bellamy —suspiró ella, acurrucándose a su lado—. Qué maravilloso eres. Siempre me había preguntado cómo sería estar con un hombre así, pero has superado todas mis expectativas —le provocó.

Él le sonrió, besando rápidamente su frente.

—Espero que cuando te preguntabas sobre el acto sexual, solo hayas pensado en mí y en nadie más —se movió para ver sus ojos con más claridad—. Creo que me pondré muy celoso si descubro que alguna vez has deseado a alguien más.

Ella sonrió, besando su pecho antes de morderlo juguetonamente. Su miembro se estremeció y él gimió.

—No, tú eres el único hombre que he deseado tener donde estás en este momento. ¿Puedo esperar ser lo mismo para ti?

Él asintió, acariciando su espalda con la mano.

—Sabes que me engañaron en Londres, y la misiva que Sally me hizo entregar estaba dirigida como si fuera de ti —le confesó, sin haberle contado nunca a nadie la naturaleza engañosa de su esposa aquella noche—. Pensé que serías tú a quien encontraría en ese invernadero.

Reign se incorporó, mirándolo con los ojos abiertos de asombro.

—No, eso no puede ser cierto. Lady Lupton-Gage no sería tan cruel como para apartarte de mí de esa manera y romperme el corazón. Sé que no la conocía muy bien, pero seguramente una dama de su clase no podría ser tan horrible. Siempre creí que la nota era de ella y que tú, tontamente, hiciste lo que te pedía.

Una de las razones por las que Bellamy se había enamorado de Reign rápida e intensamente

en Londres. Ella había sido sincera, honesta y brutalmente hermosa. En su opinión, debería haber sido el diamante de la temporada.

Ciertamente era su joya.

—Sally no era una mujer agradable ni nada parecido a la debutante perfecta que aparentaba ser. Solo se casó conmigo por mi dinero y posición. Nunca me deseó de ninguna manera y lo dejó claro después de nuestra noche de bodas —se estremeció al recordar aquella velada y lo fría e indiferente que había sido ella. Se había sentido como si la estuviera forzando y no la había vuelto a tocar. No es que a ella le importara, no cuando admitió que quería viajar sin él ni su hija.

—Oh, Bellamy —dijo Reign, extendiendo la mano para tocar su mejilla con la palma. Él se inclinó hacia su caricia, habiendo sido privado del consuelo de una mujer durante demasiados años—. Lamento mucho que esto te haya sucedido. A ambos. Puedo entender por qué no lamentas la muerte de Lady Lupton-Gage como lo haría un esposo, aunque me avergüence decirlo.

Él asintió, pero la culpa atormentó su alma ante la confianza que ella tenía en él. No era un buen ejemplo de comportamiento caballeroso al criticar a su esposa. Sin mencionar que debería hacer lo correcto con lo que habían hecho y ofrecerse a casarse con Reign. No parecer que la estaba usando para satisfacer su propia lujuria mientras ella vivía bajo su techo como institutriz.

Debería ser azotado por ser tan descarado, pero en lugar de eso, la besó y perdió su conciencia en sus brazos.

CAPÍTULO QUINCE

A REIGN le resultó difícil mantener en mente las lecciones de matemáticas con Lady Alice a la mañana siguiente. Sus pensamientos seguían desviándose hacia la noche anterior y lo que ella y Bellamy habían compartido.

Se estremeció al recordar su tacto. Su cuerpo ya anhelaba más de lo que él le había regalado.

Se había despertado casi antes del amanecer y se había escabullido a su habitación sin ser vista. Se despertó al alba, con el cuerpo lánguido y más relajado de lo que jamás se había sentido en su vida.

Sonrió, sabiendo el motivo. Sin mencionar que no podía esperar a estar a solas con Bellamy una vez más. Ya echaba de menos su hermoso rostro y su interesante conversación.

—Señorita Hall —dijo Lady Alice, mirándola con su dulce carita. Tenía su pizarra delante, practicando la escritura de números, y Reign pudo ver que ella también estaba pensando en otra cosa.

—¿Sí? —respondió, curiosa por saber qué quería preguntar la niña. Era una niña inteligente y observadora.

—¿Por qué no está usted casada? Mis padres estaban casados, y Lord y Lady Chilsten están casados, pero usted no —dijo, con un pequeño ceño fruncido entre las cejas como si esta información la preocupara.

Reign sonrió, habiendo reflexionado sobre esa pregunta una o dos veces. Sin embargo, siempre había tenido la misma respuesta: porque había sido engañada y perdió su amor y todo lo demás después de ese hecho.

—Supongo que porque no me lo han pedido, y no estoy enamorada. Creo que una dama debe amar a su marido y que esos sentimientos sean correspondidos para que sea un buen matrimonio, y yo no he encontrado eso —dijo a medias verdades.

Aunque nunca se lo habían pedido, una vez estuvo a punto de recibir una propuesta.

—Espero que algún día se case. La señora Watkins dice que las institutrices son parias que viven al margen de la sociedad y que tampoco son aceptadas en el servicio. ¿Es usted feliz, señorita Hall? —preguntó la niña, frunciendo aún más el ceño.

Reign controló sus facciones, preguntándose qué pretendía la señora Watkins al decir tales

cosas a una niña. —Soy feliz, y estoy encantada de enseñarte, lo cual es suficiente —dijo, sin entender por qué el ama de llaves diría algo tan inquietante a una niña de cinco años. Aunque sabía que no era aceptada ni arriba ni abajo debido a su posición, había esperado estar ganando amistades entre los sirvientes, pero quizás todo estaba en su mente.

—Mi mamá ha fallecido, pero la señora Watkins dice que nadie se va realmente para siempre. ¿Cree usted eso, señorita Hall? —preguntó.

Reign frunció el ceño, preguntándose si Bellamy le habría explicado cómo funcionaban la vida y la muerte. Por las palabras de la niña, parecía que no, y ella ciertamente no sería quien lo hiciera.

—Estoy segura de que cuando seas una anciana con una vida maravillosa a tus espaldas, volverás a ver a tu mamá —dijo Reign, deseando que fuera así por el bien de la niña, si no por nada más.

—Papá extraña a mamá, y yo también la extraño —dijo, cogiendo de nuevo su trozo de tiza—. Usted tendrá que irse cuando mamá regrese. La señora Watkins dijo que a mamá no le gustan las mujeres bonitas, y usted es tan bonita, señorita Hall, que seguramente mamá estará celosa.

Reign no pudo formar las palabras para responder a semejante declaración, ni permitiría que la señora Watkins siguiera hablando con la niña de esa manera. Lo que hubiera pasado entre su señoría y su esposa en el pasado no era algo de lo que el ama de llaves debiera hablar en absoluto, y menos aún con la hija de su señoría.

—Ahora, veamos las letras —dijo Reign, volviéndose hacia su pizarra mientras escribía el alfabeto—. ¿Puedes escribirlas para mí? —le preguntó a Lady Alice y respiró aliviada cuando la niña dejó la extraña conversación.

—Ah, aquí están las dos —dijo Lord Lupton-Gage desde la puerta, sonriendo a su hija mientras esta gritaba de alegría al verlo y corría en su dirección para abrazarle las piernas.

Bellamy le guiñó un ojo y sonrió a Reign, y el placer la inundó. Deseaba poder correr también hacia él y abrazarlo como su hija era libre de hacer.

—¿Qué estamos aprendiendo esta mañana? —preguntó, levantando a su hija, que empezó a enumerar todas las lecciones que habían aprendido hasta ahora. Reign recogió el aula, preparando el espacio para el almuerzo de la niña.

—Sé que la señora Watkins tiene tu almuerzo en la guardería hoy si has terminado tus lecciones —preguntó, mirando a Reign.

Ella asintió. —Las hemos terminado, por ahora.

La niña se retorció para que la bajara y, sin decir una palabra más, corrió por el pasillo hacia la guardería.

Su señoría se quedó en la puerta, observándola, con los ojos cargados de determinación, y ella se estremeció, preguntándose qué pasaría por esa hermosa cabeza suya.

Él miró hacia el pasillo y luego entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

En el momento en que la puerta se cerró, Reign se lanzó a sus brazos. Sus bocas chocaron,

sus manos estaban por todas partes. Su cuerpo ardía con una necesidad que superaba todo pensamiento lógico. Estaban en el aula. Cualquiera, tanto el personal como Lord y Lady Chilsten, podría encontrarlos en cualquier momento, pero no le importaba.

Quería sus manos sobre ella, que la tocara, que la hiciera sentir viva después de tanto tiempo sin sentir nada en absoluto.

Durante años había llevado la vida de la solterona señorita Hall que había sufrido una temporada fallida. El pueblo de Grafton lo sabía, y sin duda Londres también.

Estar ahora aquí, en los brazos de Bellamy, era un regalo que no podía rechazar, por mucho que debiera hacerlo.

Sus manos se deslizaron por su cintura, y él la giró, presionándola contra la puerta. Su hombria presionaba contra ella a través del vestido, y el calor se acumuló en su centro.

—Te deseo tanto, Reign —murmuró contra sus labios, mirándola mientras presionaba con más fuerza contra su sexo. Una deliciosa sensación la recorrió y se aferró a sus hombros, deseándolo también.

—Sí —suspiró—. ¿Cuándo podremos estar a solas de nuevo? —preguntó.

Él la besó, profunda y largamente, su boca hambrienta tomando la de ella de una manera que la dejó sin aliento, si no sin sentido. —Esta noche. Despediré a Chambers temprano y me aseguraré de que el personal no merodee por arriba. Ven a mi habitación —dijo, besando su nariz y regalándole una sonrisa traviesa antes de dar un paso atrás.

En el momento en que él se apartó, ella echó de menos su calor, su mera presencia. Quería extender la mano y atraerlo hacia ella de nuevo, pero no lo hizo. —Lo haré —dijo.

Reign se apartó, volviendo a donde estaban las pizarras mientras su señoría abría la puerta. En el momento en que lo hizo, la señora Watkins estaba de pie al otro lado, con los ojos abiertos de par en par al verlos solos en la habitación.

Solos...

Reign controló su expresión, no queriendo que el ama de llaves la odiara más de lo que ya lo hacía, ni tampoco necesitaba que pensara que había algo entre ella y Lord Lupton-Gage. Su vida laboral sería aún más difícil si lo hacía.

—Señora Watkins —declaró su señoría, saliendo al pasillo—. ¿Me buscaba? La señorita Hall y yo acabamos de discutir sobre el aprendizaje de Alice. —Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a la mujer mayor, cuyo semblante descontento era evidente para ambos.

—Lady Alice desearía que se uniera a ella, mi señor. Dije que vendría a preguntarle. —Lanzó una mirada de desaprobación en dirección a Reign.

—Muy bien, iré de inmediato —dijo, mirando de nuevo a Reign—. Buenas tardes, señorita Hall.

Reign hizo una reverencia. —Que tenga un buen día, mi señor —dijo antes de que sus pasos secos resonaran por el pasillo.

Tan pronto como se fue, la señora Watkins se volvió hacia ella. —No sé qué juego está

jugando, señorita Hall, pero este no es para usted. Su señoría no puede casarse con usted y no lo haría aunque pudiera. Debe, por su propia reputación, detener cualquier locura que haya presenciado hoy.

Durante varios momentos, Reign no pudo hablar. Nunca antes en su vida la habían confrontado de manera tan directa. Y aunque admiraba a la mujer mayor por su atrevimiento, ya era demasiado tarde para la advertencia.

Conocía los riesgos que corría y sabía que su señoría no se casaría con ella para proteger a su hija de más escándalos. Y aunque tales verdades dolían, no eran suficientes para asustarla y alejarla de aferrarse a la más mínima cantidad de felicidad que pudiera mientras estuviera aquí.

—Como su señoría ha dicho, simplemente estábamos discutiendo la educación de Lady Alice. No aprecio su acusación, señora Watkins. Pensaba mejor de usted —dijo, esperando que su fría respuesta tomara a la mujer mayor por sorpresa.

No fue así.

—Es usted una mujer insensata, lo cual no creía en nuestro primer encuentro, pero veo que me equivoqué. Pagaré un alto precio por esta locura que no terminará como desea. No diga que no se lo advertí, señorita Hall. Y no venga llorando a mí cuando necesite ayuda —dijo, girando sobre sus talones y dejando a Reign sola.

Reign suspiró, desplomándose en la pequeña silla para niños. Estaba siendo insensata y posiblemente se arrepentiría de sus acciones, pero tampoco podía detener esta locura. Bellamy era un elixir del que no podía desengancharse. Y justo en este momento, no quería hacerlo, sin importar lo que pensarán la señora Watkins o cualquier otra persona.

CAPÍTULO DIECISÉIS

BELLAMY CAMINABA de un lado a otro en la biblioteca la mañana siguiente después de que Reign no acudiera a su dormitorio la noche anterior. Envío una nota solicitando su presencia una vez que las clases de Alice hubieran terminado por el día, y entonces averiguaría el motivo.

No es que no tuviera ya una buena idea de por qué no había acudido a él.

Al parecer, su ama de llaves había estado escuchando en la puerta del aula ayer, y si ese fuera el caso, habría oído su conversación detrás de esas pocas pulgadas de madera.

No es que fuera a hablar, perdería su trabajo si sus labios empezaran a chismorrear por la casa, pero eso no significaba que no hubiera advertido a Reign que se mantuviera alejada.

Lo cual, para su fastidio, parecía haber sido el caso y había funcionado.

Se oyó un suave golpe en su puerta. —Adelante —ladró, tomando un respiro para calmarse cuando Reign entró en la habitación, sus ojos abiertos de par en par ante su tono.

—Pase, señorita Hall —dijo, con un tono más suave—. Siéntese aquí. —Señaló la silla frente a su escritorio antes de sentarse, tratando de elegir sus palabras cuidadosamente y en un tono que no fuera tan molesto como se sentía.

No es que tuviera derecho a estar molesto. Reign no le debía nada, ni siquiera lealtad, si ella elegía lo contrario. Le había dicho que no se casaría con ella. El escándalo era su excusa y esa era la verdad. Pero podría ignorar todo lo que los demás pensarán y dijeran sobre su matrimonio con ella y hacer lo que quisiera.

Casarse con ella.

Era un canalla incluso por entrar en cualquier tipo de relación con Reign y no ofrecerle nada. Ella merecía mucho más de lo que él le estaba dando.

Ella se sentó, juntando las manos en su regazo. Parecía incómoda, y él odiaba ponerla en esta posición.

—No viniste a mí anoche. ¿Hay algo que te preocupe? —preguntó, sabiendo que lo había y estando seguro de que conocía la razón.

Ella bajó la mirada a sus manos, retorciéndolas, y le costó toda su paciencia no exigir saber qué había sucedido en el momento en que dejó el aula ayer por la tarde.

—Creo que la señora Watkins sospecha de nosotros, y me ha advertido que me aleje de

usted. Afirmó que si lo que buscaba era el matrimonio, no lo conseguiría —dijo, encontrándose con sus ojos solo una vez durante su explicación.

Él se pasó una mano por el pelo. Debería enfrentarse a su ama de llaves y decirle que se ocupara de sus malditos asuntos, pero su ama de llaves tenía razón al advertir a Reign que se alejara. Y él estaba equivocado al tratar de seducirla de vuelta a su lado.

—Has sido honesto conmigo —continuó ella—. Entiendo por qué nunca podremos casarnos. —Hizo una pausa, mordiendo el labio y mirando hacia el jardín desde las ventanas de su biblioteca—. Adoro a Lady Alice y no desearía lastimarla tampoco por el escándalo que estallaría en Londres si se enteraran de nuestra unión. De que te casaras con la institutriz de tu hija después de que tu esposa fuera menos que discreta en el extranjero, pero sigue siendo un recordatorio de que eres lo que nunca tendré. Por mucho que nos unamos en secreto, nunca me reconocerás en público. Creo que la señora Watkins me recordó ese hecho más que cualquier otra cosa.

Aunque su ama de llaves sabía mucho sobre su finca de campo aquí en Derbyshire, no conocía toda la verdad. No sabía que él se preocupaba por Reign más allá de la razón. Ella lo era todo para él y tenerla aquí en su finca solo había duplicado la verdad de sus sentimientos.

Cásate con ella...

—Sé que estoy siendo un canalla. No debería tocar ni un pelo de tu inocente cabeza, y sin embargo, no puedo mantenerme alejado. Al igual que no pude mantenerme alejado cuando estábamos juntos en Londres.

Ella encontró su mirada, y el dolor y la decepción que leyó en sus ojos azules lo partieron en dos. No quería que ella estuviera molesta, que estuviera dividida entre lo que era correcto e incorrecto, lo que debía hacer frente a lo que se esperaba de ella.

—Lo sé —suspiró ella—. Siento lo mismo por ti. Aunque la señora Watkins me advirtió, todo el tiempo seguí pensando que no me importaba. No realmente. Solo me mantuve alejada anoche porque la señorita Rivers, la fregona de mi piso, durmió con la puerta abierta, y tenía que pasar por su habitación para llegar a las escaleras. Creo que la señora Watkins la incitó a ello y le pidió que me vigilara toda la noche.

Bellamy apretó los dientes ante la irritante y entrometida ama de llaves que empleaba. Debería saber cuál era su lugar e ignorar lo que él hacía con su personal.

El pensamiento lo avergonzó.

Pensar de esa manera era injusto y no algo que él aprobaría. La señora Watkins estaba en su posición por una razón, y el bienestar de su personal era primordial.

—Debería trasladarte de vuelta al primer piso —dijo.

Reign se puso de pie de un salto, rodeando el escritorio para pararse frente a él. —No, no debes. Eso me hará parecer aún más la tonta enamorada de lo que ya parezco para todos los de abajo.

—La señora Watkins no es todo el mundo —dijo, extendiendo la mano para tomar la de ella

y entrelazar sus dedos.

—Sabes a qué me refiero. —Ella esbozó una pequeña sonrisa de resignación—. Ya no soy muy querida, y tu mayordomo desaprueba mi presencia. Estoy segura de que piensa mal de mí —dijo, sacudiendo la cabeza—. No, debo quedarme donde estoy para disminuir las sospechas —le informó.

—Hablaré con ambos y me aseguraré de que no seas acosada. Y si lo deseas, me mantendré alejado de ti. Mantendremos nuestra asociación platónica y profesional solamente. —Las palabras sabían a vinagre en su lengua, pero tenían que ser dichas. No quería que Reign se sintiera incómoda bajo su techo, ni quería que pensara que solo la quería por una cosa.

No era así.

Si tuviera la opción, si pudiera alterar el tiempo, cambiaría todo su pasado. Haría que Reign fuera la mujer con la que lo atraparon en Londres. Se casaría con ella, tendría hijos con ella.

Ella sería una madre maravillosa, al igual que era una excelente institutriz.

Ella se acercó más a él, y tuvo que reclinarse en su silla para mirarla. —No quiero que me ahuyente de ti alguna ama de llaves. Me gusta lo que tenemos, lo que estamos haciendo juntos —dijo, con una sonrisa pícaro en los labios—. Perdí lo que quería debido a los actos egoístas de otra persona hace muchos años. No me dejaré intimidar para alejarme de la poca felicidad que puedo tener ahora mientras esté aquí. Estoy harta de que la gente determine mi vida y me diga lo que puedo y no puedo hacer. Haré lo que quiera, y esa es mi elección.

Él la miró fijamente, incapaz de creer, de esperar, que hablara en serio.

La ira palpitaba en ella ante la idea de que Bellamy fuera apartado de ella una vez más. Si eran cuidadosos, no estallarían ningún escándalo y podría estar con él mientras permaneciera aquí.

Lo cual, si su mísero salario era un indicador, podría ser más tiempo del que esperaba.

Pero no importaba, no le importaba vivir en el hermoso Distrito de los Lagos, ni tampoco le importaba tener a Bellamy en su cama.

—¿Realmente lo dices en serio? —le preguntó, atrayéndola hacia su regazo.

Ella asintió, deslizándose sus brazos alrededor de su cuello y jugando con el cabello de su nuca. —Lo digo en serio. Cada palabra. Sé lo que acordé y qué precio estaba dispuesta a pagar para estar contigo. No estamos rompiendo ningún voto. Eso es suficiente para mí —dijo, inclinándose hacia adelante y besándolo rápidamente.

Él le sujetó la nuca y la mantuvo cerca, profundizando el beso.

El calor se acumuló en su centro, y se removió, necesitando estar más cerca. El toque de él se deslizó por su pierna, y agarró una buena porción de su vestido, arrastrándolo sobre su muslo. El aire fresco besó su piel, y la expectación vibró en sus venas.

¿Qué maldad tendría ahora bajo la manga?

Ella encontró su mirada, viendo la picardía ardiendo en sus ojos azules.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, inhalando sorprendida cuando su mano rozó su sexo.

—Oh, mi querida. Lloras por mí aquí —dijo, provocándola aún más.

Ella gimió. ¿Siempre sería así con él? ¿Siempre anhelaría su toque, sus besos?

—Dime qué vas a hacer —le suplicó, como una descarada.

—Ya lo verás —la provocó, separando más sus piernas.

Reign se quedó quieta, su cuerpo al borde de la expectación antes de que su mano se deslizara sobre su monte de Venus y a través de su sexo, presionando hacia arriba en una caricia provocadora.

Ella gimió de nuevo, elevándose hacia su toque. —Sí —respiró—. Quería esto. Necesito esto de ti.

Él hundió sus dedos en su sexo, observándola mientras la tomaba con su mano. Jugaba y provocaba su sexo con exquisita habilidad. Reign se mordió el labio mientras su toque la llevaba hacia el clímax.

Ahora que sabía qué placer podía tener, no podía saciarse de Bellamy. Ni le negaría nada.

Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

—No te detengas —suplicó, besándolo. Sus lenguas se enredaron, su respiración se volvió una. Él era todo un dulce pícaro enloquecedor, el hombre que siempre había adorado y que ahora ocupaba mucho más que simple afecto en su corazón.

No quería nombrar las emociones que se arremolinaban dentro de ella, pero aun así, estaban allí, ardiendo, anhelando, queriendo salir.

—Me llevas a la distracción —dijo él, sus ojos salvajes de determinación.

Reign se empujó contra él, buscándolo más profundo, más fuerte, más rápido. El placer estalló dentro de ella, vibrando a través de su cuerpo. —Bellamy —jadeó, aferrándose a él, esperando no gritar demasiado fuerte para que alguien la oyera.

—Disfrútame, mi querida —dijo, el apelativo cariñoso haciendo que su corazón latiera más rápido. La satisfacción de escuchar las palabras casi más placentera que el acto en sí. Ella cabalgó su mano, sin importarle cómo se veía o si los descubrían. Su centro se enfocó en el hombre en sus brazos y en nadie más.

Y dudaba que volviera a enfocarse en alguien más de nuevo.

CAPÍTULO DIECISIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Bellamy estaba sentado en su escritorio, revisando los libros de contabilidad que su administrador le había dejado para su consideración, cuando una carta dirigida a la señorita Hall llamó su atención en la bandeja de plata.

La tomó y leyó la inscripción, notando que estaba marcada como proveniente de Grafton. ¿Tendría algo que ver con la venta de su casa?

Tocó la campana, convocando a un lacayo que entró de inmediato.

—Mi lord —dijo el joven desde la puerta.

—Busque a la señorita Hall y tráigala a la biblioteca. Tiene correspondencia —dijo, queriendo explicar en caso de que su ama de llaves hubiera estado soltando la lengua abajo.

El joven asintió, apresurándose a cumplir su petición, y poco después Reign llamó y entró.

Él le hizo un gesto para que se sentara frente a él.

Su tímida sonrisa hizo que su corazón latiera rápido, y agradeció los pocos metros de caoba que los separaban. No podía mantenerse alejado de ella en el mejor de los casos, y no era diferente incluso ahora cuando tenían asuntos que discutir.

Se habían unido justo ayer en esta misma habitación, y no podía volver a correr tal riesgo, ciertamente no cuando la puerta permanecía sin llave y parcialmente abierta.

—¿Mi lord? —preguntó ella—. ¿Está todo bien?

Él asintió, queriendo tranquilizarla. —No hay nada malo entre nosotros —susurró, sonriéndole—. Pero hay noticias de Grafton. Ha llegado una carta para ti, y pensé que quizás desearías leerla para ver de qué se trata. —Le deslizó la carta.

Sus ojos se agrandaron ante la noticia, y miró la carta antes de inclinarse hacia adelante y tomarla. —Parece ser del señor Turnball, el magistrado local que se está encargando de la venta de mi casa. Era un buen amigo de papá y me había estado ayudando con mis finanzas, o la falta de ellas, antes de que viniera aquí —explicó, rompiendo el sello.

Él la observó leer la misiva, un ceño frunciendo su frente. Ella lo miró antes de volver a mirar la carta. —¿Está todo bien, Reign? —preguntó, cada vez más preocupado por su silencio.

—No lo entiendo —dijo al fin, estudiando el pergamino—. No conozco a ningún señor Gerald Hall de Brighton. Estoy segura de que tienen al pariente equivocado —dijo, colocando la

misiva de vuelta en el escritorio.

—¿Mensaje equivocado para quién y sobre qué? —le preguntó de nuevo.

Ella encontró su mirada, deslizando la carta por el escritorio hacia él. La escaneó rápidamente, sorprendido por lo que estaba leyendo. —Dice que tu casa se ha vendido, y que un pariente lejano les ha dejado a ti y a dos primas tuyas, varias veces removidas, fondos de su patrimonio. —Encontró sus ojos, viendo que ella aún tenía dudas—. Dice que has heredado cien libras. Estas son buenas noticias, Reign —dijo, esperando que ella estuviera feliz—. Tienes suficientes fondos para irte a América si eso es lo que aún deseas. O —sugirió, luchando por mantener la sonrisa fuera de sus labios—, podrías regresar a Londres con Lady Chilsten, como una mujer con cierta independencia, para tener otra Temporada.

—Pero ¿por qué tendría otra Temporada? —argumentó ella—. No quiero que nadie me corteje. Estoy bastante feliz con quien ha captado mi atención aquí —bromeó, con picardía en su mirada. Se mordió el labio, leyendo la misiva de nuevo—. Aunque es una buena suma de dinero y suficiente para mantenerme por un tiempo, hay mucho que considerar.

—Y no necesitas decidir de inmediato —añadió él, quizás con más entusiasmo del que debería. Ciertamente no quería que se fuera a América, pero entonces ¿qué? ¿Deseaba que se quedara? ¿Que se convirtiera en su amante?

El pensamiento lo avergonzó. No podía hacerle eso a ella tampoco. No después de todo lo que había pasado y perdido. —La carta menciona los nombres de la señorita Evie Hall y la señorita Arabella Hall. ¿Conoces a alguna de las damas? —le preguntó, sin haber oído hablar de ellas él mismo. Era dudoso que cualquiera de las mujeres hubiera tenido Temporadas en Londres o fuera parte de la sociedad—. ¿Tal vez te gustaría conocerlas antes de decidir si dejar Inglaterra o no?

—No las conozco, pero me gustaría, pero no dice mucho sobre ellas en la carta, solo que ambas estaban en servicio en el sur de Inglaterra. —Suspiró—. Tal vez nacieron de caballeros de campo como yo, pero también cayeron en tiempos difíciles. —Se encogió de hombros—. De cualquier manera, parece que tuvieron que irse a trabajar. Es una lástima que las mujeres siempre carguen con el peso de los errores de los hombres, ya sean financieros o emocionales.

Bellamy encontró su mirada y vio el momento en que ella comprendió sus propias palabras y cómo se relacionaban con él. Un punto justo y uno del que no la disuadiría.

—Ciertamente he tomado malas decisiones en el pasado, pero estoy tratando de enmendarlas, para que mi hija no sufra la misma decisión que tú tuviste que tomar. Tal vez no en cuanto a la riqueza, pero ciertamente en cuanto a la posición. Desearía que hubiera sido diferente para ti, Reign. Cuando pienso en lo mucho que has luchado estos últimos años, el solo pensamiento me repugna.

Reign asintió, deseando que a él no le importara tanto lo que pensarán los demás o lo que la sociedad esperaba de hombres y mujeres. Si no fuera así, podría haber habido una posibilidad de que le hubiera ofrecido matrimonio después del año de luto por su esposa, pero no lo había

hecho.

Tan traumatizado o enojado por la conducta de su esposa significaba que todos los demás, incluso ella misma, tenían que pagar por los pecados de Lady Lupton-Gage.

Él no se casaría con ella, ciertamente no ahora que era una institutriz. Incluso si regresaba a Londres con Lady Chilsten, eso no significaba que la gente creería lo que se había dicho de ella durante la fiesta en la casa. Durante años había trabajado como institutriz en Grafton, ciertamente eso nunca había sido un secreto.

Debería tomar su pequeña herencia, visitar a sus primas que nunca supo que tenía, y dejar Inglaterra. Empezar de nuevo. Casarse con un hombre al que no le importara lo que la vida les había arrojado y vivir al máximo.

Se recostó en la silla, mirando por las ventanas, debatiendo hacer justamente eso.

—Soy un hombre egoísta. Sé que lo soy, pero no quiero que te vayas. Quiero mantenerte aquí para siempre.

—Entonces cástate conmigo —le pidió ella, ya no dispuesta a ignorar su aflicción—. Cástate conmigo, y podré quedarme. Si no, sabes que tendré que irme, ya sea a América o a Londres. Quizás no hoy ni la semana que viene, pero en algún momento tendré que dejarte.

Las palabras dolían al pronunciarlas, pero eran la verdad. Su miedo a casarse con alguien de clase inferior, a causar más escándalo a su nombre y a su hija, guiaba todos sus pensamientos y acciones, excepto con ella. Ella era su talón de Aquiles, su pasado, quizás alguna vez la mujer que había tenido su corazón y nunca lo había soltado. Era la razón por la que se había conformado con esta aventura amorosa secreta, porque cuando se trataba de ella, no podía decir que no.

Se echó hacia atrás en su silla, observándola, y el vello de la piel de ella se erizó ante su mirada salvaje y hambrienta. Tragó saliva, de repente nerviosa, como si estuviera en una situación peligrosa de la que no sabía cómo escapar.

Levantó la barbilla, enfrentando su mirada directamente. —¿No es así, mi señor? —preguntó, exigiendo una aclaración.

Él se levantó de su asiento y se acercó a ella. Se recordó a sí misma que él no le haría daño, aunque sus palabras pudieran haber revelado verdades que él no quería escuchar. No quería enfrentar.

La levantó de su silla y la atrajo hacia él con fuerza. —Sabes que me habría casado contigo si la difunta marquesa no se hubiera asegurado de que no lo hiciera. Te quería como mi esposa, mi amante, todo, pero ahora todo es diferente. No es solo en nosotros en quienes tenemos que pensar. Sé que esto te duele. Me desgarrar por dentro —dijo, apoyando su frente contra la de ella, su abrazo inquebrantable—. Desearía que nunca hubieras venido aquí como institutriz. No puedo añadir más al escandaloso nombre de mi familia casándome contigo.

Reign le sujetó el rostro, obligándole a mirarla. —Lo que estamos haciendo es injusto para ambos, pero sobre todo para mí. Yo asumo el riesgo, y mi reputación no se salvará si quedo

encinta. Una elección que hice para estar contigo, lo sé, pero es una locura, Bellamy. No puedo ser tu amante para siempre. Seguramente no es eso lo que quieres para mí. Me respeto demasiado a mí misma como para continuar así eternamente. Casarte conmigo reduciría el escándalo si se descubriera que me acuesto contigo y soy la institutriz de tu hija.

Un músculo se tensó en su mandíbula mientras consideraba sus palabras. —Lo entiendo. — Suspiró, alejándose para mirarla. Sus manos se apartaron de su cintura y en su lugar se arrodilló.

Reign lo miró fijamente. Su cuerpo temblaba mientras él encontraba sus ojos y tomaba su mano. —Tienes razón, señorita Hall. No puedo, como caballero, permitir que sigas viviendo en tal pecado. No sería mejor que un canalla. No permitiré eso ni para ti ni para mí, así que ¿te casarías conmigo? Yo soy el caballero, después de todo. Debería ser yo quien proponga matrimonio —bromeó.

CAPÍTULO DIECIOCHO

REIGN LO MIRÓ, atónita durante varios momentos. —¿Hablas en serio? ¿Estás dispuesto a desmentir cualquier rumor sobre mi presencia aquí? ¿Defender mi honor? —bromeó, sonriendo.

Bellamy asintió, nunca había estado más seguro de algo en su vida. Pero no podía perder a Reign otra vez, hubiera escándalo o no. No podía verla devastada de nuevo por su decisión.

—Hay formas de limitar cualquier escándalo que pueda surgir. Mi mentira sobre que eres una invitada aquí en la fiesta de la casa es afortunada.

Ella frunció el ceño y lo hizo ponerse de pie. —¿Mentiste sobre mí? ¿Cuándo? —le preguntó.

Él le rodeó la cintura con los brazos, disfrutando cada vez más el hecho de que ya podía tocarla como quisiera. —Me preguntaron por ti cuando un invitado te vio en los jardines. Me puse nervioso y dije que habías llegado con Lady Chilsten pero que no te sentías con ánimos de participar en los juegos de salón y las excursiones.

Reign empezó a reírse y luego a carcajearse, y él puso los ojos en blanco. —Lo sé, ahora que lo oigo suena absurdo, pero me entró el pánico y fue lo primero que se me ocurrió —explicó.

—No me avergüenzo de ser institutriz, Bellamy. Hay profesiones peores que podría haber conseguido.

Él la estrechó con más fuerza, sin querer imaginar semejante tragedia. —No digas esas cosas. No puedo soportarlo. —Hizo una pausa—. Lord y Lady Chilsten siguen aquí, y Lady Chilsten es hermana de muchas familias influyentes en Inglaterra. Con algo de ayuda, la idea de que alguna vez estuviste empleada aquí puede ser aplastada y olvidada pronto. Diremos que llegaste, que cortejamos como lo hicimos una vez en Londres, y que nos vamos a casar.

Su felicidad prácticamente resplandecía en su piel, y él suspiró aliviado, sabiendo que era suya de nuevo.

Su corazón.

Su amor.

¿Amor?

La palabra rebotaba en su mente, y sin embargo no le asustaba. Si acaso, le motivaba y le iluminaba para luchar por su redención. Para que volviera al centro de la sociedad y al lugar que

siempre debería haber sido suyo.

—Para ser un caballero que solo pensaba en proponer matrimonio, pareces tenerlo todo en orden y resuelto. —Su sonrisa iluminó la habitación y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Hablas en serio, Bellamy? ¿De verdad quieres casarte conmigo? —le preguntó de nuevo.

Él asintió, el desbordante gozo que sentía le decía que este había sido el camino correcto desde el principio. —Di que sí, Reign, para que pueda besarte —bromeó, sintiéndose más feliz y vivo de lo que había estado en años.

Siempre habían estado destinados a estar juntos. Siempre habían estado destinados a casarse. Si Sally y sus artimañas no los hubieran separado, se habrían casado hace años.

Pero ahora nada se interponía en su camino.

—Sí —le respondió ella—. Sí, me casaré contigo.

Él la atrajo hacia sus brazos, tomando sus labios en un beso que quedaría grabado para siempre en su mente. Ella le devolvió el beso, y él pudo sentir la humedad de sus lágrimas en sus mejillas.

Su corazón estalló con lo que sentía por la mujer en sus brazos. La había lastimado varias veces, pero ya no más. A partir de hoy, asumiría sus errores y los fallos de su pasado y seguiría adelante. Lucharía por lo que quería.

Lucharía por ella...

—Oh, disculpen —dijo Lord Chilsten desde la puerta.

Bellamy soltó a Reign de mala gana, y ella se volvió hacia sus invitados no deseados, con las mejillas encendidas.

—Lord y Lady Chilsten —murmuró, con los ojos muy abiertos por la alarma—. Estábamos... estábamos discutiendo...

—Nuestro próximo matrimonio —soltó Bellamy, tomando la mano de Reign—. Y necesitaré su ayuda en Londres para asegurar que el escándalo de casarme con la institutriz de mi hija no eclipse lo que siento por la mujer que será mi marquesa —dijo.

Lady Chilsten aplaudió y corrió hacia Reign, abrazándola con fuerza, ambas damas riendo y hablando simultáneamente de modo que ni siquiera Bellamy podía entender lo que decían.

Lord Chilsten se acercó a él, sonriendo. —Felicidades, amigo mío. Me alegro de que hayas entrado en razón y hayas tomado una decisión que será buena para ti y para tu hija. —Se dirigió a la licorera de brandy, sirvió cuatro copas y le entregó una a Bellamy—. ¿Cuál es ese plan tuyo? —preguntó antes de volver para entregarles una copa también a Lady Chilsten y a Reign.

—Bueno, en cuanto a eso —dijo, explicando lo que le había contado a Reign anteriormente sobre cómo ella nunca estuvo aquí como institutriz sino como invitada que vino a visitar a Lady Chilsten y no tanto a participar en la fiesta de la casa.

—Es una idea sensata y coincide con tu mentira, Lord Lupton-Gage —reprendió Julia—. Creo que podemos hacerlo funcionar, siempre y cuando Reign regrese a Londres con nosotros, y tú la sigas para hacer publicar las amonestaciones en la ciudad. Un ataque unificado contra

cualquier posible chisme es lo que necesitamos hacer, pero creo que es viable. Siempre y cuando tu personal no diga nada sobre que la señorita Hall trabajó aquí estas últimas semanas.

—Me ocuparé de los sirvientes y me aseguraré de que nadie mencione que estuvo aquí antes de la fiesta de la casa. Pero mi personal nunca me ha dado motivos de preocupación antes. Estoy seguro de que no querrán hacerlo cuando se enteren de mi decisión —dijo, encontrándose con la mirada de Reign y viendo la incertidumbre en ella.

—La señora Watkins no me aprecia, Bellamy. No estoy tan segura de que esté de acuerdo con tu propuesta de que me convierta en su señora. Me advirtió que me alejara de ti hace solo unos días, ¿recuerdas?

Bellamy apretó los dientes, sin apreciar que la señora Watkins interfiriera en su vida y sus decisiones. Se ocuparía de la situación con ella primero antes de que partieran hacia Londres.

—Hablaré del asunto con todos ellos, pero ahora brindemos por nuestro compromiso —dijo Bellamy, atrayendo a Reign a su lado y abrazándola. No le gustaba cuando ella estaba tan lejos, y la idea de que viviera con Lord y Lady Chilsten en Londres, ya no bajo su techo, hacía que la publicación de las amonestaciones fuera más urgente de lo que pensaba inicialmente.

—Por nosotros —dijo, levantando su copa—. Por nuestro matrimonio y nuestra futura felicidad.

Los demás vitorearon, bebiendo de sus copas. —Por ustedes dos. Les deseamos mucha felicidad —declaró Lady Chilsten—. Y ahora a Londres, donde podremos avanzar con este día especial más pronto que tarde —bromeó.

Reign se rio, y Bellamy inclinó la cabeza, robando un beso a su futura esposa. —No podría estar más de acuerdo.



PARTIERON hacia Londres dos días después, y Reign observó cómo Bellamy se acomodaba en su asiento frente a ella. Él había solicitado y obtenido su compañía en el carruaje hasta que llegaron a la primera posada para pasar la noche.

—Sabes que no deberías haber exigido a Lord y Lady Chilsten que me permitieran viajar contigo sin doncella. Es muy escandaloso, y todos sabemos cuánto detestas el escándalo —le provocó.

Él le devolvió la sonrisa, y ella negó con la cabeza ante su atrevimiento. Era imposible negarle algo a ese hombre. Parecía que ni siquiera sus amigos podían rechazarle ninguna petición.

—Te quería conmigo, y estamos tan al norte que no surgirá ninguna desgracia, nada que se vea en todo caso —dijo, moviendo las cejas—. Llegaremos a Londres, anunciaremos nuestro compromiso, aplastaremos cualquier comentario sobre que fuiste institutriz, y todo estará bien.

Ella arqueó una ceja, no tan segura de que todos en Londres creyeran su historia. No cuando

los invitados de las fiestas hablaban con los sirvientes, y Reign no era tan ingenua como para no pensar que Lady Miller había hecho esa pregunta durante su estancia.

Extendió la mano y tomó la de él. —Incluso si hay un escándalo, Bellamy, no durará para siempre. Ciertamente, no durará trece años hasta que Alice haga su presentación en sociedad. Para entonces, la alta sociedad tendrá cosas mucho más interesantes en las que hincar el diente. Por favor, no te preocupes demasiado —dijo, esperando que la escuchara y olvidara a su difunta esposa y todos los problemas que causó. Nada de eso fue culpa suya, y no debería cargar con ese peso.

—¿Estás diciendo, señorita Hall, que crees que me preocupo demasiado? —Se frotó el estómago, haciendo una mueca—. Mi médico me sugiere que deje de atormentarme, pero es un hábito difícil de romper. Lo he estado haciendo durante tanto tiempo.

Demasiado tiempo, en opinión de Reign. Esperaba que, con el tiempo, pudiera librar a Bellamy de cualquier pensamiento o recuerdo de su difunta esposa. Ella no había sido digna del título en primer lugar.

Reign se deslizó para sentarse a su lado. Los ojos de él se oscurecieron de expectación y el aire se espesó con la necesidad. —¿Le gustaría que lo distrajera, mi lord? —preguntó en un tono seductor, pasando su mano por la chaqueta de su traje.

Él levantó una ceja, con asombro en los ojos. —¿Qué tenías en mente? —preguntó.

Ella deslizó su mano por su abdomen, disfrutando de la sensación de su forma musculosa bajo su palma antes de tocar su muslo. Pero no se detuvo ahí. En su lugar, tocó el bulto creciente en sus pantalones, acariciándolo como a él le gustaba.

Él cubrió su mano con la suya, presionando más fuerte contra su hombría. —Me deshaces, Reign —dijo, bajando la mirada a sus labios de una manera que hizo que el calor se acumulara en su núcleo.

Sin pensarlo, se deslizó hasta arrodillarse frente a él. Alcanzó su bragueta, desabotonando sus pantalones, deseando verlo, contemplar lo que le daba tanto placer.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, deteniendo su mano.

—Quiero verte —admitió ella.

—¿Y hacer qué? —Se rio, abriendo de un tirón los últimos botones y liberándose. Su miembro saltó libre, irguiéndose contra su estómago, y fue el turno de ella de humedecerse los labios.

—¿Acaso sabes lo que se puede hacer? —preguntó, acariciando su miembro con la mano en largos y lentos movimientos.

Reign negó con la cabeza, sin tener idea, pero empezaba a preguntarse si lo que estaba imaginando era posible. —No, pero estoy segura de que me lo dirás, ¿no es así?

Sus ojos se oscurecieron aún más, y su respiración se aceleró. —Algunas mujeres toman al hombre en su boca. Besan su longitud, lo acarician con su lengua, lo succionan para volver loco de deseo al hombre.

Las imaginaciones de Reign habían sido correctas, y la idea de hacerle eso a Bellamy, de tenerlo bajo su control total, era un elixir que no podía negarse a sí misma.

—¿Me dejarás? —Se acercó más, apartando la mano de él de su hombría y reemplazándola con la suya—. Déjame tomarte en mi boca, Bellamy. Quiero darte tanto placer como tú me has dado a mí.

Él emitió un sonido profundo y gutural que hizo cantar su sangre. —Lo disfrutaría mucho, pero no te obligaré. Solo si realmente lo deseas.

Reign asintió, acercándose aún más. —Oh, lo deseo —dijo.

Se inclinó, besando la cabeza púrpura de su hombría. Saltó contra sus labios, y ella sonrió antes de lamer la pequeña gota de líquido perlado que se acumulaba en su punta.

Salado pero no desagradable.

—Oh, Dios mío —gimió Bellamy, aferrándose a los asientos, con los nudillos blancos. ¿Era lo que ella estaba a punto de hacer tan poderoso que lo dejaría tan distraído?

Un pensamiento embriagador, sin duda.

Sin perder un momento más, tomó la cabeza de su pene en su boca, succionándolo.

—Reign —gimió él, llevando su mano hacia el cuello de ella, con los dedos enredándose en su cabello y enviando una multitud de horquillas al suelo del carruaje.

Ella succionó con más fuerza, moviéndose para tomarlo más profundamente en su boca antes de caer en un ritmo que les convenía a ambos. Su virilidad creció, endureciéndose en su boca, y ella lo provocó, lo lamió y sopló sobre su miembro antes de acariciarlo con su mano.

Sus atenciones parecían favorables. Bellamy apoyó la cabeza contra los cojines, con los ojos cerrados, su respiración irregular y rápida.

—Me encanta complacerte —Reign aumentó el ritmo, tomándolo aún más profundo, trabajándolo con su boca y su mano, deseando hacerlo perder el control como él lo había hecho con ella en su regazo con su mano.

La idea de que lo que él había hecho con su mano también podría hacerse con su boca hizo que la humedad se acumulara entre sus piernas, y las apretó, deseándolo, incluso ahora cuando estaba decidida a hacerlo desmoronarse en su boca.

—Reign —gimió él, embistiendo en su boca—. Estoy cerca.

—Mmmm —murmuró ella, sin detener su asalto.

—Ah, mierda —juró él, mientras un líquido caliente y abundante se derramaba en su boca. Fuera lo que fuera lo que Reign esperaba, no era esto, pero aun así, estaba encantada de haberlo hecho desmoronarse en sus brazos tal como había esperado.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—ME TOCA —gruñó prácticamente, levantando a Reign de sus rodillas para colocarla en los cojines frente a él. Ahora era su privilegio hacerla llegar al clímax, encontrar el placer.

Con su boca.

Le subió el vestido, acumulándolo en su cintura. La arrastró hacia el borde del asiento, dándole lo que necesitaba para brindarle placer, para saborear y disfrutar cada deliciosa cosa de su futura esposa.

Ella lo observaba, con una luz traviesa y curiosa en sus ojos, y él le separó más las piernas, colocándolas sobre sus hombros para poder deleitarse con su sabor.

—Eres inescrupuloso, Bellamy —suspiró ella, mordiéndose el labio. Su mano se deslizó por el cabello de él, apartándoselo de la cara, y él le lanzó una mirada que prometía retribución por el absoluto placer que le había proporcionado.

—No tienes ni idea, querida. —Bajó la cabeza, besando a lo largo de sus piernas, turnándose con cada una para asegurarse de que ambas fueran bien amadas. Su sexo brillaba de necesidad y él pasó sus dedos por encima, provocándola, tentándola.

Demonios, quería saborearla.

Ella gimió, se acercó más y él sonrió con satisfacción. —Disfrutarás esto, te lo prometo —dijo, bajando la cabeza. Lamió su sexo, provocando su botón con la lengua, lamiéndolo y succionándolo alternativamente.

Ella jadeó, ondulando contra su boca, y el deseo lo recorrió por segunda vez. Su miembro se endureció, más que listo para tomarla, para llevarlos a ambos a un éxtasis absoluto.

—Sabes tan dulce como el vino con miel —dijo, aumentando sus caricias, sus embates contra su sexo.

—Bellamy —jadeó ella—. Esto es una locura, pero lo adoro. Quiero más.

Él sonrió y la empujó hacia el clímax que más disfrutaba. Ver y oír a una mujer deshacerse por su boca era el espectáculo más exquisito que un hombre podía disfrutar. Ella se humedeció aún más, sus movimientos se volvieron audaces y feroces, y él supo que no estaba lejos del orgasmo.

—Sí, Bellamy —jadeó ella, su cuerpo buscando la liberación, sin importarle nada más.

Él la devoró, la lamió y la besó, la succionó y disfrutó extrayendo hasta la última gota de satisfacción que ella pudiera tener. Sus gemidos y suaves suspiros de deleite lo llenaron de alegría, música para sus oídos.

—Te deseo —dijo ella, agarrando las solapas de su abrigo y atrayéndolo hacia ella. Lo besó con fuerza, sus lenguas enredándose en una danza de deseo.

Bellamy se bajó aún más los pantalones y se hundió profundamente en su sexo. Gimieron al unísono. La sensación de estar dentro de ella, su húmedo y apretado sexo provocándolo, era demasiado.

La tomó, embistió en ella con golpes implacables mientras el carruaje traqueteaba por el camino. Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y se aferró a él, tomando lo que le daba, y se perdieron en la sensación del uno en el otro.

—Eres tan hermosa —dijo él—. Te deseo. Siempre. Siempre te he deseado solo a ti y a nadie más.

Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre mientras su interior se contraía alrededor de su miembro, arrancando su liberación junto con la de ella. Él silenció sus gritos con besos y ahogó sus gemidos de éxtasis para que nadie los oyera.

Durante varios minutos permanecieron entrelazados antes de que él se desplomara en el asiento, ajustándose los pantalones. Reign se sentó a su lado, bajándose el vestido e intentando arreglarse el cabello lo mejor que pudo.

Ella lo miró, con las mejillas rojas y una sonrisa traviesa y pícara en los labios.

Él se inclinó hacia adelante y la besó suavemente. —Te deseo incluso ahora —dijo, queriendo decir cada palabra.

Los ojos de ella se nublaron de placer. —Esta noche en la posada me tendrás. No te negaré nada. Lo sabes.

Eso lo sabía, en efecto.



LLEGARON A LONDRES LA TARDE SIGUIENTE, y después de despedirse de Reign en la casa londinense de Lord y Lady Chilsten, Bellamy se dirigió a su casa en Brook Street, listo para un baño y ropa nueva.

Entró a grandes pasos en su biblioteca, necesitando redactar algunas misivas antes de retirarse por la noche. Su mayordomo necesitaba ser informado de su inminente matrimonio, al igual que su personal en Londres.

Revisó las invitaciones que habían llegado durante su ausencia y seleccionó cuidadosamente los eventos a los que asistiría. Necesitaba que la alta sociedad aceptara su matrimonio y lo harían, se aseguraría de que fuera así.

También organizaría un baile para anunciar el compromiso, y pronto. Cuanto antes se

casaran, mejor sería para todos y suprimiría cualquier murmullo sobre el empleo de Reign en su finca.

Olvida lo que piense la gente, como dice Reign. Vive solo para ti mismo.

Bellamy tiró las últimas invitaciones al cubo de la basura, aquellas inadecuadas para sus necesidades, y se pasó una mano por el cabello. La idea de que algo impidiera su matrimonio con Reign le helaba la sangre.

Mañana por la noche, cuando asistieran al baile de Lord y Lady Lawrence, se aseguraría de que Chilsten y Reign fueran admitidos si aún no habían recibido una invitación. Sería una noche adecuada para juzgar cómo reaccionaría la alta sociedad ante su cortejo.

La mayoría habría sabido cómo se sentía cuando ella debutó en 1807, y algunos podrían haberse compadecido de ambos después de lo que ocurrió, pero otros no. Después de todo, lo habían sorprendido en una posición comprometedor y había perdido cualquier posibilidad de casarse con la mujer que quería.

La mujer que amaba...

Suspiró, sabiendo en lo más profundo de su ser que la respuesta emocional hacia Reign era verdadera. Su presencia aquí en medio de la temporada era prueba de ello. Lucharía para que la aceptaran, para proteger su nombre debido a circunstancias fuera de su control.

Y circunstancias en las que su propia incapacidad para mantenerse alejado de ella también la había puesto.

Porque la amaba, y nada era demasiado para Reign.

El baile de los Lawrence estaba abarrotado, y Bellamy tomó la mano de Reign antes de entrar en la casa, colocándola firmemente en su brazo. Ella era una visión esta noche con su vestido dorado y resplandeciente. Su cabello estaba recogido en abundantes rizos y joyas, sin duda prestadas por su buena amiga la marquesa de Chilsten.

No podía quitarle los ojos de encima. Tan hermosa, regia y elegante a la vista. Cualquiera que la viera nunca imaginaría que solo una semana atrás, era la institutriz de su hija, con vestidos mucho menos elegantes.

La vergüenza lo invadió al darse cuenta de que había permitido que su miedo la mantuviera en esa posición en lugar de pedirle matrimonio en el momento en que había vuelto a entrar en su vida.

—Estás absolutamente deslumbrante, querida mía. Serás la bella del baile esta noche —dijo, atrayéndola hacia sí, deseando que no llevara largos guantes de seda blanca que le impedían sentirla, tocarla como quería.

Ella sonrió, con las mejillas teñidas de un tono rosado. —Muchas gracias, amable caballero —dijo, con un tono de broma en su voz—. Esperemos que mi atuendo y compañía sean lo suficientemente adecuados para evitar que los chismes destrocen mi reputación como una impostora.

Él frunció el ceño, sin que le gustara su comentario autodespectivo. —No permitiremos que

te manchen simplemente porque asististe a mi fiesta en casa y luego no pudiste participar tanto como hubieras querido. —Le guiñó un ojo, y ella se rio.

—Saben que no estuve allí como invitada. Creo que esto es un error, Bellamy.

Podía sentirla temblar bajo su agarre, y le dio unas palmaditas en la mano, queriendo consolarla. —Casarme contigo, jugar este juego no es un error. Les haremos creer que estuvieron equivocados todo el tiempo, y no son lo suficientemente inteligentes para imaginar lo contrario. No olvides que tenemos duques y vizcondes, sin mencionar a un marqués de nuestro lado, incluyéndome a mí. No contradirán nuestra historia.

Hablando de todos los amigos titulados que había reunido para ayudar, entraron en el baile y divisaron a la mayoría de ellos congregados cerca de las puertas de la terraza.

—¿Ves? —dijo, inclinando la cabeza hacia sus aliados—. Todas las damas Woodville y sus maridos están presentes junto con los York. La alta sociedad no tiene ninguna posibilidad de ganar esta guerra. Deberían rendirse inmediatamente y levantar sus banderas blancas.

—Espero que tengas razón —dijo ella mientras se dirigían hacia sus amigos y compañeros de armas.

Fiel a su palabra y para sorpresa de Reign, el baile fue agradable. Ni una ceja se levantó en su dirección cuando la alta sociedad notó la aceptación y la amorosa respuesta que había recibido de sus viejas amigas de Grafton, ahora damas que gobernaban la alta sociedad, habiéndose casado tan alto en la sociedad.

Ella también, suponía, se uniría a sus filas en un mes cuando se convirtiera en Lady Lupton-Gage, un sueño que nunca pensó que sucedería.

—¿Bailarías conmigo? —le preguntó Bellamy, inclinándose sobre su mano.

Sin dudarle, aceptó y dejó que la llevara a la pista para un vals. —¿Necesitas preguntármelo, mi lord? —se rio mientras él la atraía a sus brazos, sosteniéndola más cerca de lo que era apropiado—. Cuidado, o causarás un escándalo —bromeó.

Él negó con la cabeza, pero ella vio que su comentario le divertía. —Estoy tratando de ser más como tú, señorita Hall. No tan temeroso del escándalo, tal vez debería abrazarlo más si me permite casarme con una mujer tan dulce y maravillosa como tú.

Si hubiera sido hielo, se habría derretido ante sus palabras. Lo observó, toda su apariencia, y se preguntó cómo había llegado a ser tan afortunada. ¿Cómo había tenido la suerte de haber terminado en su finca cuando podría haber sido enviada a cualquier lugar de Inglaterra para trabajar?

—Me alegro de que pienses así, porque siento lo mismo, mi lord. —Reign quería decírselo, admitir que sus sentimientos siempre habían estado al borde, inclinándose más hacia el amor que hacia el simple agrado, pero no lo hizo.

Después de todo, él no se lo había dicho a ella.

—Siempre deberías haber sido mía —murmuró, inclinándose cerca, tan cerca que por un momento escandaloso, pensó que podría besarla en la pista de baile frente a toda la alta sociedad.

El pensamiento la emocionó.

—Yo también siempre he sido tuya, Bellamy —admitió. La verdad de sus palabras ya no necesitaba ser ocultada, empujada hacia abajo donde no dolían tanto cada día que vivía sin él—. Incluso durante todos los años que viví en Grafton, a cientos de kilómetros de ti, perdida para ti, mi corazón solo te pertenecía a ti —confesó.

—Si no te hubieras manifestado en mi finca ese día, habría ido por ti, Reign. Sé que no habría podido vivir sin ti para siempre. Incluso si nuestro cortejo se considerara escandaloso, no habría podido negarnos para siempre.

Ella deslizó su brazo más allá de su hombro, manteniéndolo cerca. —Mi caballero, viniendo a rescatarme. Habría esperado incluso cuando el señor Johnson, de dos puertas más allá de mi cabaña en Grafton, no pudo cambiar mi opinión sobre el matrimonio. Puede que te hubiera perdido, pero aún te quería.

—¿Un tal señor Johnson te propuso matrimonio? No me habías contado eso antes —preguntó, con un pequeño ceño entre las cejas.

Ella recordó el día en que estaba sentada fuera en su jardín delantero, preguntándose si las zanahorias que había plantado estaban listas para cosechar. —Su propuesta fue mucho menos interesante que la tuya, mi lord. Él no se arrodilló como tú lo hiciste. —Se encogió de hombros—. No pude aceptar.

—Mi propuesta fue ciertamente memorable —estuvo de acuerdo, sus ojos oscureciéndose de deseo—. Ven conmigo. Quiero estar a solas con mi prometida.

Reign miró alrededor y notó que algunos ojos estaban puestos en ellos. —No podemos. La gente hablará aún más, y no queremos darles motivos para chismorrear —declaró.

Él hizo una pausa por un momento antes de soltar su mano. —Encuétrame en el pasillo justo fuera de esa puerta en diez minutos. Estaré esperando. —Sin otra palabra, dio media vuelta y se fue.

Reign abandonó la pista de baile y encontró a Julia de pie junto a un grupo de caballeros, incluido su marido. Su discusión sobre caballos se volvía más animada con cada minuto.

—¿Adónde ha desaparecido Lupton-Gage? —le preguntó Julia, observándola atentamente.

Reign luchó por mantener sus facciones sin revelar las pícaras imaginaciones que flotaban por su mente, pero fracasó. Su amiga chasqueó la lengua, negando con la cabeza. —Compórtate, querida —le advirtió.

—Ha ido a tomar aire, creo. Volverá pronto —mintió, dirigiendo su atención al baile.

—Eres una pésima mentirosa, y la razón por la que sé que mientes es porque he estado en tu situación y sé lo que trama el marqués —dijo, con una leve sonrisa en los labios como si no lo desaprobara tanto.

—No puedo esperar a ser su esposa. Siento como si hubiera pospuesto toda una vida para estar a su lado de nuevo. Saber que no hay impedimentos para nuestra unión. Las próximas cuatro semanas no pueden pasar lo suficientemente rápido para mí.

Julia le rozó el brazo, sonriendo. —Lo sé, y estoy muy feliz por ti. Y egoístamente, también estoy feliz por mí, porque te veré más y ya no podrás rechazar mis invitaciones. Te he echado terriblemente de menos —dijo.

—Yo también te he echado de menos —admitió Reign—. Nos lo pasaremos de maravilla en Londres la próxima temporada, las dos casadas y felices. —Reign esperó hasta el final del baile antes de disculparse—. Volveré en un momento. Necesito ir al tocador.

—Por supuesto que sí —respondió Julia, con un tono de incredulidad—. Disfruta —añadió justo cuando Reign se alejaba.

Soltó una risita, incapaz de ocultar su deleite, antes de abandonar el salón de baile para buscar a su prometido.

Qué bien sonaba eso.

CAPÍTULO VEINTE

BELLAMY CAMINABA de un lado a otro por el oscuro pasillo, que solo recibía un tenue resplandor de la puerta cerrada del salón de baile y de la ventana al final del corredor.

El sonido de pasos con zapatillas sobre el suelo de parqué llamó su atención, y se apoyó contra la pared, esperando que fuera Reign quien venía a reunirse con él.

Ya parecía una eternidad desde la última vez que la había visto. Demasiado tiempo.

El hecho de que no pudiera funcionar sin ella, de que no pudiera pasar un día sin preguntarse dónde estaba o qué estaba haciendo, le decía que una vida sin ella nunca habría sido suficiente.

Las palabras que le había dicho esta noche eran tan ciertas como el hecho de que estaba allí de pie. Adoraba todo de ella y la amaba profundamente.

Ella era su alma gemela.

Una figura elegante, una que conocía íntimamente, apareció por la esquina, y él exhaló un suspiro de alivio al ver que había venido.

—Empezaba a temer que no vendrías a reunirme conmigo —admitió, robándole un beso.

Ella le rodeó la cintura con los brazos, y a él le encantaba lo cómoda que se sentía con él, como deberían estar un marido y una mujer.

—Creo que Julia sospecha de nosotros. No creo que pensara que estaba usando el tocador en absoluto. De hecho, me sorprende que no me pidiera acompañarme para impedir que viniera a reunirme contigo.

Bellamy echó la cabeza hacia atrás y rio. Reign alzó la mano, colocando un dedo sobre sus labios para silenciarlo.

—Bellamy, alguien te oirá y vendrá a ver por qué te estás riendo.

Él la atrajo hacia sí, inclinando la cabeza para apoyar su frente contra la de ella.

—Bueno, si vinieran, encontrarían a un hombre embelesado. Un hombre que ha recuperado al amor de su vida después de demasiados años viviendo sin ella. Un hombre que nunca más la dejará ir.

Lo había dicho. Por fin. Y la realización llenó su corazón de alegría.

La visión de Bellamy comenzó a difuminarse mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos. Sorbió, habiendo deseado y esperado que él la amara. Que se declarara antes de su boda.

—Yo también te amo —dijo, inclinándose hacia adelante y besándolo suavemente—. Y te extraño. Terriblemente.

Él retrocedió y la guio hacia una puerta que se alejaba del salón de baile. La habitación estaba tan oscura como el pasillo, con las cortinas corridas y sin fuego ni velas encendidas.

La puerta se cerró, envolviéndolos en su pequeño espacio aislado, justo como ella prefería. La idea de los días y semanas por venir, poder sentarse juntos hasta altas horas de la noche, cenar y dormir al lado de Bellamy cada noche la llenaba de deleite.

No podía esperar para ser la Marquesa de Lupton-Gage.

No más escabullirse para estar a solas como lo hacían ahora.

Apenas entró en la habitación, él la atrajo a sus brazos, besándola con una ferocidad que la dejó sin aliento y buscando apoyo.

—No me gusta que vivas con Lord y Lady Chilsten. Te quiero bajo mi techo. Cuatro semanas es demasiado tiempo lejos —dijo él.

Ella asintió, atrayéndolo de vuelta para que la besara más. El tiempo de hablar había terminado. Una necesidad palpitaba a través de ella, y el calor se acumulaba en su centro. Ahora que había sido introducida a los placeres de acostarse con Bellamy, sabía lo que quería.

Y cuándo lo quería.

Él la hizo retroceder hasta que ella quedó contra la puerta. Levantó su vestido, alzándola contra su cintura. Ella envolvió sus piernas alrededor de su espalda, deseándolo tanto como él la deseaba a ella.

Un escalofrío la recorrió.

—Me haces perder el control —gruñó él—. No deberíamos estar aquí. Podrían atraparnos en cualquier momento, y sin embargo, tengo que tenerte.

—Sí —estuvo de acuerdo ella. Él alcanzó entre ellos, abriendo sus calzones, provocando su sexo con su mano.

Ella gimió cuando él la penetró, tomándola con impresionante habilidad.

—Bellamy —jadeó, aceptándolo, todo de él.

Nunca tendría suficiente, ni siquiera si hubieran estado casados durante un millón de años. Una vida era demasiado corta.

Bellamy embestía a Reign, la tomaba con una necesidad salvaje que no debería, pero vivir sin ella durante dos días, extrañándola, deseándola, había sido demasiado tiempo.

No es que a ella pareciera importarle que la tomara ferozmente contra una puerta. Dios mío, estaba apretada, húmeda y hacía los sonidos más dulces cada vez que él entraba en su coño.

La besó con fuerza, succionando su lengua, perdiéndose en la sensación de su cuerpo dispuesto y flexible. ¿Cómo se había mantenido alejado de ella? ¿Cómo se había permitido caer en un vacío de temor sobre lo que otros pensarían si seguía su corazón y se casaba con la doncella campesina sin título de Grafton?

En el momento en que se enteró de que su esposa había muerto, debería haber ido por ella,

haberse casado con ella y haber sido feliz durante años.

—Bellamy —suspiró ella, ondulando contra él de una manera que hizo que sus testículos se tensaran.

Estaba cerca, y la necesidad de derramarse y hacerla concebir un hijo superó cualquier precaución que hubiera tenido antes del matrimonio.

—Alcanza el clímax para mí —le exigió, embistiendo con fuerza, dándole lo que ambos querían.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sus dedos clavándose en sus hombros mientras el orgasmo la atravesaba. Su coño se contraía alrededor de su polla, acercándolo aún más. La follaba y cabalgaba su placer antes de derramar su semilla, sus jadeos y gemidos de deleite grabándose en su mente.

Durante varios minutos permanecieron contra la puerta. La besó con exquisita lentitud, saboreando su abrazo antes de acomodarla sobre sus pies.

Miró a Reign y sonrió a la seductora de ojos soñadores con la que estaba a punto de casarse. Una mujer que no le temía, ni a su amor, ni a cómo le gustaba follar.

Era el bastardo más afortunado del mundo.

Regresaron al baile. Bellamy ignoró la mirada evaluadora, si no conocedora, que la marquesa les otorgó a ambos.

La marquesa sabía con toda certeza lo que habían estado haciendo durante la media hora que estuvieron ausentes del baile, pero a él no le importaba. No le importaba quién supiera de su afecto por la mujer a su lado. Se casaría con Reign, anunciaría el compromiso en su baile dentro de una semana y celebraría el feliz acontecimiento a lo grande.

Obtuvo dos copas de champán de un lacayo que pasaba antes de entregarle una a Reign. —Por nosotros —susurró, incapaz de apartar los ojos de su belleza y de su boca tan besada.

Incluso ahora, la deseaba. ¿Estaría siempre con él esta aflicción? Algo le decía que así sería.

—Reign —dijo, volviéndose hacia ella—. No esperemos a mi baile. ¿Por qué no anunciamos nuestro compromiso esta noche si Lord y Lady Lawrence lo aprueban? No hay razón para no hacerlo. Mi hija conoce nuestra intención, y eso es todo lo que me importa que se sepa primero. ¿Qué opinas? —le preguntó.

Sus ojos se abrieron de par en par antes de sonreír y asentir. —Sí, hagámoslo, y entonces no importará si muestras más interés en mí que en cualquier otra. No tendremos que ser tan circunspectos.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Lo anunciaré ahora. Espera aquí.

Sin más preámbulos, se movió entre la multitud de invitados. Pronto localizó a Lord y Lady Lawrence y habló con ellos durante varios minutos. Su petición provocó una multitud de felicitaciones. Bellamy se dirigió hacia donde la orquesta tocaba para la velada. Se apoyó en la barandilla que daba al salón de baile y silbó, captando la atención de todos.

Se volvieron y lo miraron. Murmullos bajos y miradas curiosas le devolvieron la mirada.

—Lores, damas y caballeros, tengo un anuncio que hacer —dijo, encontrando a su prometida y sonriendo a Reign—. Me complace comunicarles a todos que he pedido a la señorita Reign Hall que sea mi esposa, mi futura Marquesa de Lupton-Gage, y ella ha aceptado. Felicitadnos —gritó, levantando su copa de champán.

Resonaron los cumplidos, y él volvió para unirse a Reign, que también estaba inundada de personas que querían desearles felicidad.

Por qué no había hecho esto antes, nunca lo sabría. La alta sociedad no había mencionado el humilde pasado de Reign en años, ni lo haría ahora que iba a ser marquesa.

—Gracias por todas vuestras amables palabras —declaró, más que complacido con la reacción de la alta sociedad.

Que la mayoría de los invitados parecieran aceptarlo era suficiente para él, y dejaría de preocuparse de que su hija se viera más afectada por el escándalo.

Todo estaba bien en el mundo, y el futuro era brillante.

—Bellamy —murmuró a su lado una voz familiar de su pasado. Se giró y observó, incrédulo, cómo un fantasma familiar del pasado se echaba hacia atrás la capucha y le sonreía.

Se quedó mirando, incapaz de comprender quién estaba ante él.

—¿Sally? —Su pregunta salió tensa, y se aclaró la garganta. Negó con la cabeza, seguro de que debía estar equivocado—. No, no puede ser —dijo, negándose a creer que la única mujer que le había hecho perderlo todo estuviera ante él, sonriendo con suficiencia como la malvada y astuta bruja que siempre había sido.

Oyó a Reign jadear y retroceder, y el pensamiento de que la perdería de nuevo por culpa de la mujer que tenía delante le provocó pánico en la sangre.

—Buenas noches, mi querido esposo. ¿Me has echado de menos? —le preguntó.

Él se quedó boquiabierto. ¿De verdad le había hecho esa pregunta? —Le ruego me disculpe, señora —dijo, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. ¿Estaba viva? Viviendo en el extranjero todos estos años sin preocupaciones con una multitud de pretendientes diferentes.

Amantes.

Una gran marca en su cuello se hizo visible cuando se volvió hacia la alta sociedad, y él supo que era una marca de amor, y una nueva si no se equivocaba. Los invitados observaban con ojos ávidos y hambrientos lo que estaba sucediendo ante ellos. Un giro en la noche que no habían esperado.

Ella se volvió hacia él, enlazó su brazo con el suyo y sonrió a todos los presentes. —He regresado del extranjero. Mi querido esposo fue mal informado de mi muerte hace dos años, pero he encontrado el camino de vuelta a su lado. —Se volvió hacia Reign, que estaba junto a Lady Chilsten, cuyos ojos abiertos y asombrados no eran nada comparados con el horror y la devastación escritos en el rostro de su prometida.

La había herido de nuevo.

Maldita sea su esposa al infierno por todo el dolor que causaba.

—Lo siento muchísimo, señorita Hall, pero parece que se perderá una vez más la oportunidad de casarse con Lord Lupton-Gage, pero —declaró su esposa, gesticulando hacia la multitud de invitados—, estoy segura de que hay caballeros aquí más que dispuestos a casarse con una sencilla ratoncita de campo como usted. Dios sabe que ha esperado lo suficiente para recibir una propuesta. ¿Qué edad tiene ahora, veintisiete? —La marquesa se dio golpecitos en la barbilla, pensativa, con un brillo de maldad en sus fríos ojos—. Bueno, quizás no los haya. Es poco probable que pueda tener hijos a su avanzada edad. Lo que me lleva a preguntar, ¿cómo está nuestra hija, Bellamy? He echado mucho de menos a la pequeña Alice.

—Que pasen una agradable velada, milord, Lady Lupton-Gage —oyó decir a Reign a su lado antes de que huyera.

Fue a seguirla, pero una mano de Lord Chilsten lo detuvo. —Ahora no, Gage. Te esperamos mañana —dijo, mirando con furia a Sally antes de seguir a su esposa y a Reign mientras se dirigían a la salida.

Bellamy apretó los dientes, volviéndose hacia su esposa. —A casa. Ahora.

CAPÍTULO VEINTIUNO

POR SUERTE, los mozos de cuadra que atendían los carruajes en el baile de los Lawrence aseguraron rápidamente el suyo, y pronto se encontraron dentro, dirigiéndose de vuelta a Brook Street.

Bellamy permaneció callado mientras abandonaban el baile, pero en el momento en que el carruaje se puso en marcha, supo que no podía permanecer en silencio por más tiempo.

—¿Qué crees que estás haciendo? Se suponía que estabas muerta. Erigimos un monumento en tu memoria en Davion Hall. Tu hija lloró tu pérdida. ¿Cómo es posible que hayas estado viva estos dos años y hayas considerado apropiado revelarte esta noche? De todas las noches para ser tan cruel, eliges precisamente aquella en la que por fin me he librado de ti y estoy avanzando con mi vida.

Ella se rio, pero no había alegría en ese sonido. Para una mujer que parecía un ángel caído del cielo, nada más que maldad fluía por sus venas. Hacía tiempo que había olvidado lo cruel y fría que podía ser su esposa, pero ahí estaba de nuevo, frente a él, con la capacidad de destrozarse sus sueños de ser finalmente feliz.

De casarse con la mujer que amaba.

El pensamiento de perder a Reign de nuevo hizo que sus manos se cerraran en puños a sus costados.

Ella descartó sus palabras con un gesto de la mano como si no importaran, y supuso que esa era la parte más auténtica de su esposa. Nunca le había importado lo que pensaran los demás siempre que se le permitiera hacer lo que quisiera.

Lo cual hizo, casi llevando a su familia a la ruina.

—No seas tan dramático, Bellamy. Siempre te has preocupado por lo que piensan los demás... bueno, ciertamente lo hiciste después de casarte conmigo —examinó su vestido por un momento—. Supongo que me gustaba vivir la vida como me placía, y acostarme con otros hombres me complacía mucho. ¿Sabes? —dijo, riendo—. Ni siquiera sé si Alice es tuya. ¿No es gracioso?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y luchó por no vomitar. Pensar que su preciosa Alice no era suya era imposible. Ella tenía los rasgos de su familia. No le permitiría atormentarlo con

tales imaginaciones atroces.

—Mientes para herirme por razones que nunca entenderé, pero incluso si eso no fuera así, ella es mi hija. La crié y la amé cuando tú no lo hiciste. Es mía, incluso en el improbable caso de que no comparta mi sangre.

Ella se encogió de hombros, inclinándose hacia la ventana para echar un vistazo a las calles de Mayfair. —Espero que la señorita Hall no esté muy abatida. Sé que quería casarse contigo todos esos años atrás. Qué lástima que no fuera ella la que estaba en la habitación aquella noche, sino yo. Tu vida habría sido mucho menos complicada si no hubieras sido tan crédulo y, debería decir, tan excitado por la pequeña mocosa de Grafton.

Bellamy necesitó toda su fuerza para permanecer donde estaba y no estrangular a su esposa. Era tan cruel y se había vuelto aún más cáustica desde que había dejado Inglaterra. No es que alguna vez hubiera sido muy agradable. Se había propuesto conseguir lo que quería, acceso a su dinero y la seguridad de su título, y eso era todo. Al diablo con todos los demás.

—No menciones el nombre de la señorita Hall en mi presencia. No tienes derecho a hablar de ella. Ni aquí ni en ningún otro lugar del mundo. ¿Me he expresado con claridad?

Ella se rio entre dientes. —Supongo que debería hacer planes para volver al Distrito de los Lagos. Por aburrido que sea allá arriba, sigue siendo mi hogar, y soy la señora de la casa.

Su estómago se revolvió ante tal verdad, y tragó saliva, luchando contra el impulso de vomitar. —No eres la señora de la casa, ni nunca has deseado serlo.

—Ah, pero lo soy —dijo ella, interrumpiéndolo—. Y ocuparé mi lugar en la sociedad, y no hay nada que puedas hacer al respecto —lo estudió, con una sonrisa burlona en los labios. Él la observó y notó el pesado maquillaje sobre su rostro que le daba a su tez un brillo más saludable del que realmente tenía.

¿Estaba enferma? ¿Había contraído alguna enfermedad mientras estaba en el extranjero? ¿O simplemente su estilo de vida disoluto le había pasado factura?

—No olvides, mi lord, que detestas el escándalo, y si me causas problemas o me niegas mi derecho como tu esposa, habrá peligros que afectarán a nuestra querida hija —hizo un puchero, y él nunca había visto nada más falso—. Y no nos gustaría eso, ¿verdad? —dijo, volviendo a mirar a las calles, riéndose de algo que él no veía divertido.

La mujer estaba loca.

Pero lo peor era, ¿qué haría? ¿Qué podía hacer?

Se pasó una mano por el pelo, pensando frenéticamente. La noche había comenzado tan bien, con tanta promesa y celebración. ¿Cómo podía la felicidad serle arrebatada de nuevo a él y a Reign?

Maldita sea. ¿Qué iba a hacer?

Reign caminaba de un lado a otro en su dormitorio, obligándose a respirar profunda y calmadamente. Se secó las mejillas, odiando que sus ojos no dejaran de derramar lágrimas.

—Reign, por favor, ven a sentarte y toma té conmigo. Te hará sentir mejor —dijo Julia, con

voz suplicante y reconfortante, pero nada de lo que pudiera decir o hacer mejoraría la situación.

Lady Lupton-Gage seguía viva, y ella acababa de comprometerse públicamente con su señoría ante toda la alta sociedad. Si los rumores sobre su trabajo como institutriz no eran lo suficientemente malos, ahora sería conocida como una mujer escarlata.

—La gente pensará que yo sabía que su señoría estaba viva y que elegí comprometerme con Lord Lupton-Gage. Estoy arruinada, Julia. Deberías enviarme lejos ahora mismo. No sé adónde. No tengo ningún lugar al que ir —se desplomó en el sofá junto a Julia y miró fijamente el fuego.

La verdad de su situación cayó sobre ella. —Ni siquiera tengo un hogar. Y aunque recibí algunos fondos, no son suficientes sin empleo. Tendré que encontrar trabajo en otro lugar y rápidamente. O reservar un pasaje a América y marcharme con la esperanza de encontrar trabajo tan pronto como llegue al nuevo mundo.

—No vas a ir a ninguna parte, aunque tenga que hacerte mi dama de compañía para evitar que entres en pánico. Hasta entonces, eres mi mejor amiga que se queda conmigo para la temporada y tuviste la mala suerte de comprometerte con un hombre que todos creíamos viudo desde hace varios años.

Reign se frotó la frente. Un molesto dolor que sabía que pronto se convertiría en jaqueca. Su estómago se revolvió, y tragó con dificultad el nudo en la garganta que le hacía difícil mantener la compostura.

El impulso de gritar, de declarar que todo era injusto en su vida la presionaba, pero resistió. No tenía sentido. Nada podía cambiar el hecho de que la marquesa estaba viva y bien, y había estado viviendo en el extranjero todos estos años bajo la suposición de que no lo estaba.

Por qué la Marquesa de Lupton-Gage había querido vivir bajo tal engaño estaba más allá de su comprensión, pero tan cierto como que estaba sentada frente a su amiga más antigua, su señoría estaba en este mismo momento compartiendo casa con el hombre que amaba.

—Su señoría parece ganar, pase lo que pase. No puedo creer que sea cierto. No otra vez, Julia.

Julia extendió la mano y apretó la suya, con el ceño fruncido de preocupación. —Lord Lupton-Gage lo arreglará. Estoy segura —dijo Julia, pero incluso para los oídos de Reign, la declaración de su amiga sonaba falsa.

No había nada que se pudiera hacer. Estaban casados. Hubieran vivido separados o no, ella había vuelto, muy viva y lista para ser la marquesa una vez más según todos los indicios.

—Bellamy no hará nada que perjudique el futuro de su hija. Tolerará a la marquesa, y yo me iré a casa. Si pudiera irme a casa. —Reign rebuscó en su vestido para encontrar su pañuelo y, al no encontrarlo, se limpió la nariz con el dorso de la mano, mandando la etiqueta al diablo.

—Estoy enamorada de él, Julia. ¿Qué voy a hacer? —le preguntó a su amiga, mientras el mundo que había pensado que era suyo para tomar se desmoronaba a su alrededor.

Julia se sentó a su lado, abrazándola con fuerza. El afecto fue la gota que colmó el vaso que Reign podía soportar, y sollozó, las lágrimas cayendo libremente, su capacidad de hablar

arrancada de ella durante varios minutos.

Julia la abrazó fuerte, frotándole la espalda. —Veamos qué tiene que decir Lord Lupton-Gage mañana cuando venga. Tendrá que explicar de qué se trata todo esto y qué va a hacer.

Reign asintió pero no contradijo a su amiga. No había nada que él pudiera hacer, nada que ella pudiera hacer tampoco. Lady Lupton-Gage había ganado por segunda vez, en lo que respecta a su amor, y eso era todo lo que había sobre la situación.

Ahora tendría que aprender a vivir viéndolos juntos hasta que decidiera qué debía hacer con su vida.

Dondequiera que ese viaje la llevara.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

BELLAMY CAMINABA de un lado a otro por el salón que Lord y Lady Chilsten le habían ofrecido para discutir los acontecimientos de la noche anterior con Reign.

Oyó unos pasos ligeros sobre el suelo de parqué y se quedó quieto, con las manos a la espalda, preparándose para enfrentarse a su prometida.

Su amor.

Reign entró en la habitación y se le cayó el alma a los pies. Estaba tan hermosa como siempre, pero sus ojos, normalmente de un hermoso azul, estaban ensombrecidos por el miedo y la inquietud.

Él dio un paso hacia ella, pero Reign levantó una mano y se sentó en un pequeño sofá junto a la chimenea apagada, una señal inequívoca de que quería mantenerlo a distancia.

—¿Deseaba verme, Lord Lupton-Gage? —declaró, mirándole a los ojos rápidamente antes de volver la vista hacia la chimenea.

Él rodeó el sofá y se sentó lo más cerca posible de ella. —Mírame, Reign —suplicó—. No pretendía que esto ocurriera. Por favor, no me castigues con frialdad cuando nada ha cambiado para mí.

Ella negó con la cabeza, sin mirarle a los ojos. —Pero todo ha cambiado, por mucho que ambos deseemos lo contrario. Tu esposa está viva, un hecho que la alta sociedad esperará que celebres. Te sugiero que cambies nuestro baile de compromiso en tu casa para celebrar su regreso, especialmente ahora que ha llegado a su fin.

Bellamy luchó contra el pánico que crecía en su interior. Esto no podía volver a ocurrir. No podía perderla una vez más.

—¿Cómo puedes pensar que quiero esto? ¿Que quiero seguir casado con una mujer que me ha despreciado desde el momento en que dijimos "sí, quiero"? No lo deseo. No puedo vivir sin ti de nuevo, Reign.

—Pero tendrás que hacerlo —le interrumpió ella, con una voz que no admitía discusión—. No hay elección, ni para ti ni para mí. —Por fin le miró a los ojos—. Tu esposa no ha fallecido, y se esperará que estés feliz por ese hecho, por mucho que puedas lamentar lo nuestro y lo que hemos perdido mientras tanto. Sé que te importo, y tú también me importas a mí. Eso no ha

cambiado. Pero nuestras circunstancias sí, y debemos adaptarnos.

—Reign, nunca la amé. Me engañó para que me casara con ella...

—Ya está hecho, Bellamy. Por mucho que deseemos cambiar nuestro pasado, ya está escrito en las páginas de la historia. No importan las circunstancias que provocaron tu primer matrimonio, todo eso sucedió, y lo que compartimos quedó truncado. Eso ha vuelto a ocurrir. Lady Lupton-Gage está viva, y eso es todo lo que necesita saber la gente.

—Para mí no es todo. Ella cree que la vida y las emociones son un juego. Disfruta jugando con sus víctimas. No debes acercarte a ella, ni en bailes ni en fiestas donde puedas cruzarte con ella. No será amable. Prométemelo —dijo, intentando salvar algo de este horrible lío que su esposa había creado.

Cerró los ojos. Cómo detestaba esa palabra, ese término, al hablar de Sally.

—Lady Chilsten ha sido lo bastante amable como para permitirme quedarme aquí, y lo haré hasta que decida qué hacer. Intentaré mantenerme alejada de ti y de su señoría. No quiero verla a ella más de lo que quiero verte a ti con ella.

—No la amo, Reign —aseguró, arrodillándose ante ella y tomando sus manos. Frunció el ceño al notar el frío en sus manos e intentó calentarlas con las suyas—. Te amo a ti. Te quiero a ti —dijo, sin haber declarado nada más cierto en su vida—. No puedo imaginar vivir sin ti de nuevo, y no quiero hacerlo.

Ella le miró a los ojos, los suyos llenos de lágrimas. —Pero tenemos que hacerlo. No hay otra opción. —Alzó la mano y le acarició la mandíbula—. Mis sentimientos siguen siendo los mismos, Bellamy. Yo también te amo. Siempre lo he hecho, pero ambos debemos aceptar que no estamos destinados a estar juntos. El universo parece saberlo mejor que nosotros y detiene cualquier intento de que seamos felices juntos. Necesitamos separarnos, cortar nuestro contacto para hacer los próximos meses y años lo más llevaderos posible.

Bellamy ignoró sus palabras, sin querer perderla, pero entonces, ¿qué opción tenía? No podía pedirle que fuera su amante. No degradaría lo que sentían el uno por el otro pidiéndole tal cosa. Incluso si esa fuera la única vía que veía abierta para ellos.

Su esposa estaba viva, y divorciarse de ella significaría una mancha en su nombre que su hija nunca superaría.

—No sé qué hacer —admitió, sin palabras ni salida. ¿Cómo iba a vivir sin la mujer que amaba? Había apartado sus sentimientos durante años, pero ahora los había admitido, se los había declarado a Reign, y no quería volver a sofocarlos.

—No hay nada que puedas hacer, Bellamy. No hay nada que ninguno de los dos pueda hacer —dijo ella, inclinándose hacia adelante y besándolo. Su contacto le partió el alma en dos. Podía sentir que el beso era una despedida, un adiós que esta vez se sentía innegablemente definitivo.

No habría otro. Cuando saliera de esta casa esta mañana, nunca volvería a ver a Reign esperándole.

Al igual que su imaginado futuro feliz, les sería arrebatado para siempre.



REIGN ENTRÓ en la biblioteca de Lord Chilsten a la mañana siguiente y encontró a Julia con su marido, mirándola expectantes. —Ven, siéntate —dijo Julia, con una cálida sonrisa en el rostro.

Su amiga había sido el epítome del consuelo estos últimos días, y no sabía qué habría hecho sin ella. Le había permitido llorar en su hombro y desahogarse cuando lo necesitaba. No podría haber pedido una amiga más leal.

Reign se sentó, juntando las manos en su regazo, y se preguntó de qué se trataba esta reunión improvisada.

—Reign, como sabes, recibiste una herencia de tu difunto tío. Uno al que no conocías —le informó Lord Chilsten.

Asintió, pues ya esperaba que surgiera esta información ahora que estaba en Londres, y dado que habían pasado algunas semanas desde su fallecimiento. —Sí, es cierto. Me informaron de su muerte antes de que dejáramos Derbyshire, pero en ese momento había pocos detalles sobre lo que heredaría. Creo que la suma es de cien libras o algo así —dijo, esperando que eso siguiera siendo cierto. Ciertamente le ayudaría a no sentirse tan dependiente de sus amigos hasta que se marchara.

—Bueno, sí, eso es parcialmente cierto. Hay cien libras en camino, pero hubo un error en la misiva que llegó a Lupton-Gage, y la suma real que usted y sus primos lejanos recibirán cada uno es de diez mil libras.

—¿Cómo dice? —tartamudeó Reign. Se llevó la mano al pecho, segura de que su corazón estaba a punto de salirse del cuerpo—. Eso no puede ser cierto. No puede haber sido tan generoso, ¿verdad? —preguntó, riendo ante su propia pregunta y lo absurdo de la situación.

—Es cierto, Reign. Eres una heredera e independiente a partir de hoy. Sé que esto no repara lo que había entre tú y Lupton-Gage, pero ya no dependes de nadie. Puedes hacer lo que quieras, tal vez encontrar el amor de nuevo y casarte.

—O podría ser feliz por mi cuenta, de vuelta en mi cabaña en Grafton, si puedo volver a comprarla —dijo, sintiendo que la idea de regresar a su pequeña aldea, esconderse y permitir que su corazón sanara era más tentadora que cualquier otra cosa.

—O podrías hacer eso —asintió Lord Chilsten, con una sonrisa llena de lástima.

Y ese era el quid de quedarse aquí en Londres. Todos la mirarían con lástima excepto Lady Lupton-Gage, quien estaría tan engreída como lo había estado durante su año de presentación en sociedad.

—¿Quiere que averigüe si puede volver a comprar su cabaña? —le preguntó su señoría—. Puede que no sea demasiado tarde.

La esperanza, una emoción que no había sentido en varios días, la recorrió, y asintió. —Por favor, si pudiera. Se lo agradecería mucho. Volver a Grafton me permitirá sanar y ordenar mis pensamientos. No estoy segura de lo que me depara el futuro, pero sé que no incluye un

matrimonio con Bellamy.

—Oh, Reign —arrulló Julia, acercándose a ella y rodeándole los hombros con el brazo—. El tiempo curará tu herida.

Reign miró a su amiga, sabiendo que Julia tenía buenas intenciones, pero las palabras le ofrecían poco consuelo. Le irritaban, se burlaban de ella y le dolían más de lo que podía expresar, sabiendo lo falsas que eran. Que su vida no era como ella había deseado. —Si perdieras a Lord Chilsten, ¿sanaría tu corazón, Julia? —le preguntó, dando unas palmaditas en la mano de su amiga sobre su hombro.

Julia la miró fijamente, y Reign pudo ver que no necesitaba responder a la pregunta para saber lo que pensaba. —Creo que volveré a mi habitación. Estoy terriblemente cansada. Han sido dos días muy largos.

—La veremos en la cena —dijo Lord Chilsten, con la empatía aún ensombreciendo su mirada cada vez que se posaba en ella.

Reign asintió. —Gracias, sí —dijo, dejándolos solos. Una forma de vida a la que ella también tendría que acostumbrarse, pues nunca se casaría ahora. Ese sueño se había perdido para ella al igual que Bellamy.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

REIGN HABÍA LOGRADO EVITAR a Bellamy durante la semana posterior al anuncio de su compromiso, que había terminado con el regreso de Lady Lupton-Gage de entre los muertos para arruinar todas sus esperanzas.

Suponía que no podía culpar a la mujer por querer regresar a Inglaterra e intentar rescatar algo de su pasado, pero la idea de que estuviera bajo el mismo techo que Bellamy dejaba un frío dolor donde antes latía su corazón.

Lo echaba de menos. Aún lo deseaba, a pesar de que estaba casado, y esta noche en su baile, que una vez estuvo destinado a celebrar su felicidad, ahora era en honor al regreso de Lady Lupton-Gage.

Toda la sociedad estaría allí, aunque solo fuera para observar los juegos en torno a la marquesa. Reign tenía pocas dudas de que la mujer seguiría el consejo y se mantendría casta y recatada. Nunca lo había hecho antes en su matrimonio, y Reign sabía que no empezaría ahora.

El pobre Bellamy tendría que intentar mantenerle el ritmo para sofocar cualquier escándalo que la mujer pudiera causar por toda la ciudad.

Reign entró en el salón de baile con Lord y Lady Chilsten, quienes le habían recomendado asistir, aunque solo fuera para demostrar públicamente que no había pretendido causar conflictos entre el marqués y su esposa al comprometerse con él cuando ella aún estaba viva. Reign mantuvo la cabeza alta, sin querer ser compadecida por el resto de su vida.

—Lo harás maravillosamente, Reign. Sé que esta noche será difícil para ti —dijo Julia una vez más, posiblemente por décima vez esta noche—. Pero estaremos a tu lado.

Reign sonrió, tratando de tranquilizar a su amiga, que parecía más nerviosa que ella misma. —En verdad, tendré que enfrentarlos eventualmente si voy a quedarme en la ciudad. No tengo nada de qué avergonzarme. No sabía que estaba viva, y tampoco lo sabía Lord Lupton-Gage. Mucho mejor descubrirlo ahora en lugar de después de nuestra noche de bodas.

Julia jadeó, cubriéndose la boca con su mano enguantada en seda. —Ni siquiera digas tal cosa. Seguramente habrías quedado arruinada si tal ocasión hubiera ocurrido, incluso si no hubiera sido tu culpa.

—La vida es injusta, y más aún para el sexo femenino —comentó Lord Chilsten mientras se

abrían paso entre la multitud.

—Lamento mucho escuchar sobre la ruptura de tu compromiso —dijo la señorita Fernly al pasar.

—Esperamos que puedas encontrar pareja pronto, señorita Hall —gritó otra joven dama, con un tono burlón.

Reign suspiró internamente. Sabía que esta noche no sería fácil, pero ya había comenzado más difícil de lo que pensaba. Estar aquí, ser la única mujer en la alta sociedad que había amado y perdido al mismo hombre dos veces y con la misma mujer, no era ideal.

Pero al menos sabes que él te amó como tú lo amaste a él.

Eso era cierto, pero no hacía que perderlo fuera más fácil. Un alboroto comenzó en las puertas del salón de baile, y se volvió para ver a Lady Lupton-Gage entrando al baile, pero no del brazo de su marido.

En su lugar, un hombre con un aspecto tan desaliñado como el de su señoría caminaba a su lado. Su ropa salpicada y manchada de bebida y comida.

—¿Qué demonios...? —oyó decir a Julia, que se colocó a su lado, con la boca prácticamente abierta.

Reign miró alrededor de la sala y notó que casi todos los presentes también estaban observando el espectáculo tambalearse entre la multitud. Ella hacía gestos a algunos y hablaba con otros, sus palabras eran cortantes y cordiales en igual medida.

¿Qué le pasaba a esa mujer?

Reign tomó un respiro calmante y se preparó cuando su señoría la divisó, arrastrando a su acompañante mientras se dirigía hacia ella.

—Señorita Hall, qué sorpresa verla aquí esta noche. ¿Aún no ha tenido suficiente con que le rompan el corazón? Debe desear torturarse viendo cómo estoy felizmente de vuelta al lado de mi marido. Un hombre que solo la semana pasada estaba comprometido con... —declaró, con una risa aguda que no era en absoluto divertida. No para Reign, en cualquier caso.

Tragó la bilis que subió por su garganta y dio un paso atrás cuando el acompañante de Lady Lupton-Gage sonrió con desprecio y dio un paso amenazador en su dirección.

—Todos nos alegramos de que no resultara herida, como se nos informó. Lord Lupton-Gage nunca me habría ofrecido matrimonio si hubiera sabido que usted estaba viva —declaró, lo suficientemente alto para que todos la oyeran—. Le deseo que sea muy feliz.

Su señoría se burló, pellizcando a su acompañante cuando este no entendió su sarcasmo y no reaccionó a su réplica. —No desea tal cosa. Ha amado a su señoría durante años. Realmente patético —dijo arrastrando las palabras, frunciendo los labios, como si tuviera que estudiar a Reign durante un minuto o dos—. Pero supe desde el momento en que él propuso que usted quedaría destrozada. Pobre pequeña señorita Hall, y pobre es usted.

Se escucharon jadeos a su alrededor, y Reign luchó por mantener la compostura. No haría una escena. No se dejaría arrastrar al mundo enfermo y vil de esta mujer.

En su lugar, no dijo nada en absoluto, lo que desafortunadamente pareció aumentar diez veces la ira de Lady Lupton-Gage.

—Qué providencial fue que la contrataran como institutriz en la casa de mi marido. De todas las propiedades y familias en Inglaterra, ¿cómo es que terminó allí, me pregunto...?

—Creo que deberíamos irnos —dijo Lord Chilsten justo cuando Reign se volvió para ver a Bellamy acercándose hacia ellos, con horror escrito en sus hermosas facciones.

¿Dónde había estado?

—No sé a qué se refiere —declaró Reign, manteniéndose fiel a la historia que todos habían acordado al salir de Derbyshire.

De nuevo, su señoría rió, un sonido que hizo rechinar los dientes de Reign. —Oh, sé seria, niña. ¿Quién crees que se aseguró de que tu solicitud de empleo fuera dirigida a la finca Lupton-Gage? —Sonrió, volviéndose hacia todos los que escuchaban a su alrededor. Sus ojos estaban abiertos de par en par, cada uno inclinándose como si la necesidad de escuchar las palabras de su señoría valiera más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Siempre he sabido, verás, que amabas a su señoría pero lo perdiste ante mí, lo cual, por supuesto, era lo que debía suceder. ¿Un marqués casándose con una don nadie de Grafton? ¿Quién ha oído hablar de tal cosa? Pero, no pude perdonar tu osadía, verás —dijo, tropezando antes de enderezarse.

—Estáis ebria, mi señora —declaró Julia, con un tono gélido—. Tal vez deberíais retiraros.

La gente a su alrededor jadeó, pero no se movió. Simplemente se volvieron hacia Lady Lupton-Gage para ver si tenía una réplica.

Su señoría asintió. —Oh, lo estoy, Lady Chilsten. ¿Por qué no habría de estarlo? Esto es una fiesta, después de todo.

Los invitados rieron, y Reign fortaleció sus nervios para evitar huir apresuradamente.

—Basta, Sally. Creo que es hora de que te retires antes de que te avergüences aún más —dijo Lord Lupton-Gage, viniendo a pararse junto a Reign.

Ella acogió con agrado su presencia y su fuerza, y esperó que el baile pronto se librara de su esposa. Qué mujer tan horrible era. ¿Quién era este hombre que estaba con ella, de todos modos? ¿Otro amante para restregarle en la cara a su marido?

—Todos estos años, y nunca te casaste. Tengo mis espías que me mantienen informada, y no me entristeció saber que habías caído en tiempos difíciles. Qué terrible para ti, pero qué afortunado para mí. Cuando necesitaste un puesto como institutriz, Derbyshire pareció la solución perfecta, y estabas tan ansiosa por comenzar tu nueva vida. Qué divertido fue recibir cartas que indicaban cómo llegaste, solo para descubrir que mi marido, el hombre con quien una vez esperaste casarte, era tu empleador.

Reign se quedó boquiabierta, y sin un atisbo de duda, supo quién había estado detrás de informar a Lady Lupton-Gage de su triunfo en conseguir que se instalara en esa casa en particular. La señora Watkins nunca había sido amable, sin importar cuánto Reign había

intentado ser amistosa con el ama de llaves.

—Cómo te atreves, Sally —siseó Bellamy, fulminando con la mirada a su esposa. Reign dio un paso atrás con precaución, nunca habiendo escuchado su tono tan mortífero antes. Como si sus palabras mismas pudieran derribar a una persona.

—¿Qué te pasa que actuarías tan cruelmente hacia alguien cuando eres tan privilegiada? Vives bajo la protección de mi nombre. Me engañaste haciéndome creer que era la señorita Hall quien habría estado en ese invernadero hace tantos años para asegurarte de que me casara contigo en su lugar. Te vas de Inglaterra durante años. Abandonando a tu hija y tu matrimonio para revolcarte por Europa con hombres como el que se aferra a tu lado incluso ahora.

La gente a su alrededor cuchicheó ante las palabras condenatorias del marqués hacia su esposa. Las damas levantaron sus narices ante las payasadas de la marquesa, los hombres sacudiendo la cabeza con disgusto.

Era el turno de Lady Lupton-Gage de quedarse boquiabierta, y con razón; un rubor sorprendentemente rosado besó las mejillas de la mujer. —Cómo te atreves a insinuar algo sobre mi carácter.

Su señoría se encogió de hombros, encontrando los ojos de Reign por un momento antes de volverse hacia su esposa. —Ya no fingiré que la forma en que vives tu vida es aceptable para mí o nuestra hija. Haces alarde de tus amantes, te burlas de tus iguales, y esperas que siga siendo tu eterno siervo leal, pues bien —dijo, sacudiendo la cabeza—. Ya no lo haré. La carta que recibimos notificándonos de tu muerte, creo que tú estabas detrás. Todo un juego para tratar de asegurar que nunca pudiera encontrar la felicidad. Para ganar tiempo hasta que pudieras regresar a Londres, milagrosamente viva y lista para retomar tu manto de marquesa cuando finalmente encontré el amor. Odiabas tanto a la señorita Hall que mantuviste este enfermo juego tuyo durante años, ¿y para qué? Para regresar, para presumirlo ante ella la noche que anunciamos nuestro compromiso. Y todo porque ella no era tan adinerada como tú. No una niña nacida de riqueza y conexiones, sino que tuvo la audacia de enamorarse de uno. Un marqués rico y titulado que también la amaba.

Reign tragó el nudo en su garganta e intentó parpadear para contener sus lágrimas, pero cayeron sin control por su rostro. Nunca había oído hablar así a Bellamy, nunca pensó que la defendería tan públicamente o condenaría a su esposa en el mismo aliento. Pero lo estaba haciendo. Justo en este momento, había dejado de lado todo pensamiento de escándalo y lo que el ton pudiera pensar para defender su honor, para defender su amor, y nunca lo había amado más en su vida.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

BELLAMY SABÍA que posiblemente se estaba condenando a sí mismo junto con Reign y su esposa con su respuesta pública al atroz comportamiento de la marquesa. Ya era más que hora de que dijera algo. Era momento de dejar de lado lo que pensarán las personas que lo rodeaban en ese preciso instante, y al diablo con todos ellos.

Ninguno de ellos importaba en realidad. Lo único que importaba era Reign y la vida que quería con ella. Y ahora se aseguraría de que ese futuro se hiciera realidad. Sin importar los problemas o habladurías que su decisión sin duda provocaría.

Su esposa miró alrededor de la sala, obstinada hasta la médula y posiblemente tan narcisista que no calibraba el impacto de sus acciones ni lo que la gente pensaba de ella. Continuó:

—Hay poco que puedas hacer, Bellamy. Soy tu esposa, puedes intentar enviarme a Derbyshire, pero volveré a viajar. Haré lo que me plazca, como siempre lo he hecho. Te engañé durante dos años con cuentas falsas en las que todos los fondos llegaban a mí. Soy una marquesa y mucho más inteligente de lo que me das crédito. Mi hermano es marqués, al igual que tú. Nunca permitirán que me trates con tan poco respeto.

Bellamy hizo un gesto hacia la multitud de invitados.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Y dónde está tu familia esta noche? Fueron invitados y no asistieron. ¿Realmente crees que quieren estar asociados con una mujer de moral tan disoluta como tú? Yo sé que ya no quiero ni lo haré, a partir de este mismo momento.

Ahí estaba, lo había dicho, en voz alta y públicamente, para que todos lo oyeran. Un peso que se había asentado sobre sus hombros se levantó, y por primera vez en muchos días, sintió... esperanza.

Sally rio de nuevo, y sin embargo esta vez, el sonido fue tan frágil como su reputación.

—No puedes tocarme, Bellamy. Nunca has tenido estómago para ser duro con nadie. En todos los años de nuestro matrimonio, nunca has demostrado a nadie que tienes agallas.

Sus palabras le escocieron, y rechinó los dientes, no demasiado orgulloso como para no saber que lo que ella decía era cierto.

—He sido un cobarde. Siempre preocupado por lo que afectaría a nuestra hija y haciendo lo mejor para mantener intacta su reputación con una madre de moral tan disoluta como tú. Tu

muerte la afectó profundamente. Te lloró, y sin embargo todo ese tiempo, estabas viva y podrías haberle ahorrado ese dolor. No te importa nadie, y yo, señora, esta misma noche, he desarrollado agallas como dices, y voy a empuñarlas como una espada. Voy a divorciarme de ti. Venga la ruina o el escándalo, voy a librarme de tu presencia, de cualquier conexión que haya tenido en mi vida, y te veré zarpar hacia tu preciada Europa y quedarte allí.

Bellamy se acercó a donde Reign estaba de pie, mirándolo con asombro, y tomó su mano, levantando sus dedos enguantados y besándolos.

—Voy a casarme con la mujer que amo. La mujer que siempre debió haber sido mía como yo fui suyo. Voy a casarme con la señorita Hall, la maravillosa institutriz de mi hija, mi amiga de muchos años y quien, desde el momento en que la vi debutar, ha tenido mi corazón en la palma de sus manos —se inclinó y besó sus labios, ya no dispuesto a dejar que nada ni nadie se interpusiera entre lo que quería y cómo deseaba vivir su vida—. Cástate conmigo, Reign —le pidió.

Ella se mordió el labio, con los ojos muy abiertos. La sala estaba inquietantemente silenciosa, tanto que se podría oír caer un alfiler.

—No puedes casarte con esa plebeya. Qué absurdo, y te combatiré, Lupton-Gage. Lucharé para seguir siendo tu esposa.

Él se volvió hacia Sally, acercándose a apenas un centímetro de su rostro.

—¿Por qué, cuando está claro que no tienes ningún deseo de ser mi esposa? Nunca lo has tenido. Y para ser brutalmente honesto, te detesté desde el momento en que me engañaste. Ese no es un matrimonio del que desee formar parte, y si tuvieras algún respeto por ti misma, tu familia y tu hija, me concederías lo que quiero y te alegrarías de que no te interne en una institución.

La mano reconfortante de Reign se deslizó en la suya, y él la aferró con fuerza. Necesitándola más que nada. Levantó la mirada, observando a todos sus invitados.

—El baile ha terminado, mis lores y damas. Por favor, soliciten sus carruajes —dijo, pasando junto a su esposa y llevando a Reign consigo.

Dejaron el salón de baile atrás, topándose con su mayordomo en el vestíbulo.

—Haga que una doncella empaque todo lo de la marquesa y lo envíe a la casa de Londres de Lord Perry. Ella se va inmediatamente y no debe pasar de este vestíbulo. ¿Me he explicado? —exigió.

Su mayordomo asintió.

—Me aseguraré de que todo sea como usted desea, mi lord.

Bellamy continuó hacia la parte trasera de la casa, necesitando estar a solas con Reign. Esta noche, la había puesto en una posición que no había querido, pero necesitaba saber si ella permanecería a su lado. Ser suya como él esperaba después de todo lo que estaba por ocurrir entre ellos y en su vida futura.

Reign apenas podía seguir el paso de Bellamy mientras se apresuraba a través de su casa de

Londres hacia la parte trasera. Atravesó una gran sala de mañana que permitía la entrada de la luz del cielo oriental y salió por las puertas de la terraza hacia los jardines.

Con pasos acelerados, se dirigieron hacia un pabellón de piedra y cristal que daba a un pequeño lago.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le preguntó ella, entrando en el opulento espacio que parecía pertenecer a la casa principal y no al extenso jardín.

—Necesito saber. Necesito oír de ti si lo que declararé en el baile hace un momento no te asusta. Que te casarás conmigo como espero, sin importar cuánto tiempo pueda llevar.

Reign se acercó a él, rodeando su cintura con sus brazos y abrazándolo estrechamente. Él tembló en sus brazos. Ella sabía que la confrontación era algo que él detestaba y de una manera tan pública ciertamente lo había hecho estremecerse.

—Te esperaré, Bellamy. No importa cuán largos o problemáticos sean los próximos meses o años. No me voy a ninguna parte. Deberías saber eso de mí a estas alturas. Te esperaré incluso cuando estabas perdido para mí en el matrimonio. Incluso ahora, que soy una heredera.

Él frunció el ceño, apartando algunos mechones de cabello de su rostro.

—¿Una heredera? ¿De qué estás hablando?

Ella rio, apoyándose en su abrazo.

—Bueno, las cien libras en la carta que recibí eran, en realidad, diez mil libras. Hubo un error en la correspondencia, pero ¿sabes lo que eso significa? —le preguntó—. ¿Para nosotros?

Él negó con la cabeza, acercándola aún más.

—¿Qué?

—Significa que si realmente tienes la intención de divorciarte de Lady Lupton-Gage, lo cual debes saber que respeto y apoyo plenamente, puedo esperarte y no ser una carga para nadie más mientras tanto. Con las payasadas de su señoría, no creo que tenga que esperar mucho.

Bellamy suspiró, pasándose una mano por el pelo y dejándolo de punta. Reign sonrió, se estiró y lo volvió a acomodar. —Te esperaré. No importa cuánto tiempo tome. Volveré a Grafton. Lord Chilsten ya ha enviado consultas sobre la recompra de mi cabaña. Estaré allí cuando hayas resuelto las cosas entre tú y Lady Lupton-Gage. No cederé en mi promesa, porque te amo tanto, Bellamy. Tanto que verte esta noche declararte tan públicamente, defender tu honor y el honor de tu familia, de eso no podría haber estado más orgullosa de ti. Por defenderme —dijo.

Él bajó la cabeza y la besó. Con fuerza. Ella se lanzó al abrazo, sin saber cuándo lo volvería a ver. Podrían ser meses, un año, o posiblemente más, pero tendría una noche más con él hasta entonces.

Su beso alivió el dolor que sabía que soportaría estando lejos de él. Sus lenguas danzaron, sus manos por todas partes, despojándolos a ambos de sus ropas.

Reign olvidó dónde estaban o lo que había sucedido antes. Todo lo que importaba era Bellamy. Sus manos, su tacto y su amor eran todos para ella y su futuro.

Él los tumbó en el sofá, su cuerpo pesado cubriendo el de ella, calentándola en lugares que anhelaba satisfacer. —Te deseo —admitió ella, retorciéndose debajo de él, necesítándolo con un apetito que no se saciaría.

—Yo también te deseo. Siempre —declaró él, ayudándola con su vestido y abriendo sus calzones. Como dos personas frenéticas desesperadas por la liberación, se unió a ella, embistió en ella y la tomó como deseaban.

—Bellamy —gritó ella. Él la besó, ahogando sus palabras de anhelo que brotaban desde lo más profundo de su alma.

Su unión estaba llena de locura, desesperación y amor. Tanto amor que la envolvía y le daba consuelo. La sensación se ondulaba, provocaba sus sentidos, y ella se deleitaba en sentirlo, en tenerlo con ella, siendo suyo desde este día en adelante.

No importaba qué problemas traería el mañana, al menos esta noche, podían tenerse el uno al otro. Una promesa de mejores días por venir.

Reign envolvió sus piernas alrededor de sus caderas, y su embestida se profundizó, provocando su sensible interior, un lugar que anhelaba una dulce liberación.

Su mano amasó su pecho, rodando su pezón entre el pulgar y el índice, y ella jadeó. Tan bueno. Tan atrevido.

Nunca tendría suficiente de él.

—Te amo, Bellamy —jadeó ella mientras temblores la sacudían, extendiéndose a cada parte de su cuerpo e intoxicando su alma con deleite.

Cabalgó ola tras ola de puro éxtasis, se aferró a Bellamy mientras él la empujaba hacia adelante y le daba lo que quería hasta el dulce final. Solo entonces se unió a ella, embistió con fuerza en su sexo, derramando su semilla profundamente en su vientre.

—Yo también te amo —respiró contra sus labios, besándola suavemente—. Te prometo que no tendrás que esperarme mucho tiempo.

Ella lo besó de vuelta, sin dudar nunca de su palabra. —Sé que no lo haré.

EPÍLOGO I

Cuatro meses después, Grafton

Reign se recostaba en el sofá de su cálida cabaña. El aroma del cordero cocinándose en la cocina se extendía por la casa, recordándole su infancia.

Después de regresar a Grafton, compró nuevos muebles y reparó lo que necesitaba arreglos, junto con un guardarropa completamente nuevo.

La nieve caía copiosamente afuera, y sin embargo, este año era tan diferente al anterior. Ya no pasaba frío ni hambre, ni tenía que preocuparse si sus botas aguantarían hasta el pueblo local para comprar la escasa comida que podía permitirse.

Ahora podía comprar todo lo que necesitaba, ayudar a sus amigos y no ser una carga para nadie.

—El periódico, señorita Hall —dijo su única criada, colocando *The Times* sobre la mesita frente a ella.

—Gracias —respondió, alargando la mano para cogerlo. Su estómago se contrajo y se incorporó de golpe al ver el titular en la primera página. *Lady Lupton-Gage muere de viruela*. Jadeó, leyendo rápidamente el artículo, y no podía creer lo que estaba impreso en blanco y negro.

¿La esposa de Bellamy había muerto?

Miró la fecha y notó que ya tenía más de una semana de antigüedad. —Lizzie, ¿ha llegado algún correo para mí hoy? —llamó.

Su criada asomó la cabeza por la puerta del salón. —No, señorita Hall. No ha llegado correo en más de una semana —dijo antes de desaparecer de nuevo.

Reign se mordió el labio, preguntándose por qué Bellamy no había venido a buscarla. ¿Habría cambiado de opinión? Desde que dejó Londres hacía cuatro meses, apenas se habían escrito, pensando que era lo mejor ya que él iba a empezar a solicitar el divorcio. No podía ser visto como un adúltero además de su esposa. Entonces nada se finalizaría jamás.

—¿Señorita Hall? —dijo Lizzie, entrando en la habitación—. Lady Chilsten está aquí para verla.

Reign se puso de pie de un salto, corriendo hacia el vestíbulo para encontrar a Julia

quitándose la nieve de las botas y del chal.

—¡Julia! —exclamó, inundada de placer al ver a su amiga de nuevo—. Qué encantador verte.

Julia la envolvió en un rápido abrazo. —Y yo a ti, Reign. Mi visita se ha retrasado mucho, pero estamos en casa por varios días antes de volver a Londres.

Reign sonrió, incapaz de creer que su amiga estuviera de nuevo frente a ella. —Te he echado de menos. ¿Me cuentas todas tus novedades?

Julia la estudió y asintió con aprobación. —Tu vestido es apropiado, así que ven. Tengo una sorpresa para ti.

Miró más allá de Julia y hacia la puerta, donde apenas se podía ver a través de la nieve. —¿Una sorpresa? ¿Afuera? —cuestionó, dando un precavido paso atrás. El día era demasiado frío para aventurarse fuera.

Julia se rió, cogiendo el chal de Reign que colgaba junto a la puerta. —Sí, ahí fuera. Ahora ven, tengo un carruaje esperando con ladrillos calientes dentro. Estarás lo suficientemente abrigada —dijo, y una vez más se dirigió hacia la puerta principal.

Reign se puso el chal y la capota y siguió a su amiga. El carruaje estaba, en efecto, caliente, y pronto rodaban hacia el pueblo.

—¿Me dirás qué es esta sorpresa? —preguntó.

—No —sonrió Julia con suficiencia—. Lo verás muy pronto. —Reign miró por la ventana y frunció el ceño cuando el carruaje se detuvo frente a la iglesia.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

Su amiga se dio un golpecito en la nariz pero no respondió, y el interés de Reign se despertó. Un lacayo abrió la puerta y las ayudó a bajar antes de que Julia le cogiera la mano y caminara hacia las puertas de la iglesia.

Entraron en el vestíbulo y su estómago se retorció al ver a Lord Chilsten. Él se acercó, besándola en las mejillas y ofreciéndole su brazo. —¿Vamos, señorita Hall? —le preguntó, tan misterioso como estaba siendo su amiga.

Reign miró a Julia, que sonreía radiante antes de abrir las puertas de la iglesia y revelar a toda la gente que esperaba dentro. Reign jadeó ante la vista de todos. Las chicas Woodville con las que había jugado de niña estaban de pie, observándola, sus sonrisas tan genuinas como las de los hombres que estaban junto a ellas. El señor y la señora Woodville y varios amigos locales se habían aventurado en la fría tarde de enero para ser parte de esta trampa.

Su atención se paseó por todos ellos, y su corazón dio un salto en su pecho al ver a una persona en particular. Esperándola, observándola, amándola.

Bellamy.

—Vamos —respondió a Lord Chilsten, parpadeando para contener las lágrimas, incapaz de comprender cómo Bellamy había organizado un día tan trascendental sin que ella lo supiera. Trayendo a todos los que amaba a Grafton para poder casarse con ella.

Caminó por el pasillo, y la vista de la pequeña Alice, que pronto sería su hijastra, hizo que

sus lágrimas cayeran más rápido. Extendió la mano hacia la niña, tomando su mano al pasar y llevándola con ella para estar junto a Bellamy.

Lord Chilsten entregó su mano a Lord Lupton-Gage, y ella negó con la cabeza, incapaz de comprender, de entender. —Bellamy —se maravilló, alzando la mano para acariciar su rostro—. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó, riendo.

Él la atrajo hacia sus brazos, abrazándola con fuerza. —Voy a casarme contigo, señorita Hall. Ahora, antes de que cualquier otra cosa pueda separarnos.

Ella miró a todos sus amigos, muchos de los cuales estaban tan llorosos como ella. —Pero estás de luto. Acabo de leer la noticia hoy. Lo siento mucho.

Él negó con la cabeza, deteniendo sus palabras. —No guardaré luto por una mujer que habría bailado una jiga sobre mi tumba si pudiera. Continuaré mi vida, me casaré con el amor de mi vida y nunca miraré atrás. Eso es lo que quiero si es lo que tú también quieres —le preguntó.

Tanta felicidad vibraba a través de ella que pensó que estallaría. Reign se acercó a él, besándolo, habiéndolo extrañado tanto que dolía.

—Es lo que quiero. Más que nada —respondió, su corazón lleno de asombro y esperanza por su futuro. Un futuro con el hombre que amaba por encima de todo en el mundo. Un hombre por el que valía la pena esperar.

Él asintió y se volvió hacia el reverendo. —Por favor, proceda —ordenó, un señor autoritario hasta la médula.

El reverendo se aclaró la garganta y proclamó a todos: —Estamos reunidos aquí hoy...

EPÍLOGO 2

Mansión Davion, Derbyshire, 1814

Reign estaba sentada en una silla de mimbre en la terraza, observando cómo Alice montaba su pequeño poni en el césped, justo más allá de los jardines que rodeaban la finca.

Su padre, siempre atento y nunca lejos de ella, vigilaba, hablaba y daba consejos mientras el pequeño poni daba vueltas y vueltas en círculos, saltando de vez en cuando un pequeño tronco.

Se frotó su abultado vientre y suspiró, la satisfacción hacía que sus ojos se sintieran pesados, y el cálido sol de verano tampoco ayudaba a mantenerla despierta.

Qué afortunada era de estar allí. De haberse casado con el hombre que adoraba y de convertirse en madre de Alice y pronto en madre de otro Lupton-Gage.

Esperaba poder darle a Bellamy un hijo varón, un heredero, para asegurar que la propiedad se mantuviera dentro de la familia y mantener a Alice a salvo en los años venideros. Aunque ella no necesitaría demasiada protección maternal, pues era una heredera y un alma tan dulce y honesta que sin duda sería la más bella de cualquier baile, estaba segura.

Un hombre mayor que Reign reconoció como el jefe de los establos se acercó y se paró junto a Bellamy. Su esposo habló con él durante varios minutos antes de dejarlo a cargo de vigilar a Alice y dirigirse hacia ella.

Se unió a ella en la silla, rodeándola con el brazo y colocando una mano reconfortante sobre su vientre.

—¿Cómo está nuestro hijo hoy, mi amor? Espero que tú también te sientas mejor. Sé que estuviste bastante inquieta anoche —dijo.

Ella se acurrucó contra él, respirando profundamente el aroma a sándalo que siempre rodeaba a su esposo.

—Estaré bien, te lo prometo. Y aún mejor cuando tenga a este bebé. Sé que no puede faltar mucho ahora —dijo.

Él se inclinó y la besó, demorándose en sus labios antes de retirarse.

—No puedo creer cómo han cambiado nuestras vidas. Qué afortunado soy de que seas mía.

Reign le lanzó una sonrisa cómplice, comprendiendo sus palabras hasta lo más profundo de

su ser. El tiempo que habían estado separados no había sido fácil, para nadie, pero especialmente para Alice, que perdió a su mamá por segunda vez.

—Siempre fuiste mío —respondió—. Puede que nos hayamos perdido por un tiempo, pero sabía que el destino algún día intervendría y nos volvería a unir —dijo, alzando la mano para acariciar su rostro, admirando su apuesto semblante que hacía cantar su corazón y revolotear su estómago—. Siempre he sido tuya.

Un dolor la atravesó y se inclinó hacia adelante, haciendo que Bellamy cayera de la silla con un golpe seco a su lado. El agua se derramó sobre la silla y su cabeza dio vueltas.

—¡Bellamy! —extendió la mano hacia él, y la suya ya estaba allí, un pilar de fuerza y apoyo.

—Estoy aquí. Estoy aquí, Reign —dijo. Se puso de pie y llamó a Alice para que entrara antes de ordenar a una criada que salía a la terraza con vasos de refrescos que enviara a un mozo de cuadra a buscar al médico.

Todo sucedió muy rápido. En un momento estaba en la terraza disfrutando de estar envuelta en los brazos de su esposo, y al siguiente, él la llevaba escaleras arriba, ladrando órdenes al personal que venía a ver qué era todo ese alboroto.

Otro dolor le atravesó el estómago y se aferró a Bellamy, luchando por mantener la respiración.

—Es demasiado rápido. Duele demasiado. El Dr. Reynolds dijo que podría llevar horas, pero algo anda mal, Bellamy. Algo no está bien. —Reign luchó por no entrar en pánico, pero una presión como nunca antes había conocido la oprimía, y el impulso de empujar era demasiado fuerte.

—Bájame. Bájame ahora —gritó.

Bellamy llegó a su habitación e hizo lo que ella le ordenó. Se sentó en la cama, se aferró al poste de madera y empujó.

—Dime qué puedo hacer —dijo Bellamy, arrodillándose frente a ella.

Sin saber por qué, Reign se llevó la mano entre las piernas, y su corazón casi se detuvo.

—Voy a tener al bebé. Aquí. Ahora —dijo—. Ayúdame, Bellamy.

Sin discutir, Bellamy le subió el vestido. Sus ojos se agrandaron y su rostro palideció.

—El bebé, lo veo —dijo—. Por todos los santos, Reign.

Una presión innegable se acumuló de nuevo, y ella empujó con todas sus fuerzas, sabiendo en ese momento que el bebé vendría.

Bellamy, aunque torpe, sostuvo al niño, colocándolo contra su pecho mientras el ama de llaves y varias criadas traían sábanas y agua caliente.

—Sé qué hacer, mi señor —dijo el ama de llaves, la señora Andrews, con un tono suave pero confiado—. Todo está bien.

El bebé gorjeó, chilló y luego lloró como si nacer fuera la idea más desagradable que alguien pudiera tener.

Reign miró fijamente al pequeño bulto, sus lágrimas mezclándose con las del bebé. Parpadeó

e intentó aclarar su visión, sin éxito.

—Es un niño, mi señor y mi señora —dijo el ama de llaves, sonriendo.

Reign respiró profundamente con alivio justo cuando Alice entró corriendo a la habitación, sus pequeños ojos abiertos de par en par con alarma y sorpresa.

—Mamá, tuviste un bebé —dijo, con la voz llena de asombro mientras se sentaba a su lado en la cama.

Reign se rio y miró a los ojos de Bellamy, solo para ver que él también estaba llorando.

—Así es, Alice. Ven a conocer a tu hermanito —dijo.

Alice extendió la mano, tomando la manita del bebé en la suya.

—Hola, hermanito. Soy tu hermana mayor, y sé todo lo que hay que saber sobre la vida, y te enseñaré todo.

Las palabras de Alice fueron las más dulces que jamás había escuchado, y extendió la mano para acercarla.

—Sé que siempre lo cuidarás, cariño.

Bellamy vino a sentarse junto a ellas, uniéndose a su pequeña familia, haciéndola completa.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

